

# **DILUVIA EN MADRID**



**R. FREIRE**

# DILUVIA EN MADRID

**R. FREIRE**

Intentas contener la inundación en un vaso de papel.

*Crowded House*

## LA ASISTENTA

Marta

Candela

Marta

Candela

Marta

Candela

Marta

Candela

Jara

Marta

Jara

Candela

Marta

Jara

Candela

## LA INUNDACIÓN

Jara

Marta

Jara

Candela

Marta

Jara

Candela

Marta

Jara

Marta

Candela

Jara

Candela

Marta

Jara

Candela

## UNA VIDA NORMAL

Marta

Jara

Candela

## LA ASISTENTA

### Marta

Una rápida ojeada al reloj me avisa de que me queda poco tiempo. Debo apresurarme si quiero que todo esté perfecto, y un desagradable nerviosismo recorre mi cuerpo al darme cuenta de lo importante que considero esta velada. Después de un año casadas, las dos deberíamos tener más claro lo que queremos pero, por mucho que me cueste admitirlo, la verdad es que no veo a Candela todo lo decidida que a mí me gustaría.

Por eso he preparado esta cena sorpresa. Flores en la mesa, velas aromáticas, la cubertería de las grandes ocasiones... Me he pasado toda la tarde en la cocina, pero espero que valga la pena. Las noticias importantes hay que darlas como se merecen y, sin duda, la que tengo reservada para esta noche lo es.

Pero tengo que apresurarme si no quiero que mi esposa llegue antes de tenerlo todo a punto. Todavía hoy me resulta extraño decirlo, “mi esposa”. Al fin, la rebelde e indómita Candela sentó la cabeza y dio el paso que siempre había jurado no dar. Todas sus amigas se quedaron sorprendidas, y creo que dos o tres aún me odian por ocupar el lugar que probablemente ellas mismas habrían querido disfrutar.

Mientras pienso en todo esto, me pongo un vestido nuevo que reservaba para una noche como esta, le doy los últimos toques a mi peinado ante el espejo y, finalmente, me subo en los altísimos zapatos de tacón que tanto le gustan a Candela, esos que ella misma me regaló y que solo me pongo en ocasiones especiales.

El sonido de la puerta al abrirse hace que un leve escalofrío recorra mi cuerpo. Apresurándome, repaso el rojo de mis labios y salgo al encuentro de

Cande. Llega cansada después de una agotadora jornada en el bufete, pero me parece más guapa que nunca, con ese aire altivo y seguro de sí y ese extraño magnetismo que desprende su espigado y menudo cuerpo.

—Vaya... ¿qué celebramos? —me pregunta con gesto sorprendido.

—Es viernes y mañana no trabajas, ¿te parece poco?

Candela sonrío y viene hacia mí. Mientras me besa, noto su mano izquierda en la espalda y la derecha, más audaz, apoyada suavemente sobre mis nalgas. Sé que le encantan estas improvisadas veladas románticas y, sin que ella lo vea, cruzo los dedos para que todo salga como tengo previsto.

—Quieta —la regaño separándome—, se me va a estropear el pescado.

—Estás tan guapa con este vestido...

Candela vuelve a besarme, y yo me estremezco de placer con sus caricias al tiempo que trato de decidir en qué momento es mejor soltar la noticia. Finalmente, considero que lo idóneo es cenar y, después del postre, lanzarme a por ella justo en ese momento en que los ojos brillan y las manos se juntan por encima del mantel, ese momento que el vino hace perfecto y en el que la inminencia del sexo hace que el mundo parezca un lugar maravilloso.

A regañadientes, Cande acepta retrasar el momento de pasar al dormitorio, de modo que empezamos a cenar a la luz de las velas. He puesto una suave música de fondo, las dos hablamos en susurros y el helado vino blanco enfría nuestras gargantas pero calienta de un modo delicioso nuestros cuerpos.

La persona que amas a tu lado, un precioso apartamento que tardaremos toda la vida en pagar y un largo fin de semana por delante, ¿se puede desear más felicidad? Sí, y por eso, cuando creo que ha llegado el momento, cojo la mano de Cande entre las mías, la beso con dulzura y, después, busco sus hermosos ojos color de miel antes de hablar:

—¿Sabes? Ha llamado la chica de servicios sociales.

—¿Quién?

Supongo que el hecho de que Candela, a pesar de ser abogada, no sepa de qué le estoy hablando, debería ser más que suficiente para adivinar lo que va a suceder a continuación, pero estoy tan alterada por la noticia que tengo que dar que, como una tonta, sigo adelante creyendo que todo va a salir bien solo porque yo lo deseo.

—La que lleva nuestra solicitud de adopción. Quiere concertar una entrevista con nosotras la semana que viene.

—Ah, claro. ¿Tan pronto?

—Sí, parece ser que ha podido colarnos. No quiero hacerme ilusiones pero, por cómo me ha hablado, creo que las perspectivas son muy buenas.

Conteniendo el aliento, espero a ver la reacción de Candela. Primer mal síntoma: ha bajado los ojos y elude mi mirada. Segundo síntoma, este horroroso: la sonrisa que tenía se le ha helado en los labios y, ahora, carraspea incómoda antes de contestar:

—No pensé que esto fuera tan deprisa.

—Pero es una noticia excelente, ¿no crees?

Empiezo a darme cuenta de que mi estrategia no va a dar resultado, pero todavía me aferro a la posibilidad de un último milagro. Sin embargo, todas mis esperanzas se desvanecen en un segundo cuando Cande, retirando su mano de entre las mías y echándose hacia atrás en su silla, vuelve a hablar:

—No sé, Marta. Solo llevamos un año viviendo juntas.

—Y pasará al menos otro en el mejor de los casos antes de que nos den un niño.



—Pero todavía somos jóvenes, tenemos tiempo, ¿por qué tanta prisa?

Ahora soy yo la que se levanta y da un par de vueltas por la habitación, impaciente. Desde el día en que hablamos de compartir nuestras vidas, le dejé claro a Candela que quería ser madre. A veces, tengo la sensación de que me dice que sí cuando cree que voy a explotar pero que, cada vez que ve que la posibilidad de formar una verdadera familia conmigo es real, se echa atrás y se esconde en su caparazón como una tortuga.

—Esto no es un juego, sabes que es importante para mí.

—Y yo no me niego a adoptar, solo digo que podemos esperar un poco y...

—¿Esperar a qué? La asistente dice que, con tu sueldo y conmigo en casa, pasamos por delante de muchas parejas.

El gesto de desagrado de Candela hace que me arrepienta de mis últimas palabras. Mi falta de ocupación es motivo frecuente de discusión entre nosotras, que probablemente no tenemos una forma de entender la vida ni remotamente parecida.

—Joder Marta. Pensé que tenías claro que debías trabajar. ¿Es que piensas quedarte en casa cambiando pañales toda tu vida?

Lo hemos hablado mil veces y, como siempre terminamos discutiendo, acabamos por dejarlo aparcado sin resolver nada. Para Candela, somos jóvenes y podemos esperar a la hora de meter un niño en nuestras vidas; para mí, el trabajo es secundario y mis estudios para aprobar la oposición al Cuerpo de Maestros bien pueden esperar un par de años. Son dos modos opuestos de entender una misma realidad y, o somos capaces de encontrarnos en el medio, o nuestra relación tendrá un serio problema.

—No te enfades —me dice entonces, al ver mi gesto abatido—. Solo digo que deberías centrarte en los estudios, conseguir tu plaza de maestra y, entonces...

—Yo no soy como tú, ¿sabes? No soy la número uno de mi promoción y puedo tardar años en conseguir lo que pretendes. Estoy a punto de llegar a los treinta y quiero, *necesito* ser madre. Lo sabías cuando nos casamos, yo no te engañé y...

—¿Y yo sí a ti? No me niego a lo que me pides, es simplemente que... no me parece el momento, eso es todo.

No quiero echarme a llorar delante de ella. Sucede casi siempre, y es algo que me irrita profundamente, porque Candela es de las que no suelta una lágrima ni cuando muere la madre de Bambi. Además, cada vez que sale el tema de mis oposiciones me pongo a la defensiva, porque mi mujer tiene un trabajo excelente mientras yo vivo de su sueldo, y porque, aunque se supone que dedico todo mi tiempo a estudiar, en realidad no me siento ni remotamente preparada para superar el examen que tendré en poco más de un año.

Cande viene hacia mí intentando una reconciliación. Al principio se limita a abrazarme, pero enseguida retira mi pelo y me da un tierno beso en la base del cuello. No tardo en notar sus manos ciñendo mi cuerpo a través del vestido, acariciando con suavidad y dirigiéndose poco a poco hacia...

—No me apetece.

—Joder, ya estamos.

¿Cómo puede pensar en el sexo en un momento así? Yo estoy triste y enfadada, ¿es que ella no nota que la noche se ha echado a perder? Candela se remueve inquieta, y mucho me temo que vamos a tener una de esas peleas épicas que hacen que estemos una semana sin hablarnos.

—¿Algún problema? —pregunto desafiante y con la clara intención de buscar pelea.

—¿Problema? Ninguno, aparte del hecho de que los astros deben alinearse

para que a la señorita le parezca apropiada la idea de follar.

—Sabes que no me gusta que hables así.

—Oh, perdón, ¿la princesita se ha molestado? Quería decir que su excelencia necesita ver brillar la luna y las estrellas para que, con suerte, le apetezca hacer el amor.

Son los dos focos de nuestras peleas: la adopción y el sexo. Con respecto a este último, Candela opina que soy demasiado... ¿cuál es su expresión? Ah sí, rutinaria, soy demasiado rutinaria. Siempre hago lo mismo, con los mismos prolegómenos y siguiendo los mismos pasos, según ella.

Siento que la rabia crece en mi interior de forma incontenible:

—Pues si piensas que hoy me vas a poner una mano encima es que no me conoces ni un tanto así —contesto, al tiempo que le enseño la mano derecha con los dedos índice y pulgar casi tocándose.

—Pues me parece muy bien, enciérrate a llorar en el baño. Aprovecharé para hacerme una paja viendo algún videolésbico en internet.

Odio que se ponga así de grosera en ocasiones, y odio también que, siempre que peleamos, sea yo la que termina llorando. Intentado no parecer derrotada, doy media vuelta y me encierro en el cuarto de invitados.

Solo cuando estoy a solas y mientras me quito los odiosos zapatos que son un verdadero suplicio, permito que las lágrimas empiecen a caer por mis mejillas. ¿Cómo no lo he visto venir? Sé que Cande me quiere tanto como yo la quiero a ella, pero también sé que va a remolque en el tema de la adopción y que prefiere esperar. El problema es que yo noto dentro de mí una necesidad inmediata de satisfacer mi instinto maternal. ¿Qué puedo hacer? No se me pasa por la cabeza la posibilidad de abandonar a Candela pero, ¡me siento tan frustrada!

Dos golpes en la puerta del cuarto me sacan de mis funestos pensamientos. ¿Querrá una reconciliación? Con tal de terminar en la cama es capaz de cualquier cosa, pero esta noche se va a quedar con un palmo de narices, ¡después de todo lo que había trabajado preparando la cena!

—Lo olvidaba —oigo la voz de Cande desde el pasillo—. El lunes va a venir una chica de la agencia de limpieza. La he contratado para que tú tengas tiempo para estudiar, pero si prefieres jugar a las casitas, la despides. Haz lo que te dé la gana.

Pues no, parece que no quería una reconciliación.

\*\*\*

—Venga, no te lo tomes así.

—Es que no me parece que sea sincera. Creo que simplemente me da largas, que no desea en absoluto tener ese niño.

Cristina me sonrío y pone su mano sobre mi antebrazo. Es mi mejor amiga y, como ella también tuvo que sudar lo suyo para convencer a su marido para formar una familia, creo que en estos momentos es la persona que mejor puede comprenderme.

—Tienes que darle tiempo, ya verás como todo se arregla.

—Pues hemos pasado el fin de semana sin hablarnos. Esta vez la pelea ha sido seria.

—Vamos cariño —trata de animarme—, no exageres. Cualquiera que os vea sabe que estáis hechas la una para la otra, es normal tener peleas en una pareja. Es incluso sano.

—Me gustaría creerte. Últimamente...

Me siento tentada de contarle a mi amiga que incluso en la cama empezamos a tener problemas. Tal vez Candela y yo seamos demasiado distintas. Sé que

muchas amigas de su grupo no me tragan, y sé que tampoco se explican qué ve en mí, porque yo soy tranquila y hogareña mientras mi esposa es una abogada inquieta que siempre ha luchado por los derechos del colectivo.

Tres estridentes timbrazos en el telefonillo interrumpen nuestra conversación.

—¡Menudo ímpetu! —exclama Cristina—, ¿esperas a alguien?

—No, supongo que será la maldita propaganda.

Estoy a punto de no contestar, pero un nuevo timbrazo, incluso más prolongado, me obliga a acudir a la llamada.

—Vengo de la agencia de limpieza —oigo una resuelta voz femenina al otro lado.

Lo había olvidado por completo. No me queda más remedio que dejar subir a la mujer que ha enviado la agencia, aunque estoy decidida a decirle que, lamentándolo mucho, no voy a contar con sus servicios.

—¿Estás segura de que es lo mejor? —pregunta Cristina cuando se lo explico—  
— Tal vez no sea mala idea tener a alguien que limpie esta enorme casa, y...

—¿Y entonces yo podré estudiar de firme?

—Ay Marta, no te pongas a la defensiva.

Pero la intrusa ya está tocando en la puerta, impidiendo así al menos que pueda discutir también con mi amiga de la infancia. Dejando a Cris en el salón, me dirijo a su encuentro sin tener muy claro si voy a aceptar sus servicios o no.

—¡Hola! Soy Jara, vengo de la agencia. Perdona que llegue un poco tarde, es que me he perdido.

—Hola... pasa, yo soy Marta.

Me ha sorprendido el aspecto de la asistente, tal vez porque esperaba una

mujer madura y, en su lugar, ha aparecido una chica que parece incluso más joven que yo. Como nunca he tenido a nadie a mi servicio, no sé muy bien cómo debo proceder, de modo que la llevo hasta el salón donde espera Cristina y le pregunto si le apetece una taza del café que estamos tomando.

—Vaya, esta casa es muy grande —dice la joven después de sentarse con desenvoltura y aceptar la taza ofrecida—, ¿solo tendré que venir dos días a la semana?

—Bueno, con respecto a eso...

—Yo creo que podéis probar con dos días y, si luego os parece oportuno, pasar a tres.

Me ha sorprendido la interrupción de Cristina. Habitualmente es como yo, discreta y poco amiga de entrometerse en nada. ¿Habrá hablado con Cande antes de venir? Ellas se han llevado siempre estupendamente, y eso es algo que me gusta pero que también me molesta un poco, porque de ningún modo he podido yo encajar de igual forma en el grupo de amigas de mi mujer, y eso a pesar de que casi todas son lesbianas y se supone que podríamos tener más cosas en común.

—Me parece estupendo —dice Jara apurando su taza—. Si me dices dónde cambiarme, empezaré ahora mismo.

—Es... bueno, bien. Sígueme, te enseño el cuarto de invitados.

No puedo evitar sentir una leve punzada de fastidio contra el mundo en general. Es como si yo nunca decidiera nada. De pronto, resulta que tengo asistenta, y eso implica disponer de mucho más tiempo libre para estudiar... justo lo que Candela desea y lo que yo trato de evitar. Cuando regreso junto a Cris, mi enfado es creciente, y tampoco hago nada por ocultarlo:

—Dime la verdad, ¿te ha pedido Candela que vengas esta mañana?

—Desde luego, ves fantasmas en todas partes. Si os lo podéis permitir, ¿qué hay de malo en tener un poco de ayuda? Esta casa tiene cuatro habitaciones y un salón gigantesco. Tanto si cuidas de un bebé como si tienes que estudiar, vas a necesitar tiempo libre, además...

—¿Además qué?

La mirada de inteligencia que me dirige mi amiga hace que me ponga un poco colorada.

—No te hagas la tonta, ¡menuda asistenta! Parece una modelo de una revista erótica.

—¿Crees que es guapa?

—No me fastidies Marta —ríe burlona Cristina—. Candela y tú sois guapas, esta chiquilla es un bombón, y si no te has fijado es que de verdad necesitas un descanso en tu vida. Oye, a lo mejor tu linda mujercita se pone celosa cuando se entere de lo que ha metido en casa.

—¿Quieres dejar de tomarme el pelo? No estoy de humor.

Cristina vuelve a reír y, al tiempo que se levanta, me abraza y me besa con fuerza en ambas mejillas.

—Tienes una chica preciosa que te quiere, la vida resuelta y todo el futuro por delante. Siempre habrá problemas, asúmelo, es parte de la vida. No hagas una montaña de un grano de arena y dale tiempo al tiempo, todo se arreglará.

Mi amiga se despide y me deja sola. Tal vez tenga razón. Al fin y al cabo, todavía soy joven y tengo muchos años por delante para ser madre. Eso no quita para que siga enfadada con Cande, y en cuanto a la imposición de tener asistenta...

—¿Por dónde quieres que empiece?

Jara está en la puerta del salón. Ha cambiado su ropa de calle por la de

trabajo, una bata vieja llena de remiendos. La verdad es que la chica es mona. Incluso sin arreglar y sin maquillaje, es obvio que tiene unos enormes ojos entre azules y grises y una sonrisa muy bonita. Además, parece llena de alegría y resulta espontánea y simpática, no sé por qué se me había metido en la cabeza que iba a aparecer una cincuentona gruñona y seria.

—Pues... no sé, por donde a ti te apetezca. Yo tengo que estudiar.

Se supone que para eso hemos contratado a Jara, de modo que cojo mis apuntes y me encierro en mi cuarto mientras ella empieza a trabajar.



## Candela

Quiero a Marta con toda mi alma pero, a veces, no puedo evitar cuestionarme si nuestra vida juntas no es un error. Y no me refiero al hecho de tener peleas con frecuencia, eso me parece natural y no le doy más importancia de la que tiene. Me refiero a que somos muy distintas y esperamos cosas muy distintas de la vida.

Está claro que vamos a tener problemas con el tema de la adopción. No es que yo me niegue, de hecho me gustan los niños. Lo que sucede es que me lo planteo a largo plazo, porque primero tengo muchos objetivos que cumplir. Hay todavía muchos países en los que la homosexualidad es un delito e, incluso en España, hay infinidad de cosas que mejorar y debemos vigilar que no se produzca ningún retroceso. ¿Cuándo vamos a luchar por nuestros derechos sino ahora que somos jóvenes? Los críos pueden esperar sin duda a que las dos llegemos al menos a los cuarenta y nuestra energía empiece a disminuir.

Me fastidia la pasividad de Marta. Para ella, conmigo y con el niño sería suficiente. Me ahoga esa sensación de hacer las cosas como el resto de la gente, de terminar convirtiéndonos en una pareja como otra cualquiera. No es que tenga nada contra la familia tradicional, pero creo que es muy pronto para jugar a las casitas como mi mujer pretende. Marta piensa que solo cede ella, pero esta casa burguesa no me gusta y no entiendo que pueda sentirse cómoda viviendo de mi sueldo y dependiendo de mí, en lugar de buscar ser independiente.

El tema del sexo es aparte. Marta es deliciosa y dulce, y durante mucho tiempo eso estuvo bien. El problema es que nunca siente inquietudes, no le gusta investigar, no sabe explorar caminos nuevos. Ni mucho menos soy una persona amante de las cosas raras, pero sí me gusta a veces jugar a ser una persona

diferente, adoptar un rol dominante o sumiso, una pose que puede ser intercambiable y que solo tiene que durar unas horas. Siempre que propongo algo así, Marta me mira con cara rara, como si me juzgara y le pareciese increíble que a mí pueda interesarme algo más allá del sexo convencional, gratificante pero totalmente predecible.

Va contra todos mis principios pagar a una persona para que limpie nuestra casa, pero me ha parecido la única opción aceptable. Veo a Marta cada vez más metida en su papel de ama de casa feliz, y no es eso lo que quería cuando accedí a casarme con ella. Yo tengo un punto rebelde, me casé para reivindicar mis derechos y fastidiar a mi padre, y lo último que desearía es volver a casa y encontrarme con mi linda mujercita y un par de niños correteando. Entonces, ¿para qué habrían servido todos estos años de lucha contra el sistema establecido?

Para colmo, estamos a jueves y Marta lleva sin dirigirme apenas la palabra desde el viernes. Es otra cosa que no soporto, que cada pelea le parezca una tragedia. A mí se me pasan enseguida nuestros enfados, pero ella parece tomarlos como una ofensa y tarda días en superarlos. Tal vez debería pasarme por esa tienda tan coqueta que le gusta tanto y comprarle algo bonito. Y, después, quizá podría pasarme por la tienda que me gusta a mí y...

Con un poco de suerte, esta noche podremos hacer las paces.

## Marta

Hace casi una semana de nuestra pelea y Candela no ha hecho el menor intento de acercamiento. Ni siquiera me ha preguntado por la nueva asistenta, que de momento vendrá los lunes y los viernes.

Justo cuando decido no ser yo la que dé el primer paso para superar el enfado, la veo aparecer el jueves con la sonrisita tímida que siempre me desarma, tal vez porque deja a la vista esos dientecitos suyos de abajo, ligeramente desalineados, que tanto me gustan.

—Te cambio esto por un beso —dice zalamera mientras esconde una cajita a su espalda.

Tengo tantas ganas de volver a abrazarla que no puedo seguir manteniendo mi digna pose de distanciamiento. El problema del niño bien podrá esperar a otro momento, ahora lo imprescindible es que sus futuras madres se reconcilien y le esperen en un hogar donde reine la armonía y no el resentimiento.

—Venga, dámelo —digo ansiosa, intentando rodear su cuerpo con mis brazos mientras ella se escurre como una lagartija.

—Nada de eso, primero mi beso.

Lo único bueno después de las peleas son las reconciliaciones. Me encanta poder abrazar de nuevo a Cande, sentir su boca sobre la mía y sus manos palpando mi cuerpo con ansia. Riendo como una niña, me separo de ella con el botín de su regalo entre mis manos. Cuando abro la cajita, unos pequeños pendientes hacen que una amplia sonrisa ilumine mi cara.

—¿Te gustan?

—Me encantan, son preciosos.

No son exactamente mi estilo, pero hace mucho que renuncié a la pretensión de

que Candela llegara alguna vez a entender qué me parece bonito y qué no. Aunque a mí me resulta increíblemente sexy, debo reconocer que mi mujer carece de esa coquetería que yo tengo, y normalmente va más a lo efectivo y funcional que a lo delicado y simplemente hermoso.

De cualquier modo, le agradezco el regalo con total sinceridad, porque lo que importa es la intención y no el acierto. Además, siempre podré cambiarlos en unos días, sé perfectamente dónde los ha comprado y ella ni siquiera se dará cuenta.

—Voy a probármelos enseguida.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no te quitas toda la ropa y me esperas en la cama? Tengo otra sorpresa para ti.

Esta vez, su invitación me parece una idea excelente. Llevamos casi una semana sin tocarnos y necesito sentir el tacto de sus manos sobre mi piel. Me encantan las manos de Candela. Son pequeñas y suaves, y tiene unos deditos encantadores que, cuando entran en mí, me transportan al paraíso en un segundo. Si tuviera que elegir una parte de su cuerpo, me quedaría sin duda con las manos.

—De acuerdo —digo con la más provocativa de mis sonrisas—. Pero no tardes, quiero demostrarte lo mucho que me ha gustado tu regalo.

Muy satisfecha del tono pícaro que he dado a mi respuesta, me dirijo a nuestro dormitorio y empiezo a desnudarme. Esta noche, voy a ser tan cariñosa con ella que no va a poder quejarse en mucho tiempo de mi supuesta falta de fogosidad. En menos de un minuto, estoy desnuda bajo las sábanas, con la luz suave de la mesilla por toda iluminación y esperando impaciente a mi amada.

Es curioso, tarda más de lo que en ella es habitual en estas circunstancias. Ha hablado de otra sorpresa, ¿se habrá comprado un picardías? Candela tiene un cuerpo esbelto y delgado pero finamente moldeado que a mí me resulta

enloquecedoramente sensual. En realidad, a mí no me hace falta ningún complemento artificial para potenciar la intensidad de estos momentos pero, si para ella es importante, esta noche estoy dispuesta a meterme en el juego que proponga hasta el final.

Por fin, mi chica abre la puerta, y no puedo evitar soltar una risita nerviosa al verla aparecer. Está envuelta en su albornoz y se ha puesto gomina en el pelo, pero lo que me sorprende es ver dos finos trazos pintados con carmín negro sobre su labio superior.

—¿Te has puesto bigote? —pregunto riéndome.

—Hola nena —contesta ella con un tono que parece sacado de las antiguas películas de gánsters—. ¿Me estabas esperando?

La verdad es que está muy graciosa, con el pelo pegado a las sienes y ese minúsculo bigotito. Parece un hombre muy guapo y afeminado. Aunque en realidad su disfraz me produce más diversión que deseo, me decido a seguirle la corriente.

—Te esperaba con pasión.

—Nena, esta noche voy a llevarte al cielo.

—Hazme tuya, bandido.

Mientras digo esto, tiro hacia un lado de las sábanas y ofrezco mi cuerpo a su vista. Me llena de alegría leer el deseo en sus ojos. Con lujuria, Cande recorre despacio mis pechos, mi vientre plano y las caderas bajo las cuales se aplastan estos generosos glúteos que la naturaleza me dio y que tanto le gustan. Mi sexo palpita al sentir la caricia de su mirada, mis muslos tiemblan al imaginar lo que sin duda va a llegar. Deseo tanto sentir sus dedos enredándose en mi vello púbico que tengo que contener un suspiro de impaciencia.

Entonces, sucede algo increíble porque, cuando por fin mi mujer se quita su

albornoz y aparece desnuda ante mí, veo entre sus piernas... ¡un enorme pene que apunta en mi dirección! Lo lleva enganchado en la cintura con unas correas, y me parece lo más horroroso y ridículo que he visto en mi vida.

—¿Qué... qué es eso?

—Tranquila nena —sonríe Candela, que sigue con el juego, aparentemente ajena a mi cara de espanto—. Trataré de no hacerte daño.

Toda la sensualidad del momento se ha evaporado como por arte de magia. ¿Qué pretende hacer con esa monstruosidad? Ya en alguna ocasión mi mujer me había propuesto usar algún artículo de este estilo, y siempre le había dejado claro que no me atraían lo más mínimo.

—Anda, quítate eso —digo sin poder contenerme—. Estás horrible.

Candela se queda un instante mirándome, sin reaccionar. Luego, parece intentar seguir en su papel durante un segundo.

—Vamos a probar. Quizá te guste. Luego puedes usarlo tú conmigo.

Veo en su cara que está decepcionada, y al instante me arrepiento de mi reacción. Tal vez tiene razón y soy una sosa. Quizá, por una vez, podría intentar probar algo nuevo.

—Está bien... venga.

Algo se ha roto. Candela suspira, duda un instante y, con un gesto desolado que me parte el alma, se quita el pene artificial y lo tira bruscamente a un lado. Luego, da media vuelta y se dirige al cuarto de baño que tenemos dentro del dormitorio principal.

—Espera, te he dicho que podemos probar.

—Olvídalo, el momento ha pasado.

—No te enfades por favor. Tengo muchas ganas de...

Cande se vuelve hacia mí, quieta en mitad del dormitorio y mirándome fijamente.

—Enseguida estoy contigo. Voy a quitarme este estúpido bigotito. Yo seré Cande y tú Marta. Como siempre.

Luego, desaparece en el cuarto de baño. Su voz ha sonado tan desilusionada que he sentido un miedo horrible al oírla. ¿Tengo yo la culpa de que no me gusten este tipo de juegos? Además, había accedido a probar, lo que no puedo fingir es que a mí me entusiasme esto.

Cuando Cande regresa, hacemos el amor sin decir una palabra. Por mi parte, disfruto de un orgasmo suave pero muy gratificante. En cuanto a ella...

\*\*\*

El viernes, Candela se levanta sin hacer ruido y yo finjo estar dormida mientras se viste para ir trabajar. La perspectiva de un fin de semana de morros me asusta tanto que siento ganas de llorar. ¿Cómo pudo terminar tan mal la reconciliación de anoche? Nunca habíamos tenido una crisis tan grave, nunca habíamos dormido dándonos la espalda después de hacer el amor.

Para colmo, el estridente timbrado me anuncia que hoy tiene que venir Jara. Otra vez lo había olvidado, ¡odio a esta intrusa! Mientras ella limpia, seré una reclusa en mi propia casa, encerrada en mi cuarto y sin atreverme a salir para no interrumpir sus tareas. Me siento incómoda con una extraña limpiando lo que yo debería limpiar, y hoy ni siquiera me encuentro con ánimos para abrir un libro.

Ajena a mi abatido estado de ánimo, la joven llega llena de ruido y energía, se mete directamente en el cuarto de invitados y, en apenas cinco minutos, sale dispuesta a empezar la tarea. Hoy, en lugar de bata lleva un viejo pantalón de chándal que se ciñe a su cuerpo como si fuera una segunda piel, y es difícil no fijarse en la perfección de su figura. Es alta y delgada, pero eso no impide que

tenga unas redondeces que sin duda responden a lo que la sociedad entiende que deben ser las medidas perfectas de una mujer.

—¿Puedes centrarte más en la cocina por favor?

—Claro, enseguida.

Durante la primera hora, me meto en mi dormitorio y finjo estudiar. Es ridículo, ¿a quién estoy engañando? Parezco una niña, no entiendo por qué me fastidia tanto esta situación. ¿Debería invitarla a tomar un café? No quiero ser grosera con ella, pero tampoco pasarme de hospitalaria.

Harta de estar sin hacer nada, me dirijo a la cocina y me encuentro con Jara subida a una pequeña escalera, la cabeza metida en uno de los armarios altos de encima del fregadero y su trasero, muy ceñido por el pantalón, proyectado hacia afuera en una posición que creo que puedo calificar de poco discreta.

—Hola... ¿te apetece un café?

—¿Perdona? —dice la joven, volviéndose hacia mí y quitándose los cascos que llevaba en los oídos—. Con la música no te oía.

—Decía que tal vez te apetezca hacer un descanso y tomar un café.

—Me encantaría, eres muy amable.

La joven se baja de la escalera sin que tenga que insistir. Ella parece mucho más relajada que yo, a pesar de estar en mi casa y a mi servicio. Supongo que lleva mucho tiempo trabajando en esto y, como no sé qué tipo de conversación iniciar con ella, se lo pregunto directamente mientras las dos nos sentamos en la mesa de la cocina a tomar nuestros cafés.

—Solo llevo un mes —contesta Jara—. Me hace falta algo de dinero para pagar la carrera, estoy en tercero de Psicología.

Quizá sea una bobada, pero mi sentimiento de culpa aumenta al oír su respuesta. Si no fuera por Cande, yo tendría que estar trabajando igual que



Jara para subsistir. Quizá estoy siendo muy egoísta al insistir tanto en el tema de la adopción.

—Vaya... yo estoy... estoy preparando las oposiciones para maestra.

—¿Te gustan los niños?

—Mucho.

—A mí me encantan. De hecho, me gustaría especializarme en psicología infantil. ¿A tu mujer también le gustan?

He dado un respingo al oír su pregunta. ¿Cómo sabe que estoy casada con una chica? Que yo sepa, Cande nunca la ha visto, ella se limitó a llamar a la agencia y a pedir que le mandaran alguien de confianza. Como si adivinara mi desconcierto, Jara sonrío y me saca de dudas antes de que pueda decir nada:

—He visto fotos de vuestra boda al limpiar el polvo. Hacéis una pareja muy mona.

Soy una tonta, ¿cómo no había pensado en eso? No puedo evitar sentir cierta rabia, porque no me gusta que esta desconocida pueda saber ya tantas cosas sobre mi vida privada mientras que yo no sé absolutamente nada de la suya. Sin embargo, reconozco que no estoy siendo justa, de modo que trato de responder sin dar muestras de mi creciente crispación:

—A ella también le gustan, aunque...

—¿Aunque?

—Olvídalo. Y tú, ¿tienes novio?

—Nada serio, parece que nadie es capaz de aguantarme.

Ha terminado con una risa sincera su propia gracia y, luego, acaba su café de un sorbo y se pone en pie.

—Bueno, me encanta charlar contigo, pero sospecho que no me pagas para

eso.

Me resulta increíble lo tranquila y relajada que se muestra. Si yo tuviera que ir a una casa desconocida a limpiar para pagar mis estudios, estoy segura de que no parecería tan satisfecha. No quiero ser malinterpretada, no es que considere que el suyo sea un oficio denigrante ni nada de eso; es simplemente que, de algún modo, yo soy su jefa, pero Jara se comporta conmigo más como si fuéramos amigas que como si tuviéramos una relación laboral.

—No me importa que te sientes a charlar conmigo mientras trabajo —me dice cuando vuelve a subirse a la escalera—. Estoy un poco harta de la música que he traído.

Un poco perpleja y superada por su desparpajo, me quedo en mi sitio apurando mi café. Supongo que debería regresar a mi cuarto y retomar mis apuntes, pero no me siento ni de lejos con la capacidad suficiente como para poder rendir en el estudio.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Candela.

—Es guapa. Las dos sois muy guapas.

—Gracias... tú también.

Jara abandona su tarea, asoma una cara sonriente para agradecer el cumplido y, después, vuelve a enterrar el torso en mi armario. La verdad es que la visión de sus nalgas en pompa es especialmente llamativa, y no negaré que, una o dos veces, tal vez tres, mi mirada se ha dirigido hacia allí mientras hablamos. ¿Será consciente ella de lo provocativo de su postura? Sabe que soy lesbiana, que no soy la típica ama de casa casada con un tipo con bigote y...

El recuerdo del fracaso de anoche me llena de tristeza. ¿Qué está pasando entre Candela y yo? Nuestras discusiones son cada vez más frecuentes y

graves, y si encima el sexo empieza a no ir bien... Esta mañana he buscado el maldito pene, pero no sé dónde lo ha escondido. Si tan importante es para ella, tal vez podríamos probarlo, aunque la verdad es que a mí usar ese aparato me parece una ordinariez escandalosa. De haber querido un sexo masculino, me habría casado con un hombre, pero eso nunca ha sido una opción para mí.

—¿Hace mucho que estáis casadas?

—¿No hace demasiadas preguntas Jara? Es evidente que no parece molestarle mi orientación sexual, pero me gustaría saber si sentiría el mismo interés por mi vida si en las fotos de mi boda apareciera un hombre en lugar de Candela. Casi tanto como el rechazo, odio la excesiva atención. El hecho de ser homosexual no me convierte por sí solo en una persona interesante, y tal vez esta desconocida simplemente sienta curiosidad por el aspecto morboso del asunto.

—Un año.

—No eres muy habladora, ¿verdad? —dice volviendo de nuevo hacia mí su cara sonriente. ¿Se habrá dado cuenta de que estaba mirándole el...?

—No, perdona. Es que estoy un poco cansada. Ya sabes, los estudios y eso.

—Sé perfectamente de lo que hablas. Yo trabajo por las mañanas y estudio por las tardes, y la verdad es que los fines de semana estoy agotada.

Si lo que quería era hundirme en la miseria, lo ha conseguido. La realidad es que yo ni trabajo ni estudio, y encima no soy capaz de ejercer ni mi función de mujer objeto. Sé perfectamente que anoche Candela fingió su orgasmo, o al menos que no vibró como antes lo hacía gracias a mis caricias, y lo peor es que sé también que la de ayer no fue la primera ocasión en la que eso ocurre. Tengo un maldito nudo en la garganta que no me deja respirar.

—Bueno, esto ya está. ¿Por dónde sigo ahora?

—Pues... ¿te importa ocuparte de los dormitorios? Yo mientras voy a bajar a hacer unas compras.

Jara baja de la escalera y yo, que no tengo ni idea de qué comprar, cojo mi bolso y me dirijo a la puerta. Cuando estoy a punto de salir, me planteo si es inteligente por mi parte dejar sola a la joven en casa. Acabo de conocerla, ¿y si nos roba algo? Encogiéndome de hombros, decido correr el riesgo. Además, no hay nada de excesivo valor que pueda sustraernos.

Lo único que puede pasar es que encuentre el consolador gigante que Candela trajo ayer a casa. En ese caso, ojalá decida robarlo.

## Candela

—Me sentí ridícula, con el dichoso juguetito entre las piernas. ¡Y encima me había pintado un absurdo bigote!

Ruth se ríe de buena gana y no hace ningún esfuerzo por ocultar que Marta nunca le ha parecido la mujer ideal para mí.

—Odio decir “ya te lo dije”, pero la verdad es que ya te lo dije. Es muy mona y todo lo que quieras, pero no es tu tipo.

Me molesta la evidente animadversión que hay entre mi mujer y mi novia de la universidad. Según Marta, Ruth sigue enamorada de mí; según Ruth, Marta es una chica insípida que solo tiene un buen cuerpo y muchas ganas de agradar, pero ninguna personalidad. En mi opinión, ninguna de las dos tiene razón.

—Lo peor es que sigo enamorada de ella como el primer día.

—El amor es ciego, sin duda.

—Joder Ruth, no me fastidies.

—Perdona, perdona. Si a ti te hace feliz, a mí me hace feliz. ¿De verdad te habías pintado un bigotito?

—No sé cómo pudo parecerme una buena idea.

Las dos rompemos a reír al pensar en lo ridículo de la situación, yo tratando de seducirla con un pene de plástico entre las piernas y ella poniendo cara de horror y de estar siendo violada. Sería divertido si, en el fondo, no empezara a parecerme un problema real. Poniéndome seria de nuevo, miro a los ojos de mi mejor amiga y le confieso mi mayor temor:

—Empiezo a aburrirme con ella. La quiero a rabiar pero... ¡es todo tan monótono! Hacemos las mismas cosas semana tras semana, y no me refiero solo al sexo. Es como si todo estuviera programado, como si hubiera un guión

que seguir y fueran a ponernos multa si no lo hiciéramos.

—Quizá deberíais separaros un tiempo.

El mero hecho de oír esa posibilidad me quita el aliento. En los últimos tiempos he empezado a entender eso de “ni contigo ni sin ti”. Sé que las cosas no van todo lo bien que deberían ir, pero ni me planteo el hecho de separarme durante una temporada de Marta.

Suspirando, me despido de Ruth. Aunque no me sirva para encontrar ninguna solución mágica, hablar con ella me relaja. Mientras vuelvo a casa, recuerdo que tengo que preguntar a Marta si aceptó a la chica enviada por la agencia de limpieza.

Espero que finalmente se haya decidido a tomarse en serio sus estudios.

## Marta

Durante dos semanas seguidas, he buscado cualquier pretexto para no quedarme a solas con Jara los días que le toca venir a casa. Aunque no podría explicar el motivo, lo cierto es que no estoy cómoda viéndola trabajar y, como cada vez me cuesta más abrir un libro, la única solución posible es salir por ahí a dar largos paseos sin rumbo fijo.

Hoy, sin embargo, eso no va a ser posible, porque Candela está esperando un paquete importante relacionado con su trabajo y me ha pedido que esté en casa para recogerlo personalmente. Por eso, cuando Jara llega me encuentra fingiendo que repaso mis apuntes. Mientras se cambia, se me ocurre que ella que estudia psicología podría explicarme tal vez cómo es posible que, a punto de cumplir los veintiocho, recurra a engaños propios de adolescentes.

Supongo que algo tiene que ver la situación que vivo con Cande, y eso que mantenemos una calma tensa y expectante. No estamos enfadadas, nos tratamos con afecto y las dos intentamos no hacer ni decir nada que desemboque en un conflicto pero, pese a ello, es evidente que no pasamos por nuestro mejor momento.

Yo estoy resentida porque, ante su falta de entusiasmo, le he dicho a la asistente social que por motivos de trabajo nos convenía retrasar la entrevista. Ella está desilusionada porque me ve sin iniciativa y como en un punto muerto, y porque no comparto su inquietud por los problemas de los homosexuales en países que ni siquiera sé situar en el mapa. Del odioso artilugio supuestamente erótico que trajo hace un par de semanas no he vuelto a saber nada.

—¿Empiezo por la cocina, como siempre?

—Eh... sí, estupendo.

Vaya, debe ser el uniforme de verano. Desde hace un par de días hace

verdadero calor en Madrid, y no he podido evitar quedarme un poquito sorprendida cuando Jara ha salido del cuarto de invitados sin su ropa de calle. Hoy, lleva unos vaqueros tan cortos que sus espléndidos muslos aparecen totalmente desnudos, y una camiseta vieja que deja su ombligo al aire y bajo la cual todo hace indicar que no hay sostén alguno.

Por un instante, estoy a punto de decirle que su atuendo no me parece el más apropiado para trabajar, pero enseguida me doy cuenta de que eso sería ridículo. Sin duda, la joven solo desea estar cómoda, y además estoy segura de que pensaba que, igual que en las últimas semanas, yo no iba a estar en casa.

Haciéndome a mí misma la promesa de empezar a estudiar, me encierro en mi habitación y la dejo trabajar a gusto. Ella ya sabe que puede tomar un café o algo fresco de la nevera siempre que quiera, no es necesario que yo se lo ofrezca. Durante algo más de una hora, consigo concentrarme más o menos en mis estudios, aunque de cuando en cuando oigo el ruido que hace Jara al moverse por la casa.

He debido quedarme algo traspuesta porque, cuando la puerta de mi habitación se abre, el libro en el que estoy enfrascada casi se me cae al suelo.

—Quería limpiar este cuarto, si no te molesta.

—No, claro que no. Pasa, me iré a otro sitio para dejarte trabajar.

—No es necesario. Ya sabes que me gusta charlar mientras limpio. ¿No te vendría bien un descanso?

Tengo la desagradable sensación de que siempre es Jara la que lleva la iniciativa. Sé que lo que digo no tiene ningún sentido pero lo cierto es que, ahora, en lugar de irme me he sentado en la silla que tenemos frente al tocador. La joven no parece en absoluto intimidada por mi presencia, ¿no debería ser ella la que estuviera deseando que yo no estuviera presente?



—¿Qué tal llevas los estudios?

—Bien. Regular... en realidad mal.

Jara detiene un momento su actividad y se ríe abiertamente. Tiene una risa bonita que muestra dos hileras de dientes blanquísimos. No puedo evitar darme cuenta de lo hermosa que es. Con el pelo recogido en una coleta parece incluso más joven, y su cuerpo transmite energía y alegría de vivir. Me obligo a mí misma a no mirar la generosa porción de sus glúteos que se muestra sin pudor según la postura y, por alguna razón, siento un chispazo de envidia hacia ella, a pesar de que no tengo ni idea de cómo es su vida.

—No te desanimes —me dice volviendo al trabajo—. Estudiar le cuesta a todo el mundo.

—A todo el mundo menos a mi mujer. Ella fue la número uno de su promoción.

—¿La número uno? ¡Qué asco! ¿No te parece?

Lo ha dicho arrugando la nariz de un modo tan gracioso que incluso yo me he reído. Ahora está pasando el polvo a los muebles del cuarto que comparto con Candela, y no he podido dejar de fijarme en que uno de los tirantes de su camiseta ha caído, dejando a la vista un hombro delicado y de un delicioso color tostado.

—Y tú, ¿qué tal los estudios de Psicología?

—Espero terminar la carrera en un par de años y, después, curar a todos los locos de esta ciudad.

—Estoy segura de que lo harás genial.

—¿Tú crees? La gente que me conoce dice que debería empezar por mí misma.

Es divertido hablar con Jara. Su buen humor es contagioso, estoy segura de que podríamos ser buenas amigas si tuviéramos la ocasión de conocernos

mejor. Por cierto que, cada vez que se inclina, veo el nacimiento de sus senos. Mi primera suposición era acertada: no lleva sostén.

Intento no seguirla demasiado con la vista mientras ella se mueve por toda la habitación, pero tampoco puedo evitar mirarla deliberadamente. ¿Es consciente Jara de lo excesivamente escasa que es hoy su ropa de trabajo? Su ombligo es como un faro que tratara de concentrar en él toda mi atención, y sus muslos parecen de la consistencia del mármol, ¿cómo puede estar tan morena si el verano acaba de empezar? Tal vez sea yo la que ya no percibe la realidad tal y como es. Quizá sea normal ir a limpiar medio en cueros a una casa ajena y que los matrimonios de lesbianas utilicen consoladores enormes en forma de pene, qué sé yo.

—Quieta, no hace falta que te retires. No me molestas.

Jara ha empezado a limpiar el polvo del tocador donde estoy sentada, y ha interrumpido mi ademán de levantarme. Durante unos segundos, me quedo indecisa. La joven se inclina tanto que mi mirada puede colarse ahora por el generoso hueco de su escote. Dios, es realmente difícil evitarlo, sus senos se insinúan llenos y orgullosamente erguidos. Un poco más y el pezón sería visible, tengo que desviar la vista, tengo que concentrarme en cualquier cosa menos en este dichoso escote.

—Tenéis una casa preciosa, me encanta.

—Gracias.

—Cuando ejerza de psicóloga y sea rica, pienso comprarme una parecida. Lo que no creo que haga es casarme, no soy el tipo de persona capaz de atarse a nadie. ¿Vosotras sois felices?

Ahí está, el exquisito pezón izquierdo de Jara, ¿se habrá dado cuenta de que la estaba mirando? Solo he podido verlo durante cuánto, ¿dos, tres segundos? Los suficientes para confirmar lo que imaginaba: es pequeño pero bellissimo,

con la areola perfectamente definida y de un sugerente tono rosado.

—¿Felices? Sí, claro. Tenemos nuestros problemas, como todas las parejas, pero somos muy felices.

—Me alegro. ¿Sabes? Esta es con diferencia la casa a la que más me gusta venir.

—Gracias...

—Es la verdad. Tú eres muy...

Nunca sabré lo que iba a decir Jara porque, en este momento, el ruido de la puerta al abrirse nos sobresalta a las dos. Luego, desde la entrada oigo la voz de Candela que se acerca:

—¿Marta? Soy yo, tengo una jaqueca horrible y he salido antes de... vaya, hola.

—Hola —saluda Jara, que en absoluto parece desconcertada por la interrupción.

—Tú debes ser Jara... yo soy Candela, la mujer de Marta.

—Encantada, ya te conocía por las fotos.

¿Por qué me siento como pillada en falta? Precisamente hoy he estado estudiando un buen rato, y no he sido yo la que ha pedido tener ayuda en casa. Luchando contra mi estúpido sentimiento de culpa, me preocupo por la salud de Candela. No es raro en ella padecer de fuertes dolores de cabeza, especialmente cuando tiene mucho trabajo en el bufete.

Dejando a Jara con su tarea, las dos nos dirigimos al botiquín del baño principal. Candela se toma un par de analgésicos y me mira con expresión burlona y divertida.

—Vaya, qué calladito te lo tenías.

—¿Qué?

—No te hagas la tonta. El otro día te pregunté qué tal asistenta y dijiste “bien, supongo”.

—¿Y qué querías que dijera?

—Joder Marta, “¿bien, supongo?”. Tienes ahí a la conejita play boy del mes de diciembre y no me habías dicho nada. ¿Siempre trabaja medio en pelotas?

¿Por qué demonios me he puesto colorada? ¿Qué responsabilidad tengo yo en todo lo que está sucediendo? Y, sobre todo, ¿por qué me pongo a la defensiva?

—Fuiste tú la que quería que tuviéramos asistenta, no la he elegido yo.

Candela me mira sorprendida por la reacción.

—Excusatio non petita...

—Déjate de latinajos, olvidaba que hablo con una abogada y que todo lo que diga puede ser utilizado en mi contra.

Sé que me estoy comportando de un modo absurdo, ni yo misma entiendo por qué estoy tan alterada. Afortunadamente, Jara anuncia que ha terminado y que, si no queremos nada más, se despide de nosotras hasta el próximo día.

Cuando quedamos solas, Candela no hace comentario alguno sobre lo sucedido, pero yo tengo la incómoda sensación de haber sido una estúpida. Quizá para compensar lo del consolador, mientras se está duchando entro en la bañera, me arrodillo entre sus piernas, y trato de compensarla por todo aquello que pueda faltarle a mi lado.

Al menos, esta vez estoy segura de que su orgasmo es auténtico.

## Candela

Sé que no es el momento más apropiado para hacer este viaje, pero es una conferencia importante y no puedo dejar de asistir. Lo difícil es explicárselo a Marta, que últimamente vaga por la casa como un alma en pena. Aunque sé perfectamente que está dolida por haber retrasado la adopción, yo misma tengo mis propios motivos de queja, y estoy un poco cansada de tener que ceder siempre por la simple razón de que ella rompe a llorar al menor contratiempo.

—¿Es imprescindible que vayas?

—Setenta y dos países en el mundo todavía castigan la homosexualidad. ¿Es que no te parece un motivo importante?

—Claro que me parece importante, pero tú sola no vas a poder arreglar el mundo.

—Hay gente que me necesita.

—Por ejemplo yo.

Hemos tenido esta discusión muchas veces. Marta es del tipo de persona que quiere a todo el mundo pero que no va a una manifestación por si se le escapa un golpe a un policía, y que prefiere cambiar de canal si en las noticias sale algo desagradable. En cambio, yo desde niña supe que quería aportar mi granito de arena para mejorar el mundo, y no me importa si fracaso mil veces, siempre lo intento una y otra vez.

—Será solo una semana, el domingo que viene estaré aquí de nuevo.

Mientras preparo la maleta, Marta se sienta a observarme en silencio. No me gusta su actitud de reproche, no cuando estoy segura de hacer lo correcto. Una vez más, intento hacerle entender los motivos que me mueven a hacer lo que hago.

—No comprendo cómo puedes ser feliz sabiendo que hay sitios en los que te pueden encarcelar por amar a alguien de tu mismo sexo.

—Y yo no entiendo que necesites ir por ahí salvando vidas en lugar de quedarte conmigo.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¡Solo piensas en tu bienestar!

No he podido evitar explotar con justa rabia. A veces pienso seriamente en lo que me dijo Ruth de tomarnos un tiempo separadas. Tal vez Marta no sea el tipo de persona que yo pensaba que era. De espaldas a ella, continúo metiendo cosas en la maleta. Estoy a punto de terminar cuando sus palabras, pronunciadas con extraña calma, me encuentran totalmente desprevenida:

—Tal vez yo sea egoísta. Pero si tú estás conmigo me importa una mierda que el mundo entero se vaya al carajo. Contigo me basta y me sobra para ser feliz. ¿Puedes decir tú lo mismo de mí?

Me he dado la vuelta, la he abrazado con fuerza y he hecho todo lo posible para que no nos separemos enfadadas.

Aunque las dos nos hemos besado y hemos soltado alguna que otra lagrimita, no estoy segura de haberlo conseguido por completo.

## Marta

Lunes. A primera hora de hoy Candela se ha marchado, y lo que más me duele es su acusación de que soy una persona egoísta. Sí, es verdad que yo me moriría de miedo antes de hacer las cosas que ella hace, y que nunca me entero de si hay una chica en el otro lado del mundo condenada a morir por contravenir leyes injustas. Todo eso es verdad y no lo niego.

Pero lo que ella no comprende es que yo siento que solo tengo una vida, y que quiero dedicársela a ella por entero. No es capaz de ver que para mí a su lado no hay rutina, que pasar la tarde en el supermercado es un plan excelente si la tengo junto a mí, que sería capaz de sacrificar al mundo entero a cambio de pasar una hora más juntas.

Si eso es ser egoísta, lo soy, y mucho. Lo curioso es que hoy, más que triste, estoy enfadada con ella. No me ha vuelto a mencionar el tema de la adopción y no valora el sacrificio que he hecho al posponerlo. No consigo desterrar la dolorosa certidumbre de que yo la quiero a ella mucho más de lo que ella me quiere a mí, y pensarlo me llena de una rabia que noto que está a punto de desbordarme.

Para calmarme un poco, he quedado esta tarde con Cristina, mi vieja amiga que sin duda me dará algún buen consejo y me escuchará con paciencia. Por otra parte, estoy tan cansada que no tengo ganas de vestirme para salir, de modo que, en chándal y sin ni siquiera peinarme, recibo a Jara, que llega como siempre, con una sonrisa de oreja a oreja y con un brillo luminoso en la mirada que demuestra que, por extraño que pueda parecerme, ser feliz es posible en este mundo ridículo.

\*\*\*

El vestuario de Jara es esta mañana mucho más convencional: mallas ajustadas que llegan hasta encima de la rodilla y camiseta con un escote muy discreto

comparado con el del día anterior. ¿Decepcionada? Por supuesto que no, qué tontería.

Como siempre, la joven aprovecha cualquier ocasión para entablar conversación conmigo y, como estoy enfadada con Cande y no pienso estudiar ni un minuto, me quedo charlando con ella en el cuarto de baño principal. Hoy, la conversación empieza sobre temas de la universidad; apenas nos llevamos tres o cuatro años y tenemos muchas cosas que comentar sobre esa etapa de la vida que ahora veo con nostalgia. Luego, una cosa lleva a la otra y terminamos hablando sobre viajes y lugares que nos gustaría visitar, y entonces Jara, que pese a ir más modosita sigue teniendo una figura capaz de resucitar a un muerto, me pregunta mientras se inclina en la bañera en una postura que no es demasiado decorosa:

—¿Tenéis planes para estas vacaciones?

—No podría decirte, Candela tiene mucho trabajo y siempre tenemos que esperar hasta el último momento.

—Hacéis una pareja encantadora, no me importaría conocer a alguien como vosotras.

¿Es una señal? No sé si lo ha dicho por decir o porque también ella... Si Candela hubiera hablado con ella cinco minutos sin duda lo sabría, tiene un verdadero sexto sentido para estas cosas. Por mi parte, soy incapaz de darme cuenta de si una persona entiende o no hasta que es tan evidente que todos lo saben.

—¿Cómo os conocisteis?

Me resulta difícil apartar la mirada del culo en pompa de Jara que, aparentemente ajena a su provocativa postura, sigue inclinada sobre la bañera mientras dispara pregunta tras pregunta, ¿por qué le interesa tanto nuestra vida privada?



—Fue a través de una amiga común.

—Yo tuve novia una vez, en el instituto. Ha sido mi única relación lésbica pero... creo que no he vuelto a querer a nadie como la quise a ella.

La revelación de Jara me ha dejado de piedra. Si es bisexual, entonces su modelito del otro día quizá no fuera tan inocente como yo pensaba. Por otra parte, su tono dulce y soñador mientras me ha hecho su confidencia me ha resultado de una sorprendente ternura.

—¿Qué pasó? —pregunto vivamente interesada.

—No lo sé —se encoge ella de hombros—. El amor es fugaz, supongo. Esto ya está, ¿me acompañas a la cocina?

Sin pararme a pensar que es extraño pagar a alguien para que limpie tu casa y, en lugar de aprovechar el tiempo para hacer tus cosas, pasar la mañana pegada a esa persona, la sigo y me quedo observándola mientras saca la escalera y se encarama para alcanzar los azulejos más próximos al techo.

Es curioso, porque suelo ser muy celosa de mi intimidad y, para contar mis problemas, tengo a Cristina. Sin embargo, de pronto siento deseos de desahogarme con Jara. Será por su espontaneidad, su belleza o su cálida conversación, no lo sé, pero sin pararme a pensarlo empiezo a hablar y yo misma me sorprendo por la facilidad con la que salen las palabras:

—La verdad es que Cande y yo estamos pasando una mala racha. Ella está muy centrada en su trabajo y a mí, en cambio, me encantaría adoptar un niño.

Jara detiene un instante su tarea y me mira con gesto cariñoso. Por primera vez me fijo en los encantadores hoyuelos que se le forman en las mejillas cada vez que sonrío. Hay que reconocer que, aparte de tener un cuerpo escultural, la chica es bonita de verdad.

—No te agobies por eso, seguro que todo se arregla. Se os ve muy

enamoradas.

—¿Lo dices de verdad?

—Por supuesto, ya he dicho que sois una pareja encantadora.

Sé perfectamente que Jara no puede saber si nosotras estamos bien o no, porque apenas nos ha visto cinco minutos juntas. Sin embargo, resulta sencillo dejarse embaucar por el tono afectuoso de sus palabras y pensar que son ciertas. Es curioso cómo el ser humano tiende siempre a creer en aquello que se acomoda a sus deseos.

—Espera, te ayudo con la escalera.

Es una escalera vieja que a veces se atasca, de modo que forcejeo para intentar cerrarla y volver a guardarla en su sitio. Quizá por hacerlo demasiado deprisa, la cierro con mi dedo índice dentro, y el dolor es tan agudo que, sin poder reprimir un grito, empiezo a dar saltitos en el suelo de la cocina.

—¿Te has hecho daño? Espera, déjame ver. Ven, ponlo debajo del grifo.

Con cuidado, Jara coge mi mano herida entre las suyas y la coloca debajo del chorro de agua fría. Confusamente me doy cuenta de que no necesito su ayuda para tan sencilla operación, pero es tan dulce y afectuosa conmigo que me parecería una grosería pedirle que me soltase.

Durante unos minutos, permanecemos así, en silencio, y un par de veces nuestras miradas se cruzan. Sus ojos sonrían con complicidad, ¿son azules o grises? No logro responder a esta pregunta, tendría que mirarlos con más atención, pero ni en un millón de años me atrevería a hacer algo así.

—Veamos qué tal aspecto tiene esto.

Jara ha sacado mi mano de debajo del chorro. El dedo herido aparece levemente hinchado y, en la punta, aparece una gotita de sangre. Lo que sucede a continuación me deja petrificada porque, tan despacio que me parece verlo a

cámara lenta, la joven se lleva mi dedo a la boca y, ante mis asombrados ojos, lo introduce allí durante unos segundos.

Me he puesto muy nerviosa. No consigo decidir si su atención es la de una simple enfermera o tiene otro tipo de connotaciones, y no me atrevo a decir nada que pueda herir su susceptibilidad. ¡Qué vergüenza si ella lo hace simplemente para aliviar mi dolor! Por otra parte... su boca es tan cálida que, durante los escasos segundos que mi dedo permanece allí, siento que mis piernas empiezan a flaquear, ¿qué está pasando?

—¿Mejor?

—Sí... creo que sí...

La sonrisa de Jara es indescriptible. No sé si es de consuelo o provocación, si supone una invitación a algo o simplemente se apiada de mi dolor. Intentando disimular mi turbación, doy media vuelta y me dirijo al cuarto de baño con la excusa de poner una tirita sobre la herida.

Una vez a solas, me miro en el espejo y me dirijo a mi propia imagen pidiéndole explicaciones. ¿A qué estás jugando? ¿Acaso te gusta Jara? Nunca me había pasado algo semejante. Por supuesto, he conocido muchas mujeres atractivas desde que estoy con Cande, pero jamás me había dejado arrastrar a este extraño juego del sí pero no.

Tengo que poner fin a esta locura. Precisamente en un momento tan delicado como el que atravieso no puedo permitir que una niñería añada más problemas a mi matrimonio. Jara a ratos me parece inocente y encantadora y otros una seductora que juega sus bazas a la perfección. Su conversación me arrastra porque desborda simpatía y está claro que yo necesito alguien con quien hablar, pero lo que acaba de pasar hace un instante hace que todas mis alarmas zumben a la máxima potencia.

Lo mejor será pedir el consejo de Cristina y no volver a quedarme a solas con

esta extraña joven.

\*\*\*

—¿Se lo metió en la boca? —pregunta Cristina abriendo mucho los ojos y sin poder creer lo que oye.

—Mientras me miraba fijamente y sonreía, ¿tú qué opinas?

—Chica, no sé qué decirte. Si es como lo cuentas...

—Te juro que no añadido nada. Y tenías que ver el modelito con el que se presentó el otro día. Cande llegó por sorpresa y se quedó pasmada.

—Pues de Candela me fío más que de ti, tú eres mucho más influenciable.

Enfadada, golpeo su hombro con el puño y ella se echa a reír antes de dedicarme una mirada de inteligencia.

—Y a ti... ¿te gusta Jara?

—¿Cómo?

—No finjas que no sabes de lo que te hablo. La chica es una monada, incluso a mí me haría replantearme mi sexualidad, y eso que no me ha chupado ningún dedo.

—Joder Cris, no estoy para bromas.

Mi amiga se pone finalmente seria. Desde niñas siempre nos hemos contado todo la una a la otra y sé que puedo fiarme de su buen criterio.

—Escucha Marta, sé que te va a parecer extraño lo que voy a decirte pero... quizá a tu matrimonio le viniera bien que... ya sabes, que echaras una canita al aire.

No puedo creer lo que oigo, no viniendo de Cristina, que lleva años de feliz matrimonio con Rubén. Nadie por tanto mejor que ella para comprender el valor de la fidelidad y la confianza en una pareja.

—¿Te has vuelto loca? Si vas a aconsejarme así, mejor será que no te cuente nada.

—¿Quieres mi opinión sincera o que diga lo que tú quieres escuchar?

Las dos nos enfurruñamos un segundo pero, como siempre, se nos pasa antes de cinco minutos. Cristina es como una hermana para mí, sabe perfectamente por lo que estoy pasando, lo mucho que deseo ser madre y las diferencias de carácter que hay entre Candela y yo. Por eso confío tanto en lo que ella pueda decirme... por eso me da tanto miedo que me aconseje lo que no quiero ni plantearme hacer.

—Solo te digo que lo pienses. A veces una aventura sin importancia puede revitalizar una relación. Además...

—¿Además qué?

—No sé cómo decirte esto pero, visto desde fuera... ella sigue trabajando en lo que le gusta y yendo de un sitio a otro, mientras que tú has renunciado por el momento a lo que tanto deseas. Sabes que adoro a Candela, pero siempre eres tú la que cedés.

Las palabras de Cristina me duelen, porque me hacen enfrentarme cara a cara con lo que yo misma pienso a veces pero siempre trato de obviar. He venido a hablar con mi amiga esperando que ella me prohibiera ver a Jara nunca más, y resulta que casi me está empujando a sus brazos.

Por otra parte, ¿me gusta Jara? Por supuesto que no, ¡yo amo a Candela con locura! Pero entonces, cómo explicar que no consiga apartar de mi memoria los ojos de color indefinido de mi asistente, ni su carácter alegre y abierto, o los encantadores hoyuelos que esta misma mañana he descubierto en sus mejillas.

¿Cómo pueden estar complicándose tanto las cosas? Las discusiones

constantes con Candela, la aparición de Jara, ¡y mi más querida amiga aconsejándome tener una aventura! Es de locos.

—No puedes proponerme esto en serio.

Cristina se remueve inquieta y me mira más como una madre que como una amiga. Luego, posa su mano sobre la mía. No puedo negar que no sentí lo mismo cuando Jara cogió mi dedo herido para meterlo bajo el agua. No puedo ocultarme a mí misma por más tiempo que hubo electricidad, y que precisamente por eso estoy aquí, dando vueltas una y otra a vez a algo que, según cómo lo mires, puede no tener la menor importancia.

—Tú estás dolida —dice mi amiga—, y necesitas un poco de aire fresco. Candela no tiene por qué enterarse. Solo se vive una vez y, si la chica te gusta...

No quiero seguir escuchando. Levantándome de un salto, dejo a Cristina con la palabra en la boca y camino a grandes pasos mientras trato de ordenar mis pensamientos. En realidad, sé perfectamente lo que debo hacer: el viernes, cuando Jara llegue, le dejaré la lista de tareas y me iré a pasar la mañana a la biblioteca. Allí sí que estudiaré como dios manda.

Voy a zanjar este estúpido asunto de una vez por todas.

## Candela

La semana ha sido agotadora. La mitad de los periodistas perdió su acreditación y hubo que cancelar algunas de las charlas. Además, los hoteles estaban saturados, de modo que me tocó compartir habitación con dos mujeres que no hablaban inglés y con las que me fue literalmente imposible comunicarme. Al final, el jueves por la noche decidí que ya no hacía nada importante allí, de modo que llamé al aeropuerto y conseguí un vuelo directo a Madrid para primera hora de la mañana.

No le he dicho nada a Marta de mi precipitado regreso. Todas las veces que hemos hablado por teléfono estos días, la he notado fría y distante. No consigo entender que no se dé cuenta de la importancia de lo que hago. Si no fuera porque otros antes han luchado como yo ahora, nosotras no podríamos estar casadas, por ejemplo. Que tenga suficiente con jugar a las casitas y a la familia feliz es algo que consigue irritarme, tengo la incómoda sensación de que siempre le concedo todos sus deseos.

No quiero ser malinterpretada, no me importa ser la que sostiene la casa económicamente. Lo que no entiendo es que, en pleno siglo XXI, pueda sentirse realizada dependiendo de mí. Su actitud me parece regresar al pasado y va en contra de todo por lo que llevo peleando desde que nací.

\*\*\*

Había olvidado que los viernes viene la asistenta, ¿cómo se llamaba? Jara, eso es. La joven me sonrío con calma al verme aparecer. No sé por qué, pero hay algo en su forma de actuar que me produce una impresión extraña. Es como si, en lugar de estar trabajando... estuviera encantada de estar aquí. No tiene mucho sentido lo que digo, supongo que estoy más cansada de lo que yo misma imagino.

—¿No está Marta?

—No. Salió a primera hora de la mañana. Me ha dicho que tenía que ir a ver a sus padres y que no volvería hasta la tarde.

Mis suegros, ¿puede haber alguien más aburrido en el mundo? Es otro motivo de fricción entre Marta y yo, porque a ella le encanta hacer vida familiar e incluso llama a mi madre con más frecuencia que yo, mientras que a mí me resulta asfixiante mantener durante horas una conversación sobre cotilleos de la tele o sobre si la vecina de arriba es muy sucia y lava la ropa solo una vez al mes. Es poco aconsejable que llame a mi mujer, pues probablemente querría invitarme a comer con sus padres. Lo mejor será aprovechar para ordenar la pila de papeles que tengo atrasados y esperar tranquilamente en casa a que llegue Marta.

Mientras me doy una ducha en el cuarto de baño que hay en nuestro dormitorio, se me ocurre que Jara me recuerda a Alicia, alias la Terminator. La llamábamos así por los estragos que causó en el grupo cuando apareció. Virginia y Sandra estaban locas por ella, e incluso Ruth, que siempre presume de estar vacunada contra el amor, pasó una temporada muy tontorróna a su alrededor. Cuando Alicia nos presentó a Teresa, una mujer madura sin ningún encanto personal aparente, creo que todas nos sentimos un poco heridas en nuestro orgullo.

¿Siento nostalgia por esos locos tiempos pasados de juventud? Por supuesto que no, Marta es una mujer maravillosa, guapa y dulce. Supongo que todas las parejas pasan por momentos de crisis, y nosotras no íbamos a ser una excepción.

Es un fastidio que precisamente hoy Jara tenga que estar en casa. Con este calor, me gusta trabajar simplemente en bragas, pero ahora me tocará vestirme. Abriendo el armario, saco unos cómodos vaqueros viejos y me pongo una



camiseta fresca y, cogiendo mis papeles, me instalo en el cuarto que uso como despacho.

Durante un rato, las dos trabajamos en silencio. Una o dos veces veo a Jara pasar por delante de mi puerta. Hoy va mucho más discreta, con unas mallas ajustadas y una camiseta que, al menos, deja un poquito más a la imaginación. Por primera vez se me ocurre que es extraño que Marta no me comentara nada sobre el aspecto de nuestra asistente. Ninguna de las dos hemos sido celosas nunca pero, ¿no se puso muy a la defensiva cuando bromeé sobre ello?

—¿Te molesto si limpio un poco este cuarto? Serán solo cinco minutos.

—No, claro que no.

Tiene unos ojos preciosos, ¿son azules o grises? Si la viera Ruth... ¿podría hacerle una foto con el móvil sin que se diera cuenta? Es un placer mirarla, esta muchacha es toda una obra de arte, tan alta pero con unas formas tan proporcionadas y femeninas.

—¿Llevas mucho tiempo en este trabajo? —pregunto solo para ser amable.

—No demasiado. Estoy estudiando Psicología y tengo que pagarme los estudios.

—Psicología, me encanta.

—Marta me ha dicho que tú eres una abogada brillante.

No puedo evitar reírme ante la candidez de mi preciosa mujercita.

—Abogada sí, brillante es mucho decir. ¿Y qué me dices de ti? Supongo que es duro trabajar y estudiar al mismo tiempo.

—Bastante.

La joven interrumpe su tarea y las dos nos miramos unos segundos que me parecen demasiado prolongados. Es preciosa, no cabe duda. No solo tiene un

cuerpo de escándalo que parece esculpido en piedra, es que además tiene unas facciones muy elegantes, con esos pómulos altos y esos labios carnosos que siempre sonríen.

—Eres muy guapa, ¿no se te ha ocurrido probar de modelo en publicidad o algo así? Estoy segura de que ganarías mucho más que con esto.

Aunque no era ni mucho menos mi intención, por un instante temo haber sido ofensiva, pero enseguida me doy cuenta de que a Jara no le ha molestado mi idea.

—¿Yo de modelo? —ríe de un modo contagioso—, ¿de verdad crees que podría tener futuro?

Mientras me pregunta esto, la joven apoya una mano en la cadera y adopta un par de poses sexys. ¿De verdad estamos flirteando? Sus ojos, definitivamente azules, no se separan de los míos, y sus continuas sonrisas y todo su modo de moverse es inequívocamente provocativo.

Hace mucho que no sentía esto y, aunque de un modo inocente y sin la menor intención de serle infiel a Marta, me resulta imposible no entregarme unos minutos al delicioso juego de la seducción.

—Por supuesto —contesto con la mejor de mis sonrisas—. No me cabe ninguna duda.

—Umm —se queda ella pensativa unos segundos—. No sé si eres sincera, ¿me pagarías tú el doble para que limpiara en topless?

Joder, he acusado el golpe. Está claro que a Jara le gusta este juego, y mucho. ¿Qué puedo contestar a algo así? Porque, además, al mismo tiempo que hacía su pregunta, la joven se ha llevado las manos a la parte inferior de la camiseta y, aunque es evidente que se trata de un farol, da toda la impresión de que no tendría demasiados problemas en cumplir su parte del contrato si yo se lo

pidiera.

—Resulta tentador pero, ¿cómo podría explicárselo a Marta si volviera y te encontrara medio desnuda?

—No lo sé... es verdad que eso podría ser un problema.

Empiezo a pensar que es hora de detener esto. La sonrisa de Jara no desaparece ni un segundo, y su mirada me taladra sin pestañear. Por cierto que, ahora, juraría que sus ojos son grises.

—Me encanta trabajar para vosotras, sois muy divertidas... Yo tuve una novia hace mucho tiempo.

Sé que tendría que cortar la conversación. Le pago para limpiar, no para que coqueteo conmigo. ¿Por qué le sigo entonces la corriente?

—¿De veras?

—Era una monada, pero tan celosa que tuve que cortar con ella. Eso sí, nunca he disfrutado con un tío como con ella... sabía comer el coño como nadie.

Jara me mira sonriendo, la boca entreabierta y los brazos en jarras. No sé cómo ha podido pasar esto pero, siendo honesta, no puedo hacer que toda la culpa recaiga sobre ella. El juego de miradas y gestos cómplices ha sido continuo desde que hemos empezado a hablar. Nunca antes he engañado a Marta y ni siquiera lo he deseado, pero esta extraña joven tiene algo que consigue alterarme la sangre. Sin duda, ha aparecido en un momento delicado, un momento en el que soy más vulnerable a la tentación. Tengo que ser fuerte, Marta no se merece algo así.

—Creo que deberías marcharte.

El gesto de Jara sigue transmitiendo seguridad en lugar de decepción.

—¿Se ha enfadado conmigo la señora? Tal vez quiera darme unos azotes para castigarme.

Con rabia que no me esfuerzo en disimular, me levanto y me dirijo hacia ella. Cuando llego a su altura, las fuerzas me abandonan un instante. Dios, es como una estatua griega. Su pecho sube y baja debajo de la camiseta, sus caderas son armoniosas y femeninas, sus manos, ahora que se ha quitado los guantes de plástico, tienen unos dedos largos y finos que me fascinan. ¿Cuántos años tendrá, veinte, veintidós? Soy casi diez años mayor que ella, otra más en la larga lista de razones para echarla de casa a patadas y pedir a la agencia que me manden a otra persona.

—Maldita mocosa. No voy a permitir...

Jara se ha pegado contra mí y sus labios presionan los míos. Su ataque ha sido tan brusco que he golpeado uno de los cuadros que cuelgan de la pared, dejándolo a punto de caer. Noto su lengua entrar en mi boca, sus manos en mis caderas, en mis nalgas... Con rabia, me separo de ella y le hablo con ferocidad.

—Pero, ¿qué te has creído? Voy a hacer que te despidan.

En realidad, lo que quiero es ser yo la que mande. Aprovechando un momento de desconcierto, consigo cambiar la posición de nuestros cuerpos. Ahora es ella la que está aprisionada contra la pared, y ahora soy yo la que besa, la que palpa por debajo de su camiseta.

—Estúpida niñata.

Mis insultos entre forcejeo y forcejeo no hacen sino avivar el deseo que nos sacude a ambas. Mis manos encuentran sus pechos, que me parecen tan duros y majestuosos como imaginaba. Tirando con violencia de su camiseta hacia arriba, los libero y, al salirme con la mía, no puedo evitar quedarme extasiada. Si Newton levantara la cabeza, tendría que reformular su Ley de la Gravedad, que tal vez funcione con estúpidas manazas, pero desde luego no sirve para explicar la firmeza de los senos de Jara.

Ahora, la joven se escurre como una culebra, dispuesta a recuperar la iniciativa. Sin dejar de besarme en la boca, introduce una mano por dentro de mis pantalones e intenta despojarme de ellos. Como respuesta, yo hago presa en sus mallas y trato de tirar de ellas hacia abajo. En la lucha, las dos caemos al suelo y, aprovechando su mayor fuerza física, mi rival consigue quedar arriba.

Durante unos segundos nos miramos fijamente en silencio, jadeando entrecortadamente. Nunca había deseado a nadie como deseo en este momento a Jara. No sé qué tiene, pero su aire de chica mala me vuelve loca. Por un segundo, pienso en Marta, en el daño que la haría si llega a saberlo. Lo increíble es que, a pesar de lo mucho que siento traicionarle, sé perfectamente que ya no hay vuelta atrás.

—Te odio —digo intentando parecer indignada.

—¡Cállate!

Jara empuja con fuerza de mis pantalones hacia abajo al mismo tiempo que yo trato de evitarlo, pero mientras esto sucede nuestras lenguas no dejan de combatir la una contra la otra, pugnando por salir victoriosas e invadir territorio enemigo en primer lugar. Oigo perfectamente el lamento de mis bragas al rasgarse.

Ya está, lo ha conseguido. Estoy desnuda de cintura para abajo y me tiene aprisionada con su peso. Estamos sudando las dos, respiramos como si hubiéramos subido cinco pisos a la carrera. Se queda mirando con agradable sorpresa mi sexo completamente depilado. Dios, ¡hacía tanto que no estaba tan excitada! Hacer el amor con Marta es maravilloso, pero tan predecible... Adoro a mi mujer, pero necesito esto, necesito sentirme viva, volver a notar que mi vista se nubla y me convierto en una marioneta en los brazos de otra mujer.

—Déjame —jadeo sin embargo—. Marta puede volver en cualquier momento.

—Entonces, deberíamos darnos prisa, ¿no crees?

Jara desciende poco a poco a lo largo de mi cuerpo hasta que su rostro queda a la altura de mi pubis. Durante unos segundos eternos besa mi vientre y mis ingles. Puedo sentir su aliento sobre mi piel, todo mi cuerpo se estremece y mi respiración se hace tan agitada que me cuesta llevar aire a los pulmones. No puedo más. Nunca he engañado a mi mujer, pero esta tarde la suerte está echada.

—Vamos... vamos... por favor.

Sin esperar más, Jara se lanza contra mi sexo. Su lengua encuentra mi clítoris y lo ataca sin contemplaciones, moviéndose ávida e insaciable. Tengo que cerrar los ojos y apretar la boca para no gritar. ¿Cómo es posible que esté ya tan empapada? La joven tiene el instinto depredador del que carece Marta y sabe que no es momento de sutilezas. Sabe que, a veces, el sexo se impone por sí mismo y que, entonces, durante unos minutos, no hay espacio para nada más que para el placer.

Jara abre la boca y me succiona como si le fuera en ello la vida. No puedo evitar incorporarme apoyada sobre un codo mientras, con la otra mano, sujeto su cabeza y la empujo con fuerza sobre mi sexo. Dios, estamos tiradas en medio del despacho, ¿qué sucedería si Marta apareciera ahora?

El temor a ser sorprendida, lejos de enfriar mi excitación, la recrudece. Me siento en peligro, dominada por esta mujer terrible que literalmente devora mi entrepierna, y el placer que eso me produce es tan intenso que grito como si alguien me estuviera desgarrando por dentro.

No sabía que se pudiera utilizar la lengua con tanta sabiduría. La noto en todas partes a la vez, por dentro, por fuera... Tan pronto tengo mi sexo entero metido dentro de su boca, sintiendo perfectamente cómo ella aprieta con sus labios

cuidadosamente pero con energía, como acto seguido experimento la increíble sensación de sentir su lengua retorcerse como una peonza en mi interior.

Tengo el codo izquierdo acalambrado, mi mano derecha sigue presionando su nuca contra mí. Jara insiste, mordiendo y empujando como si quisiera metérseme dentro toda entera. Hacía meses que no experimentaba un éxtasis tan perfecto y satisfactorio. Es como si perdiera la noción del tiempo y el espacio. Durante unos segundos, ni siquiera recuerdo mi nombre, convertida simplemente en un sexo de mujer que se estremece y que ha perdido la sensibilidad del resto de su cuerpo.

Me derrumbo exhausta sobre el suelo del despacho cuando el eterno orgasmo que Jara me ha proporcionado termina. Cuando al fin consigo calmarme y recuperar un poco el aliento, veo su rostro sonriente. Por la comisura de sus labios se escapan acusadores restos salidos de mi interior que resbalan hasta su delicada barbilla.

Haciendo un esfuerzo, me incorporo con dificultad y, todavía sin resuello, empiezo a quitarle a Jara las mallas que tiene ya parcialmente bajadas.

—Te odio —mascullo entre dientes sin que ella proteste—. Haré que te despidan.

Tiene una abundante mata de vello púbico de un color dorado un par de tonos más oscuro que el de la cabeza. Extasiada, aspiro el delicioso aroma que emana de su sexo.

\*\*\*

—¡Bienvenida al club de la Infidelidad! —exclama Ruth llena de alegría cuando termino de contarle mi historia.

—No estoy de humor —protesto—. Si Marta llegara a enterarse de esto...

Ruth suspira como hacemos cuando estamos con una persona que no es capaz

de ver lo que tiene delante de las narices.

—No me jodas Cande. Has echado un polvo en condiciones por primera vez desde hace siglos, ¿es eso un pecado?

No sé por qué busco consejo en Ruth. Siempre ha pensado que Marta es una rémora para mí, y cualquier cosa que me aleje de ella le parece perfecto. Lo que pasa es que mi antigua amante es la única a la que puedo confiarle una cosa tan grave, la única persona aparte de Marta que me conoce verdaderamente.

¿Cómo he podido hacerlo? Ni siquiera lo había planeado, me he portado como una insensata. He hablado media hora con una desconocida y, después, he caído en su trampa sin oponer ninguna resistencia.

Siento un gran complejo de culpa. Una cosa está clara, tarde o temprano se lo confesaré a Marta. Una de las claves de nuestra convivencia es el pacto que hicimos de ser siempre sinceras la una con la otra, y no estoy dispuesta a ser la que rompa ese acuerdo sellado con amor y no con papeles. El problema es que, si se lo cuento ahora... tenemos demasiados problemas como para añadir otro más, porque conozco a mi mujer y no va a ser fácil hacerle entender que ha sido solo sexo y que no significa nada para mí.

—¿Vas a hacer que te manden a otra persona de la agencia?

La pregunta de Ruth me resulta sorprendentemente desagradable. Evitando encontrarme con su mirada, contesto de la única forma razonable:

—Creo que lo más lógico es dejar las cosas como están. ¿Qué explicación podría darle a Marta?

No me gusta ni mucho ni poco la sonrisa socarrona con la que Ruth ha reaccionado a mis juiciosas palabras.



## **Jara**

Sé, sin lugar a dudas, que ahora mismo me he convertido en el personaje antipático de esta historia. Soy la mala, la mentirosa, la que destroza hogares y matrimonios simplemente para pasar un buen rato.

No negaré mi parte de responsabilidad, no es mi estilo tratar de tirar balones fuera. Solamente quiero señalar que, si la relación entre Candela y Marta fuera buena, jamás mi presencia habría podido resultar un peligro. Es evidente que las dos necesitan un aliciente en sus vidas, aunque probablemente ni ellas mismas lo sepan. ¿Soy muy presuntuosa al pretender comprender por lo que las dos están pasando? Puede ser, pero quiero recordar que estudio Psicología y que me encanta jugar a intentar adivinar las motivaciones de los demás.

En cuanto a mí... admito que soy una persona complicada, pero no me calificaría de malvada, y mucho menos de mentirosa. Mi doble juego con el “feliz” matrimonio solo obedece a una razón: desde el primer día que entré en esa casa, me fascinó el aire dulce y tímido de Marta y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una viva necesidad de seducir y conquistar de nuevo a una mujer. Luego, cuando apareció Candela, fue como si el círculo se cerrara. La abogada no es tan guapa como su mujer, pero a cambio resulta más interesante, con ese aire a la vez andrógino pero increíblemente femenino.

Es cierto que solo había estado con una mujer antes de conocerlas. Aunque me considero claramente bisexual, supongo que, por inercia y por ser más sencillo, he tenido casi siempre parejas masculinas. Ahora, sin ir más lejos, tengo a David, aunque desde que aparecieron mis nuevas amigas le he dejado un poco arrinconado. Supongo que lo mío con él tiene ya fecha de caducidad.

Fue un fallo ponerme los pantaloncitos cortos y esa camiseta tan escotada con Marta. Sé que le gusta, y sé que me mira a escondidas cuando cree que no me doy cuenta, pero es evidente que con ella hace falta más paciencia. Tengo que

ser más sutil si no quiero que se asuste, sé que va a ser más complicado que con Candela, pero no me importa. Al contrario, tengo todo el tiempo del mundo y, si hay algo que me gusta, es sumergirme en el travieso juego de la seducción.

Marta bien lo merece. Creo que no es consciente de su propio atractivo, y eso siempre me ha gustado en mis parejas. Mi “jefa” se muestra con frecuencia a la defensiva, como insegura de sí, y lo que consigue con ello es que me den ganas de protegerla, de hacerle comprender lo deseable y seductora que resulta.

Si con Marta me equivoqué en la estrategia, con la abogada acerté de pleno al lanzarme sin contemplaciones. Desde el primer instante saltaron chispas entre nosotras. Cada mirada y cada gesto escondían un significado oculto y, en realidad, creo que somos muy parecidas. Apostaría a que a ella le gusta tanto como a mí explorar caminos nuevos y probar cosas diferentes. Sospecho que no puede hacer eso con Marta, y sé por esta misma que no todo va como debiera entre ellas.

Es curioso, lo mucho que me gusta Candela. No es ni la mitad de guapa que su mujer, pero hay algo en ella que es difícil dejar de ver. Es de ese tipo de personas que no necesitan un cuerpo perfecto para seducir, porque a cambio tienen un encanto innato que no puede pasar desapercibido.

No sé si me explico, tiene los dientes de abajo ligeramente torcidos y, pese a ello, su sonrisa consigue ser encantadora. Su pecho es casi como el de un muchacho pero, lejos de tratar de ocultarlo, ayer llevaba una camiseta ajustada que incluso lo ponía más de manifiesto. Tiene tanta personalidad que consiguió encenderme como una tea, y desde luego no seré yo la que se niegue a repetir la experiencia.

Pero no quiero que me odiéis. No es mi objetivo destruir su matrimonio. Me

gustan las dos, ¿es eso un pecado? Me parece infinitamente excitante la idea de hacer doblete, pero nunca podría hacer nada si ellas no lo desearan tanto como yo. He conseguido a Candela, ¿es culpa mía desear también a Marta? Las tres somos adultas; de hecho, yo soy la más joven, aunque algo me dice que no la menos experta. Bastaría con que cualquiera de las dos hiciera una simple llamada a la agencia para que yo saliera para siempre de sus vidas.

Si ninguna de ellas impide que la bola se haga más grande... ¿debo ser yo la que vele por la estabilidad de su matrimonio?

## Marta

Me encanta el perfil de Candela cuando está tumbada en la cama. Me gustan la curva respingona de su nariz, el pliegue provocativo de sus labios y la delicada y al mismo tiempo altiva barbilla.

No recuerdo cuánto tiempo había pasado desde la última vez que habíamos hecho el amor nada más despertarnos. Me encanta la sensación de despertar notando sus manos recorriendo todo mi cuerpo y su boca besando mi cuello y mis hombros. Me gusta especialmente en días como hoy, cuando sé que ella tiene que ir a trabajar pero, a pesar de que apenas ha empezado a amanecer, lo primero que necesita es tocarme como si lleváramos separadas una eternidad.

Luego, cinco maravillosos minutos de silencio hasta que, finalmente, mi mujer tiene que levantarse para ir al bufete. Durante esos cinco minutos me limito a observar su bello rostro, memorizando cada detalle y fijándolo en mi mente como una fotografía. Hoy se me antoja que hay algo diferente en Candela. Ha puesto toda su sabiduría a mi servicio hace unos momentos, y eso quiere decir que mi éxtasis ha sido majestuoso. Sin embargo, parece preocupada, aunque puede que solo sea una apreciación mía.

—¿En qué piensas? —pregunto mientras rodeo su breve cintura con mi brazo.

—En nada en particular.

Hay algo en su tono que hace que todos mis sentidos se pongan alerta. Tal vez estoy siendo un poco paranoica, pero no puedo desterrar la incómoda sensación de que me oculta algo.

—¿Problemas en el trabajo?

—No quiero aburrirte con eso.

—Sabes que nada que te pase me aburre. Me gusta que me lo cuentes todo.

Cande se deshace de mi abrazo y se incorpora en la cama. Por un segundo, me

mira a los ojos y creo que va a confiarme algo de lo que nunca antes me ha hablado, pero luego se pone en pie y se dirige a la ducha.

—Tengo que irme, llego tarde. Tú vuelve a dormirte.

Mientras oigo el ruido de la ducha, medito sobre lo que acaba de pasar. ¿Son solo imaginaciones mías? Cande me ha despertado con la urgencia de los primeros tiempos, debería estar contenta por eso. Sin embargo, desde hace unos días veo algo extraño en su mirada, algo nuevo que no consigo identificar.

Incapaz de dejarlo correr, salto de la cama y me siento en la taza del cuarto de baño. Al otro lado de la mampara, veo su cuerpo difuminado a través del cristal. Adoro su desnudo fino y aristocrático, me fascinan sus pechos, apenas unos pezones que se hinchan como deliciosas cerezas cuando los acaricio. Me vuelve loca su sexo, siempre primorosamente depilado, como si hubiese sido creado para ser besado día tras día y noche tras noche.

—¿Hacemos algo diferente este fin de semana?

—¿Qué se te ocurre? —pregunta Candela a través del cristal.

—He oído que hay un local que se ha puesto muy de moda en el centro. Van muchos famosos y...

—¿Bromeas? No me apetece pagar una pasta por una copa solo porque el último hijo de papá conocido se ha dejado caer por allí. ¿Y si cogemos las bicicletas y alquilamos una casa rural?

¿Otra vez con eso? Maldigo el día en el que accedí a comprar dos bicicletas de montaña. No entiendo que haya mujeres a las que les gusta eso, a mí el sillín se me clava de modo cruel en la entrepierna y, me ponga como me ponga, acabo dolorida en menos de diez kilómetros. La verdad es que no comprendo que Cande insista tanto en que salga en bicicleta con ella.

—¿Y si vamos a comer con tu madre? Hace siglos que no la vemos.

Candela cierra el grifo, abre la mampara y, mientras se seca con la toalla, contesta con gesto irónico:

—¿En qué universo paralelo te parece que comer con mi madre es un plan sugerente?

No puedo creerlo, ¿incluso hoy vamos a terminar peleándonos? Haciendo un esfuerzo, procuro mantener un tono de voz calmado.

—Si te apetece, podemos ir a la piscina el sábado. Hace muchísimo calor.

—Sabes que aborrezco el cloro y las aglomeraciones. ¿Y si madrugamos, cogemos el coche y nos vamos al embalse?

—Pero eso está lejísimos, no creo que para un solo día...

De repente, las dos nos estamos mirando, y por un segundo tengo la lacerante seguridad de que ambas pensamos lo mismo: si ni siquiera podemos ponernos de acuerdo sobre cómo pasar un fin de semana juntas, puede que nuestra relación esté mucho más deteriorada de lo que nos gustaría asumir.

Es al ver mi gesto angustiado cuando Cande me besa y trata de tranquilizarme.

—Tengo que irme. Esta tarde lo hablamos, ¿de acuerdo? Seguro que se nos ocurre algo.

Aunque he asentido con una sonrisa, creo que las dos sospechamos que este fin de semana no vamos a hacer nada especial.

\*\*\*

Llevo dos semanas sin ver casi a Jara. Apenas entra ella, le explico lo que quiero que haga y salgo disparada hacia la biblioteca. En realidad, poco o nada estoy estudiando, pero de este modo al menos consigo engañarme a mí misma diciéndome que lo estoy intentado.

Esta mañana, sin embargo, me siento tan cansada que me quedo tumbada en el sillón, viendo la tele sin prestar atención y sumida en sombríos pensamientos. Empiezo a sospechar que nunca seré madre junto a Cande; me preocupa lo distintas que somos y los objetivos tan diferentes que tenemos en la vida. A pesar de ello, sigo amándola con locura, y sé que ella también me quiere a mí, ¿será verdad eso de que los extremos se atraen? Me gustaría pensar que sí, aunque últimamente no es sencillo seguir siendo optimistas al pensar en nuestro futuro.

Apenas he prestado atención a Jara. Como si intuyera mi abatido estado de ánimo, la joven se mueve de un lado a otro de la casa sin molestarme y sin hacer intento alguno por entablar conversación. Si hubo alguna malicia en su comportamiento conmigo el día que me lastimé el dedo, es de suponer que las dos semanas que he dejado pasar sin quedarme en casa le han servido para abrir los ojos y darse cuenta de que nuestra relación será siempre estrictamente profesional.

—Me marcho ya.

Verla asomarse con la ropa de calle hace que consulte mi reloj, la mañana ha transcurrido a velocidad vertiginosa. Al ver mi gesto sorprendido, Jara sonrío y me pregunta con suavidad:

—¿Deprimida con los estudios?

—Un poco.

—¿Por qué no te tomas un descanso y sales conmigo a dar una vuelta? Han abierto un centro comercial chulísimo aquí cerca que todavía no he explorado. Podríamos comer juntas y luego echar un vistazo a las tiendas.

Su espontaneidad me desarma. Va siempre directa, es como si me considerase su amiga, y no la dueña de la casa donde va a trabajar. A estas alturas no creo que sea necesario que explique lo que Candela opina sobre las grandes

superficies comerciales, salir con ella de compras es sencillamente impensable, a no ser que me resigne a verla con cara de aburrimiento y bostezando con frecuencia. Por otra parte, creo que necesito relajarme y que me dé un poco el aire, olvidar mis problemas y charlar con gente nueva.

Además, ¿qué puede haber de malo en salir a un rato con Jara?

\*\*\*

—¿Qué te parece este?

—Estás guapísima.

—¿Seguro? ¿No parezco una turista?

Jara se quita el sombrero que acaba de probarse y, riendo ante su propia ocurrencia, coge otro y se lo pone con salero. La verdad es que está preciosa con todos, porque tiene ese tipo de belleza que florece por sí misma y no depende del día ni de la ropa que lleve puesta.

Es curioso lo diferentes que pueden ser las personas. A Candela le gusta subir una cuesta de tres kilómetros con la bici y refrescarse después en un río de montaña, ella no puede entender el placer que supone para mí ir de tiendas, incluso sin comprar nada. En eso, por lo que puedo ver, Jara y yo somos iguales, pues llevamos ya más de dos horas deambulando entre los escaparates y mi nueva amiga no da el menor síntoma de cansancio. Lo estoy pasando estupendamente, ¿debería sentirme culpable por ello?

—Este es perfecto para ti, pruébatelo —dice de pronto Jara entregándome un bonito sombrero rojo con una flor en un lado.

Antes de que pueda reaccionar, ella misma me lo coloca, ladeándolo un poco y observando después el efecto.

—Te queda genial...

—¿De veras?



Observándome en el espejo, decido que Jara tiene razón. Me veo guapa, y eso es, en este momento de mi vida, importante para mí.

—Llévatelo, te lo regalo.

De ninguna manera puedo aceptar. Es cierto que yo la he invitado a comer, pero me parecía lo lógico, dada nuestra diferente situación económica. Ahora no estoy dispuesta a consentir que ella se gaste en mí el dinero que tanto le ha costado ganar.

—No, gracias. Además, no estoy muy segura de que me siente bien.

—¿Bromeas? Si no estuvieras casada, te pediría una cita ahora mismo.

Creo que me he puesto colorada al oír sus palabras. ¿Cómo puedo ser tan tonta? Jara tiene una manera de hablar tan natural que me despista, nunca sé si está hablando en broma o en serio. Ahora mismo, lo que ha dicho puede ser interpretado como un simple cumplido o como un flirteo encubierto, ¿cómo debo responder?

—¿Tú crees que a Candela le gustaría?

—A Candela no lo sé... a mí me encanta.

Jara me mira fijamente. Esta tarde sus ojos son grises, pero dos horas antes habría jurado que eran azules. Su sonrisa es tan amplia que me desarma, lo mismo podría invitar a un primer beso que significar una inocente oferta de amistad, ¿por qué estoy tan nerviosa?

—Creo que lo mejor será que vuelva una tarde con ella, no acabo de decidirme.

No consigo descubrir el menor gesto de decepción o fastidio en mi nueva amiga. Estoy segura de que solo busca eso, ser mi amiga, y solo mi estúpida imaginación me hace ver fantasmas donde no los hay.

—Como quieras —contesta encogiéndose de hombros y dejando el sombrero

en su sitio.

Durante un rato, las dos seguimos mirando escaparates en silencio. Me duele darme cuenta de que, en muchas cosas, estoy más cerca de Jara que de Candela. A la primera no le interesan ni poco ni mucho los problemas de las minorías, ni quiere salvar el mundo, y tampoco le gusta hacer rutas imposibles subiendo monte arriba como las cabras. ¿Por qué no puede disfrutar Cande igual que nosotras con algo tan simple como una agradable conversación mientras te pruebas trapitos que te hacen parecer mucho más mona de lo que eres?

—¿Puedo invitarte al menos a un helado?

No puedo negarme también a eso. Haciendo un pequeño descanso, las dos nos sentamos en un cómodo banco con nuestros helados, yo uno de coco, ella uno doble de chocolate. Ya he observado durante la comida que Jara no necesita cuidarse para tener la figura que luce, y ahora se retuerce como una gata en celo mientras saborea sus dos bolas de chocolate.

—Ummm... está delicioso, ¿quieres probarlo?

—No gracias, el chocolate no me sienta bien.

He soltado esta mentira solo porque no quiero probar su helado. No nos han dado cucharita, y eso significaría...

—¿Puedo probar yo el tuyo?

He dudado por un instante. Mi helado es de una sola bola, es mucho más pequeño y ya no queda en él ningún sitio que no haya sido recorrido por mí pero, ¿cómo voy a negarme? Con gesto tímido, lo acerco a ella. Jara sonrío, acerca los labios y, más que morder, lo besa con dulzura.

Cuando retira la boca, observo como hipnotizada el pequeño hueco que ha dejado sobre mi helado.

—Riquísimo, qué buena elección.

Jara sonrío con todo el rostro, los ojos brillando y una diminuta mancha de coco sobre la comisura de los labios. Con un gesto encantador, la punta de su lengua aparece un instante y limpia el pequeño desastre. Tengo que retirar la mirada y fingir que me intereso en una tienda de deporte que tenemos justo enfrente.

—Tal vez ahí pudiera encontrar algo para Candela. Le encanta montar en bicicleta, ¿sabes?

¿Ha suspirado Jara? Tal vez sea solo por lo mucho que está disfrutando su helado.

—Y a ti... ¿no te gusta la bici?

Ya está, su sonrisa eterna, franca y abierta, como si no tuviera miedo de nada. Es difícil dejar de mirarla, es tan bonita que incluso incomoda, porque sientes que te esclaviza, que no eres capaz de dejar de observarla a hurtadillas, como si fuera un desperdicio dejar de disfrutar ni un segundo de tanta belleza.

—No mucho... en realidad odio pedalear.

—A mí tampoco me entusiasma. Prefiero tomar el sol en la piscina mientras un camarero guapo me sirve una copa...

Hemos reído las dos con ganas. La verdad es que, ahora que lo pienso, Jara consigue hacerme reír con frecuencia, no porque diga nada especialmente gracioso, sino porque estoy a gusto a su lado.

—... aunque tampoco me importa si me la sirve una camarera guapa.

¿Otra indirecta? Jara dijo que había tenido una novia, ¿cuáles fueron sus palabras exactas? “Creo que no he vuelto a querer a nadie como la quise a ella”. No me gusta que la conversación siga estos derroteros, todo sería más sencillo si no hubiera la menor posibilidad de que mi nueva amiga pudiera

sentirse atraída por mí aunque... ¿no es muy presuntuoso por mi parte pensar que semejante preciosidad pueda interesarse por alguien como yo? Es imposible dejar de notar cómo la miran los hombres, Jara podría tener a quien quisiera con solo chasquear los dedos, ¿será verdad que ahora no hay nadie importante en su vida?

Un ligero zumbido en mi bolso me hace consultar el móvil. No puedo creer que sea tan tarde, ¿cuántas horas hemos pasado en el centro comercial? ¡Tengo ocho llamadas perdidas de Cande! Nerviosa como una chiquilla pillada en falta, le pido disculpas a Jara y me retiro para llamar a mi mujer.

No sabría explicar por qué no he hablado delante de ella, y tampoco podría decir por qué, cuando Cande me ha preguntado dónde estaba, le he dicho que había salido de compras con Cristina.

Tengo que recordar llamar a mi vieja amiga para que me ayude con mi coartada.

## **Jara**

Cada día que pasa Marta me gusta un poco más. No sé si es su aire inocente de no haber roto nunca un plato o su timidez cuando le lanzo indirectas, pero no puedo negar que pocas veces he estado tan interesada por alguien. ¿Se debe tan solo a la dificultad de la empresa? Es posible porque, aunque estoy convencida de que le gusto, también noto que el más mínimo error podría provocar que todas mis esperanzas se derrumbasen de un plumazo.

Sin duda, se trata de una persona muy especial. Es dulce, cariñosa, tímida... a primera vista es todo lo contrario que Candela. Por cierto, que no he vuelto a ver a esta última desde la vez que terminamos desnudas sobre el suelo del despacho, y tampoco me importaría volver a tener un “encontronazo” con ella.

No consigo entender cómo puede fascinarme tanto esta extraña pareja de mujeres que no parecen ser capaces de estar juntas sin discutir pero no dejan de hablar la una de la otra cuando están conmigo.

Por cierto, David está pesadísimo. Dice que últimamente tiene que reservar hora conmigo para poder verme. Supongo que tiene razón, el sexo con él es agradable pero... ¡resulta tan previsible en todos los aspectos!

## Candela

—La semana pasada estuve a punto de contárselo.

—No me fastidies, no seas tonta.

—Es que no puedo seguir con esto, no sirvo para mentir.

Ruth me mira como a un caso perdido y me repite que, en todo matrimonio, hay cosas que lo mejor es dejar en la sombra. Sé que sus palabras tienen sentido, el problema es que no quiero que mi matrimonio sea como el del resto de la gente. Si callo, nuestra vida seguirá adelante pero, ¿a qué precio?

No importa lo distintas que seamos ni que discutamos continuamente. Sé que mi futuro está junto a Marta y no puedo imaginar mi vida sin tenerla al lado. Lo malo es que también sé que necesito algo más, aunque no acierto a descubrir qué. Solo puedo decir que me niego a ser una de esas familias con dos niños que hacen la comunión, con infidelidades encubiertas, piso a plazos, casa en la playa y domingos dedicados a cuidar de los abuelos.

Sé también que no es el momento, que si le cuento ahora a Marta lo ocurrido con Jara todo podría romperse de forma irremediable. Lo mejor es dejar que el asunto se enfríe, disimular y contarle solo cuando sepa que puedo controlar la onda expansiva del desastre.

En cuanto a Jara, no pienso volver a dirigirle la palabra. Lo ocurrido no debe repetirse jamás.

\*\*\*

—Hola cariño. He olvidado las llaves, ¿estás en casa?

—Lo siento Cande, estoy en la biblioteca, pero no te preocupes, puede abrirte Jara.

—... pero hoy es martes...

Por lo visto, Jara no pudo pasarse el lunes y esta semana ha cambiado el día. Por un segundo, estoy tentada de dar media vuelta. Luego, irritada conmigo misma, cuelgo el teléfono del coche y sigo en dirección a casa, ¿de qué tengo miedo?

No es raro que pueda escaparme de cuando en cuando del trabajo. De igual modo que a veces tengo que quedarme hasta tarde resolviendo asuntos, otros días puedo hacer una excepción, como hoy. Mi intención es llegar a casa, meter la bici en el coche y salir a relajarme un poco, y desde luego la presencia de esa estúpida asistenta no va a hacerme cambiar de idea.

Cuando me abre, me fastidia el gesto de sorpresa divertida que se dibuja en su rostro, ¡es una verdadera lata que sea tan endiabladamente guapa!

—Hola —mascullo—, he olvidado las llaves.

Sin hacer caso de su amplia sonrisa, entro en el cuarto de invitados y saco del armario el mallot de la bicicleta. Jara se ha quedado atrás, supongo que ha vuelto a su trabajo. Eso hay que reconocerlo, la casa nunca había estado tan limpia. En realidad, a veces me pregunto a qué decida su tiempo Marta, porque si ni estudia ni hace nada en el piso...

Jara ha aparecido en la puerta del cuarto, y me mira fijamente mientras yo intento localizar la bomba de la bicicleta y el casco que Marta me regaló por mi último cumpleaños después de mil indirectas por mi parte para dejar claro que no deseaba unos pendientes nuevos.

—¿Hoy no tienes trabajo?

—He podido salir antes. Voy a ver si consigo cansarme un poco, ya sabes.

—Se me ocurren formas más agradables de cansarse que dando pedales con este calor.

No se anda por las ramas, desde luego. Hoy sus ojos son grises, pero incluso

así chispean de un modo difícil de resistir. Lleva otra vez esas mallas por encima de la rodilla y la camiseta bajo la que se adivinan desnudos sus pechos de estatua griega, y tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para ser directa y dejar claro que no estoy dispuesta a caer dos veces en la misma piedra.

—Escucha Jara. Lo del otro día fue genial, pero no volverá a pasar.

Su gesto de hacer pucheros es tan falso como sugerente. ¡Odio que sea tan irresistible!

—¡Qué tonta soy! Pensé que habías venido para verme a mí.

Lo mejor que podría hacer es cambiarme a toda prisa, sacar la bici del trastero y largarme cuanto antes. ¿Por qué, entonces, sigo aquí plantada delante de ella?

—Pues lamento decirte que ni siquiera sabía que hoy estabas en casa.

—Es una pena, porque mi oferta sigue en pie...

¿De qué demonios está hablando? Es evidente que no debería seguir escuchando sus cantos de sirena, ¿por qué pregunto en lugar de ponerla de patitas en la calle?

—¿Tu oferta?

—Ajá, limpiar en topless... incluso podría hacerlo gratis.

Siento que mi vista se nubla y mis piernas flaquean. El gesto de Jara mientras habla, poniendo cara de niña buena y mordisqueando su dedo índice, me traspasa de lado a lado. Sin darme cuenta, he dejado el casco y el mallot tirados de cualquier modo pero, haciendo un esfuerzo supremo, trago saliva y trato de mantenerme firme:

—¿De verdad crees que vas a seducirme con algo tan visto?



Está pasando otra vez, no entiendo cómo es posible pero está pasando. Cuando Jara y yo estamos frente a frente, es como si todo desapareciera alrededor, como si solo existiera esta atmósfera de sensualidad eléctrica que suelta chispas continuamente con cada gesto y cada palabra. Lejos de darse por vencida, mi enemiga sonrío y parece dispuesta a subir la apuesta:

—Tal vez pueda proponerte algo más... arriesgado, ¿puedes esperarme un momento?

Dejándome con la palabra en la boca, la joven desaparece. La oigo abrir un cajón, ¿qué estará haciendo? Estamos en mi propia casa y es mi asistente, ¿cómo consigue que parezca que es la dueña de la situación? Cuando regresa, no puedo creer lo que ven mis ojos: en la mano, lleva el pene de plástico que intenté utilizar un día con Marta con tan escaso éxito.

—Juraría que está sin estrenar —me mira provocativa la páfida joven—. ¿No te gustaría probarlo conmigo?

Joder, tengo que trabar saliva. Lo había escondido bien para que Marta olvidara lo que sin duda había sido un error por mi parte, ¿no debería estar enfadada por descubrir que Jara ha estado hurgando en mis cosas? De nuevo siento la llamada del deseo, esa fuerza que nos impide pensar en nada que no sea entregarse al juego prohibido y terriblemente seductor del sexo.

—¿Estás segura? —pregunto con voz ronca—. Tal vez sea demasiado ruda para ti.

Jara finge espanto, pone cara de preocupación y, antes de responder, tira de sus mallas hacia abajo. En el mismo gesto, han desaparecido sus braguitas, de modo que, cuando arroja ambas prendas a un lado, queda desnuda de cintura para abajo ante mí, a excepción de las pequeñas zapatillas blancas que cubren sus pies.

—No me hagas daño, por favor.

No sé qué me excita más: su juguetón tono de voz, su gesto de falsa preocupación o su desnudez parcial. Con dedos que me tiemblan por la ansiedad, me quito los vaqueros y la camiseta. Nunca llevo sostén, mis senos como los de un muchacho no lo necesitan, y por un instante me detengo para observar la reacción de Jara al verlos.

Estoy muy orgullosa de mi pecho. Sé que no todo el mundo es capaz de descubrir su sensualidad, pero mi cuerpo me gusta tal como es: delgado, provocativo, diferente a lo que marcan las normas de belleza que nos quieren imponer. Me hubiera disgustado que mis pechos crecieran un poco, mejor no tener nada, ser distinta, especial... y ahora veo por su gesto que Jara es de esas personas que saben encontrar en mí el atractivo que sin duda poseo.

Me pongo las correas del consolador sobre las bragas. Si tuviera un poco de paciencia, me pintaría el dichoso bigotito, pero siento tanta urgencia que a duras penas puedo soportar la ansiedad. Cuando llego junto a Jara, sin la menor contemplación la obligo a subirse sobre la cómoda donde Marta guarda la mantelería y todas esas cosas. Luego, separo sus piernas, que quedan colgando en el aire en incómoda postura.

Mi mano se dirige a su vello púbico, pero ella me detiene con un gesto y susurra en mi oído:

—No hace falta, hazlo ya... vamos.

No puedo creerlo. Coloco el pene de plástico y separo un poco los labios de su vagina. Los noto tan húmedos como sé que estoy yo misma, ¿cómo es posible? La penetro de un golpe y, cuando veo cómo se abren sus ojos, me siento tan excitada como si fuera una parte de mi propio cuerpo la que se hubiera deslizado en su interior.

Jara gime a cada embestida, noto sus uñas clavándose en mi espalda desnuda, siento sus pétreos muslos temblar junto a mis caderas. Agarrándome a sus

riñones, la follo como nunca antes he follado a nadie, con violencia pero con ternura, con autoridad pero también rendida a ella, utilizando su cuerpo pero deseando provocarle el mayor placer posible.

A través de la camiseta que no he tenido tiempo de quitarle, noto sus pezones enhiestos y sus pechos que son como dos dulces almohadones cuando me dejo caer sobre ellos. Como Jara es bastante más alta que yo, tengo que ponerme de puntillas para enterrarme más profundamente en ella, que grita ahora en mi oído mientras sus piernas se cierran sobre mis nalgas y trata de atraerme aún más hacia sí.

Algo ha caído al suelo y se ha roto haciendo un ruido que no me impide seguir cabalgando sobre Jara. Mi boca busca la suya, beso sus labios, la obligo a aceptar mi lengua entre sus dientes. Sus piernas se abren cuanto es posible, la fortaleza está rendida, sus manos presionan mis glúteos para obligarme a avanzar hasta que el enorme juguete ha desaparecido por completo en su interior.

Su orgasmo es eterno y estremecedor. Con mis manos asidas a sus pechos por debajo de la camiseta, empujo con las caderas mientras veo sus ojos cerrados y sus labios contraídos en una mueca de placer. Jara gime, grita, suelta encantadores hipidos que redoblan mi propia excitación. Es como si no fuera a terminar nunca, como si ya para siempre fuéramos a estar unidas de esta extraña forma... como si estuviéramos cumpliendo un destino que estuviera previamente marcado para nosotras.

—Joder —exclama, incapaz de recuperar el resuello—, ha sido... ha sido...

Hay una nota de tristeza en mi interior que en vano trato de ocultar. Siempre he sido una persona práctica y honesta, y ahora no puedo negar lo evidente: estoy enamorada de Marta y sé que eso nunca va a cambiar pero... me fascina follar con Jara.

## Marta

Me siento tan culpable que no entiendo cómo es posible que Candela no se dé cuenta de lo nerviosa que estoy. No consigo entender lo que me está pasando; amo a mi mujer con la intensidad del primer día pero, a pesar de eso... no consigo sacarme de la cabeza a Jara.

Es agotador luchar contra ello. En vano salgo disparada apenas ella entra por la puerta, de nada sirve evitar siquiera mirarla cuando me saluda con su sempiterna sonrisa. Es como si sus ojos de color indefinido se me hubieran clavado dentro, como si oyera de forma continua la alegría contagiosa de su risa.

La tarde de compras que pasé junto a ella regresa una y otra vez a mi cabeza. Es doloroso para mí admitir lo bien que lo pasamos juntas y lo mucho que compartimos. ¿Me estoy enamorando de Jara? Es imposible, no puede ser. Es obvio que se trata de un trastorno pasajero, fruto del estado de nervios que estoy pasando a raíz de mis problemas con Cande. Sin duda, este periodo de “ardor adolescente” que sufro tiene que pasar tan deprisa como ha llegado.

Pero, de cualquier modo, mientras eso sucede, lo más sensato es poner distancia entre Jara y yo.

\*\*\*

Los dedos de Candela están vivos dentro de mí. Es como si fueran autónomos, como si se movieran solos. No sé cómo lo hace, pero me deja tan deliciosamente desarmada cuando me toca ahí abajo que, lo único que puedo hacer cuando termina, es quererla aún más de lo que la quiero el resto del día.

—Oh dios... es... ha sido increíble.

—Me alegro de que te haya gustado.

Un beso afectuoso da por concluida una maravillosa noche de pasión, y

abrazando a Cande intento desterrar este incómodo sentimiento de traición que siento últimamente. En cierto modo, es como si la hubiera engañado con Jara, a pesar de que no ha habido nada físico entre nosotras.

Supongo que es por sentirme culpable por lo que, mucho antes de volver a sentir la punzada del deseo, intento dar una especie de premio a mi mujer:

—Me estoy preguntando... ¿qué has hecho con el aparatito que trajiste?

—Olvídate de él, fue una tontería por mi parte.

Me aprieto más contra ella y beso su cuello. Cande me sonrío y acaricia mis nalgas, para lo cual tiene que estirar su brazo todo lo que puede.

—Si quieres, podemos probarlo ahora. Es una pena que lo tengas ahí muerto de risa.

Tengo la impresión de que Candela se ha puesto rígida.

—No te preocupes, sé que a ti no te gustan esos juguetes.

—Bueno, como tú siempre dices, hay que probar las cosas antes de descartarlas. Vamos, esta noche estoy dispuesta a...

—Otro día quizá, ahora estoy muy cansada.

Me he quedado de piedra. Acabamos de tener un encuentro genial; estoy segura de que su orgasmo ha sido tan intenso como el mío, ¿a qué viene esta actitud? No es normal en ella, Cande siempre quiere más y nunca es la primera en darse por satisfecha. Antes de que acierte a decir nada, me mira con gesto cariñoso y pone su mano sobre mi mejilla:

—Estaba pensando que, tal vez, podrías llamar a la chica de asuntos sociales.

—¿Qué?

—Ya sabes, para mover lo de la adopción.

Ahora sí que no entiendo nada. ¿Qué ha pasado, qué es lo que ha cambiado?

Lo malo es que, en lugar de feliz me siento como una miserable, porque mientras yo ando medio engatusada con Jara resulta que Cande solo se preocupa por mi felicidad. Y es que ahora me mira con un afecto que hace tiempo que no sentía, y sus labios me besan la frente, los ojos, la nariz, y yo siento que no me merezco todo esto.

Estoy a punto de confesar pero, en realidad, ¿qué podría decir? ¿Que me he encariñado un poquito con la asistenta? Sería absurdo estropear este momento con una niñería semejante. Lo único que puedo hacer es devolver su beso, abrazarla con fuerza y rezar para que mi estúpido enamoramiento pase lo antes posible.

\*\*\*

He decidido despedir a Jara. Le diré que, como soy incapaz de estudiar, haré yo misma las cosas de la casa y prescindiré de sus servicios. No acabo de entender cómo es posible que tan juiciosa decisión deje este poso de tristeza en mi interior, pero es lo mejor que puedo hacer. Sé que echaré de menos su voz cantarina y su risa a mi alrededor, pero tengo que cortar lo que todavía es un sentimiento incipiente y sin importancia. Sí, Jara es peligrosa para mí, y lo más sensato es alejarla antes de que se convierta en una verdadera amenaza para mi matrimonio.

Cuando suena el timbre, respiro hondo y me juro a mí misma no cambiar de opinión. En realidad, no sé cómo espero que reaccione Jara. ¿Preferiría que mostrara decepción, o que se lo tomara con ese habitual buen humor que parece quitar importancia a todo?

—Hola, soy Paloma. Jara está enferma y me envía la agencia para sustituirla.

Delante de mí hay una mujer de unos cuarenta años, entrada en carnes y con el pelo, no demasiado limpio, recogido en una coleta.

—¿Enferma? ¿Qué le pasa?

—He oído algo de una pierna rota, no puedo decirle más.

De pronto estoy muy preocupada por Jara. Sé que siempre va en moto de un lado a otro a toda velocidad, ¿habrá tenido un accidente grave? Dios mío, ya la imagino coja para toda la vida, sus bellísimos muslos llenos de cicatrices y su alegría echada a perder para siempre.

—¿Tiene... no tendrá su teléfono? Me gustaría interesarme por ella... trabaja muy bien, ¿sabe?

—Lo tengo apuntado por aquí, porque a veces tenemos que ponernos de acuerdo para ir a las casas.

Tras rebuscar en su bolso, Paloma me da un número que anoto con un cierto temblor de manos y, olvidando que he decidido que no necesito asistenta, la dejo trabajando mientras me encierro en el cuarto de invitados para llamar a Jara.

Sin duda, es lo más natural del mundo. Sería una grosería por mi parte no preocuparme por su salud.

\*\*\*

—¿Jara? Hola, soy Marta...

—¡Marta, qué agradable sorpresa!

Su voz suena encantadora al otro lado del teléfono. Al menos, sigue viva, y no parece que demasiado afectada por el accidente.

—Solo quería preguntarte qué tal estás, la señora que te sustituye me ha dicho que te habías roto una pierna.

—¡Una pierna! —Jara ríe encantada—. Tengo que hacer un estudio psicológico sobre esto. Yo hablé de un pequeño esguince y, por lo que veo, se ha transformado en todo un accidente.

—Vaya, me alegro de que no sea tan grave. Entonces, ¿estás bien? Estaba preocupada.

—¿Puedes guardarme un pequeño secreto?

Algo me dice que no es buena idea compartir secretos con Jara, pero su voz suena tan cálida, y parece haberse alegrado tanto de recibir mi llamada...

—Por supuesto.

—En realidad, no me pasa absolutamente nada. Lo que ocurre es que nos han puesto un examen sorpresa en la universidad y ando liadísima. He contado esta mentirijilla en la agencia porque necesito estudiar... Te hubiera avisado personalmente, pero no tenía tu número.

—Vaya, me alegro de que no te pase nada, estaba preocupada.

¿Qué demonios me pasa? “Estaba preocupada”, lo he dicho dos veces seguidas, va a pensar que soy idiota. Un silencio incómodo sigue a mis últimas palabras. Ha llegado sin duda la hora de colgar, porque no me parece el momento oportuno para decirle que voy a prescindir de ella.

—Bueno, pues... yo también tengo que estudiar, así que...

—Me gusta mucho que te preocupes por mí.

Ha sido como recibir un latigazo por dentro. No es solo lo que ha dicho, es cómo lo ha dicho. Tengo que calmarme, es natural que una amiga se preocupe por otra si cree que ha tenido un accidente. Si a Cristina le ocurriera cualquier cosa, yo la llamaría de inmediato, igual que he hecho con Jara. Pero Jara es solo mi asistente, no mi amiga, ¿o sí?

—Ya sabes el miedo que me dan las motos —digo, tratando de sonar natural—. Y tú vas por ahí siempre a toda velocidad.

Un nuevo silencio. Hay que cortar esta conversación, es absurdo seguir pegada al auricular. Ya sé que Jara está bien, ¿qué sentido tiene continuar al teléfono?



—¿Puedo contarte otro secreto?

Estoy cada vez más nerviosa, esta llamada ha sido un error. Lo terrible es que sí, que quiero que comparta sus secretos conmigo, y que, por mucho que esta mañana me haya levantado feliz por lo sucedido con Cande, no puedo negar que la voz de Jara tiene algo que me cautiva y me hipnotiza sin remedio.

—Como quieras...

—Tenía muchas ganas de contártelo, aunque a lo mejor te parezco una tonta.

—¿Tú una tonta? —pregunto con total sinceridad—. No creo que eso sea posible.

Jara ríe y parece vacilar. No entiendo cómo puede estar pareciéndome tan íntima esta llamada telefónica. De algún modo, es como si estuviéramos juntas, como si pudiera sentir su presencia a mi lado. Cuando vuelve a hablar, su voz se ha convertido en un susurro casi inaudible.

—¿Sabes? Desde que era niña, tengo una costumbre muy boba: todas las semanas, hago una lista de las personas importantes de mi vida. Dibujo un círculo grande y coloco ahí a las que solo son un poquito importantes; luego, hago otro círculo más pequeño, y pongo en ese a las que siento un poco más cercanas. Así, voy trazando círculos cada vez más pequeños, más próximos a mí.

La escucho sin respirar, incapaz de adivinar qué va a suceder a continuación. Hace apenas tres meses que nos conocemos y, a excepción de la última vez, solo nos hemos visto mientras ella trabajaba. Es absurdo pensar que...

—Ayer, cuando hice la última lista... te coloqué en el círculo más pequeñito, muy cerquita de mí.

Estoy sobrepasada, no sé si sus palabras me gustan o me destrozan, probablemente hagan ambas cosas a la vez.

—¿Marta?

Luchando por mantener la calma, intento dar por sentado que todo se reduce al mismo tipo de afecto que Cristina y yo sentimos mutuamente.

—Sí, yo también... yo también te considero una buena amiga.

He colgado precipitadamente pretextando tener que estudiar, pero ni por asomo pienso que mi excusa haya sido creíble. El corazón me late a mil por hora y me cuesta permanecer quieta, ¿qué está pasando? ¿De verdad me ha dicho lo que yo creo que me ha dicho? Necesito analizar despacio lo que ha sucedido e impedir que esto se haga más grande.

Tengo que contárselo a Cande, ella lo entenderá y me perdonará. Nunca la he traicionado y nunca lo haría, y el mero hecho de ocultarle lo extraña que me siento ya me parece algo horrible por mi parte. Además, si no confío en mi mujer, ¿en quién puedo hacerlo? Sé que juntas superaremos esto, sé que ella me ayudará a olvidar este mal sueño y que conseguirá que todo vuelva a ser como antes.

Cuando empezamos a vivir juntas ambas hicimos un pacto que es para mí lo más sagrado del mundo: sinceridad absoluta. Hasta ahora podía engañarme a mí misma diciéndome que no había mucho que contar, pero después de esta llamada sería una embustera si siguiera fingiendo que no estoy al menos un poquito enamoriscada de Jara.

Y eso no puede ser. La mujer de mi vida es Cande. La adoro y por nada del mundo haría nada que me llevara a perderla.

## Jara

Como siempre, hay dos maneras de ver las cosas.

La primera, la que imagino que ha adoptado quien todavía siga leyendo estas páginas. Soy la mala, la fría, la calculadora. Me acuesto con Candela, me aprovecho de la información que poco a poco voy recogiendo de aquí y de allí durante las muchas horas que paso sola en la casa y me convierto así en su musa sexual, cumpliendo sus sueños y consiguiendo de ese modo que le sea infiel a Marta. En cuanto a esta, la seduzco con la táctica contraria, aprovechándome de su carácter soñador y romántico y diciéndole las cosas que quiere oír y que su mujer no suele decirle.

Bien, esa es la primera versión, y comprendo que mucha gente la haya tomado como la única posible. El problema es que hay otra forma de analizar este embrollo, y es la que me gustaría explicar antes de ser condenada.

Veamos: tengo una aventura con Candela y creo que estoy cada vez más cerca de derribar las defensas de Marta. Entonces, ¿puede alguien explicarme por qué me siento como me siento? Estoy irritada, confusa y de mal humor, y es la primera vez que esto me sucede por temas sentimentales.

No consigo identificar en qué momento se me fue de las manos la situación. Sí, me follo a Candela, y me encanta hacerlo. No sé qué tiene esa endiablada mujer que hace que, cuando la tengo delante, solo pueda pensar en besar su menudo cuerpo de arriba abajo. Me gustan hasta sus dientecitos separados y ese pecho plano que la hace tan distinta, ¿no es un mal síntoma que te gusten incluso las imperfecciones de una persona?

Y qué decir de Marta. Al principio pensé que era un buen polvo pero muy sosa. Sin embargo, cuanto más la conozco... La tarde que pasamos juntas de compras fue deliciosa. Me encanta su carácter tímido y apacible, me fascina su dulzura y siento constantemente deseos de abrazarla. La historia de los

malditos círculos, como dirían en una mala película, está basada “en hechos reales”. Quizá he arriesgado demasiado, probablemente debería haber ido más despacio con ella pero, cuando oí su voz preocupada a través del teléfono, simplemente no pude contenerme.

Joder, joder y joder, estoy al borde del desastre, lo presiento. Soy una chica decidida y no me provoca el menor rubor admitir que en estos meses he descubierto que las mujeres me gustan mucho más que los hombres, y tampoco me temblará el pulso cuando decida que ha llegado el momento de contárselo a cuantos me rodean. El problema es que, aunque ahora parezca que voy ganando, me doy perfecta cuenta de que soy la parte débil de esta extraña relación a tres bandas.

No hace falta ser muy inteligente para saber que Marta y Candela se quieren de verdad. Es solo cuestión de tiempo que una de ellas decida contar lo que sucede, y supongo que probablemente se pelearán y tendrán una pequeña ruptura. Pero, por más vueltas que le doy, estoy segura de que más tarde que temprano se perdonarán la una a la otra. Entonces, sin ninguna duda me sacarán de sus vidas y, por extraño que pueda parecer, no me siento capaz de aceptar que eso suceda.

Ah, se me olvidaba: he cortado definitivamente con David. No entiendo cómo pudo parecerme interesante en algún momento.

## Candela

No sé si he hecho bien diciéndole a Marta que estoy dispuesta a acelerar los trámites de adopción. Me he dejado llevar por el remordimiento y, a la larga, tomar decisiones tan importantes de ese modo puede resultar contraproducente. ¡Me siento tan mal conmigo misma!

Es extraño que Marta no se dé cuenta de lo alterada que estoy. Y lo peor es que ella lleva unas semanas especialmente cariñosa y desviviéndose por tenerme siempre contenta, ¡hasta nuestra vida sexual ha mejorado! Mi mujer está más receptiva, e incluso es ella la que toma a veces la iniciativa. Que me propusiera utilizar el dichoso consolador me llenó de desprecio hacia mí misma.

Es un alivio que el teléfono suene y me haga salir por unos momentos de mis funestos pensamientos. Número desconocido, supongo que es una llamada de trabajo, y casi me alegra pensar en un poco de actividad extra.

—Dígame.

—Me han dicho que es usted la abogada más sexy y caliente que puedo encontrar en la ciudad, ¿es eso cierto?

Tardo unos segundos en darme cuenta de que la voz sensual y juguetona que hay al otro lado pertenece a Jara, ¿cómo ha conseguido mi número? Su descaro es indignante, pienso pararle los pies y dejarle muy claro que nunca más volveré a caer en sus provocaciones.

—Estoy en el bufete, ¿sabes? Algunas tenemos trabajos de verdad.

No es mi estilo ser tan ruin y clasista, pero la maldita asistente que nos envió la agencia consigue sacarme de mis casillas.

—Esto es una llamada de trabajo abogada —contesta Jara sin dar síntomas de sentirse ofendida—. Necesito hacerle una consulta profesional. ¿Qué le parece

si nos vemos esta noche en el Hotel Diluvio?

No puedo evitarlo. Este sentimiento de catástrofe, otra vez. La sensación de que tu mente dice una cosa pero tu cuerpo te impone otra. Necesito mantener la calma, es inaudito que esta jovencita se salga siempre con la suya, tengo que pensar en Marta, en todo lo que he construido junto a ella y no puedo poner en peligro.

—Ni lo sueñes. No pienso ir.

—Te espero en la recepción a las diez en punto.

—No voy a ir, ¿entiendes? Cancela la reserva.

—Yo estaré allí puntual.

Ha colgado sin esperar un cambio de opinión por mi parte. Ni el menor intento de convencerme, simplemente una hora y un lugar... y la seguridad absoluta de que no seré capaz de resistirme a la tentación.

¡Es irritante, frustrante, indignante! Soy abogada y vivo de mi capacidad de oratoria, pero se me acaban los “antes” que añadir a la lista. ¿Ilusionante? Joder no puedo negarlo, Jara es como una droga, sé que no me conviene pero no puedo librarme de ella. Mientras busco en la lista de contactos de mi teléfono, me doy cuenta de que siempre me queda la necesidad de un último encuentro, uno y se acabó, uno y juro que...

—Hola cariño.

—Hola, soy yo. Verás, me ha surgido algo importante en el trabajo... me temo que esta noche no podré ir a dormir a casa.

—¿Precisamente esta noche? Quería comentar algo importante contigo... ¿no puedes dejarlo para otro día?

La voz de Marta suena tensa, ¿habrá surgido algún contratiempo con lo de la adopción? Sinceramente, no me siento capaz de afrontar ahora ese problema,

no mientras el fantasma de Jara siga ahí, rondando y lleno de promesas que no logro quitarme de la cabeza.

—Lo siento cariño —respondo mientras interiormente siento que merezco la pena de muerte—. Te prometo que mañana hablaremos de lo que quieras.

Cuando cuelgo, la opinión que tengo de mí misma no es mejor que la que todos tenemos de Jack el destripador. Sé que tengo que poner fin a esto, y si de algo estoy segura es de que confesaré y asumiré el castigo que merezca sin rechistar.

Pero, esta noche... esta noche necesito ver a Jara. Por última vez.

\*\*\*

El Hotel Diluvio es pequeño y coqueto, y nada más entrar en recepción me doy cuenta de que no ha sido elegido al azar. Teniendo en cuenta el exiguo sueldo de Jara, supongo que debería sentirme halagada de que haya hecho el esfuerzo económico que sin duda ha supuesto para ella reservar aquí una habitación. Me ha recibido con una sonrisa que, al mismo tiempo, me ha molestado y me ha llenado de calor. Me molesta porque demuestra que no ha dudado ni un segundo de mi llegada, y me llena de calor porque... porque cada vez que la veo compruebo que mi memoria no me engaña y que es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Buenas noches, tenemos una reserva —dice Jara dirigiéndose con calma a la recepcionista.

—Buenas noches, ¿a qué nombre la tenían?

Tengo casi treinta años y viajo constantemente por todo el mundo. Sin embargo, de pronto me siento incómoda y estoy deseando que el engorroso trámite de registrarnos termine. ¿Habrás adivinado la joven recepcionista la naturaleza de nuestra relación? Estoy segura de que sabe que somos amantes y

lo que va a ocurrir entre nosotras apenas nos asigne habitación. Es una chica rubia, algo regordeta pero de rasgos correctos y gesto simpático.

—Habitación 217 —sonríe la joven, que según su chapa identificativa se llama Virginia.

Jara coge la llave y sonríe, ¿a qué espera para desaparecer? Nunca he tenido el menor deseo de ocultar que soy lesbiana, pero esta noche me siento al otro lado de la ley, y casi tengo que reprimir el absurdo impulso de mirar a todos lados para vigilar que no aparezca Marta. Marta... ¿cómo puedo estar haciéndote esto? Esta vez, ni siquiera tengo la excusa de haber caído por sorpresa; esta vez, todo ha sido planeado y premeditado.

—Perdonad que no os acompañe —se excusa la tal Virginia—. Mi compañero del turno de noche se ha puesto enfermo y estoy yo sola en recepción. De cualquier modo, si necesitáis cualquier cosa no tenéis más que llamar y os atenderé lo antes que pueda.

Por fin, cogemos el ascensor y subimos a nuestra habitación. 217, ese es el número que llevaré tatuado para siempre en mi memoria como símbolo de mi debilidad. Antes incluso de cerrar la puerta, Jara viene hacia mí y me abraza con urgencia. Lo deseo tanto como ella, pero quiero hacer daño, demostrar que me queda algo de dignidad, que todavía puedo irme si así lo decido.

—Quieta, no me apetece.

Jara me mira sorprendida, aunque la sonrisa no desaparece de sus labios. Se diría que incluso le divierte que haya un poco de lucha antes de meternos en la cama. Por otra parte, la habitación es sencilla pero agradable, sin duda mi compañera de fechorías ha elegido cuidadosamente el lugar de nuestro encuentro.

—Como quieras, no tengo prisa. Tenemos toda la noche por delante... ¿tienes hambre? Podemos pedir algo al servicio de habitaciones.



—Ya has oído a Virginia, están faltos de personal y tardarían una eternidad.

—Es mona, ¿verdad?

—¿Hemos venido aquí para hablar de la recepcionista?

Jara sonrío y vuelve a acercarse a mí, pero yo la rechazo con un gesto y me siento en una de las sillas que hay junto a la cómoda y el espejo, frente a la amplia cama de matrimonio.

—Yo quiero a Marta —digo, sin demasiado sentido.

—Lo sé.

—No debería estar aquí.

Jara no dice nada, se limita a sentarse en el borde de la cama y a cruzar sus larguísimas piernas. Lleva un vestido marrón con pequeños lunares blancos que realza su majestuoso busto y me permite admirar una generosa porción de sus muslos. Al menos, me queda el consuelo de poder argumentar con sinceridad que no es en absoluto sencillo resistirse a su encanto.

—Dame solo una razón por la que debería quedarme aquí.

Sé que me estoy comportando de un modo ridículo pero, por algún motivo, necesito postergar el momento de mi nueva e inminente caída al vacío. Ahora, Jara sonrío, me mira fijamente y trata de explicar lo inexplicable pero a la vez dolorosamente obvio:

—Quieres mucho a Marta pero yo te doy lo que ella no puede darte.

—No estés tan segura de eso. Nuestra vida sexual es muy satisfactoria.

—Celebro oírlo, pero “satisfactorio” no me parece un adjetivo demasiado apasionado.

—¿Te han enseñado otra palabra mejor en tu carrera de Psicología?

—Sublime, abrasador, irresistible... demoledor. ¿Consigue Marta que te

olvides hasta de tu nombre cuando estás con ella?

—Eres odiosa.

—Por eso te gusto tanto.

—Voy a marcharme.

Me he puesto en pie y he cogido el bolso, pero no he dado ningún paso en dirección a la puerta. Jara vuelve a sonreír y, antes de hablar, parpadea un par de veces. Sus ojos son ahora azules y luego grises, y es tan hermosa que tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no lanzarme sobre ella.

—Cande...

—No me llames Cande.

—Perdona, olvidaba que Marta te llama así. Escucha Candela, tú y yo somos muy parecidas. A las dos nos gustan las emociones fuertes, a las dos nos encanta el riesgo, y eso nunca lo tendrás con tu mujer.

¡Maldita estudiante de Psicología presuntuosa! Sus palabras me duelen porque son verdad, porque en lo más profundo de mí sé que llevo clavada esa espina. Marta es perfecta, guapa, dulce, cariñosa... pero nunca podrá seguir el ritmo que yo pretendo en el aspecto sexual. Muchas veces me he dicho que soy una persona superficial, que hay cosas mucho más importantes en la vida que el sexo y que en todas ellas mi chica supera a cualquiera. Pero, por mucho que intente razonarlo, sé que tampoco hay que subestimar la otra parte, la que te arranca la calma, la que es capaz de convertirte en una muñeca rota, la que hace que dentro de ti todo se encienda y tu cuerpo parezca una hoguera en combustión.

Cuando termina de hablar, Jara se levanta y rebusca en su bolso. Luego, me enseña una moneda y me mira con gesto travieso.

—Elige.

—¿Qué nos jugamos?

—La que pierda, se quitará toda la ropa y seguirá esta discusión desnuda.

Dios, es como si Jara pudiera leer en mi interior. Su propuesta puede parecer una chiquillada, pero a mí me produce un morbo infinito. Este es el tipo de cosas que nunca he podido hacer con Marta. Ella no sabe jugar, no entiende que, a veces, es divertido hacer bobadas, cosas que pueden parecer absurdas pero que nos ayudan a conseguir que cada encuentro sea distinto al anterior. Ante una propuesta semejante, mi mujer se reiría y, llena de amor, me abrazaría sin más, quitándole gran parte de la tensión sexual al instante.

En cuanto a mí, ahora sé perfectamente que no voy a salir de esta habitación durante horas.

\*\*\*

—Cara.

Sin decir nada, Jara lanza la moneda al aire. El tiempo que transcurre hasta que esta vuelve a caer y mi amante la atrapa sobre el dorso de su mano se me hace eterno.

—¿Quieres cambiar?

—No... cara.

¿A qué espera para destapar la moneda? Si lo que quería era añadir picante a mi vida, es obvio que Jara supera con mucho mis mejores expectativas. Ahora me mira con gesto travieso y provocativo.

—¿Qué te gustaría que saliera?

El simple hecho de plantearme esa pregunta me excita de forma asombrosa. ¿Ganar y poder ver el espléndido desnudo de Jara mientras seguimos charlando, o perder y ser yo la que se exhiba ante sus hermosos ojos? Ambas alternativas me parecen igualmente sugerentes y, cuando al fin la joven retira

su mano, tengo que contener el aliento y noto el corazón latiendo a mil por hora.

—Cruz —dice con una sonrisa que ilumina toda su cara—. Has perdido.

Un delicioso escalofrío recorre todo mi cuerpo. Hace cinco minutos estaba dispuesta a marcharme pero, ahora, con dedos que me duelen por la tensión, me inclino y deshago despacio los cordones de mis zapatillas blancas. Luego, me las quito y me libero de los pequeños calcetines que apenas cubren mis tobillos. Descalza, soy mucho más baja que Jara, que me mira atentamente, sin perder detalle de mi striptease.

Si piensa que me voy a acobardar es que no me conoce. Sin la menor vacilación, me quito la camiseta. Creo que ya he dicho que nunca llevo sostén, ¿para qué? Antes de que pueda continuar, Jara me interrumpe con voz suave:

—Me encantan tus pechos.

—Parezco un chico.

—No digas tonterías. Tus pezones son una obra de arte.

Viniendo de ella, que tiene unos senos que parecen esculpidos en mármol, sus palabras son especialmente reconfortantes para mí. Sobre todo porque sé que son sinceras, y que mi busto plano pero al mismo tiempo femenino le resulta poco habitual y tal vez por ello doblemente excitante.

—Vamos, sigue. Todavía no has terminado.

Ahora Jara me regaña con fingida firmeza, pero no tiene que insistir demasiado. Ante su siempre atenta mirada, desabrocho despacio y uno a uno los botones de mis pantalones vaqueros. Luego, muevo las caderas alternativamente al tiempo que los empujo hacia abajo. Cuando estoy en bragas, hago una breve pausa, y dejo que ella observe con calma mis muslos, delgados pero bien torneados. Luego, sin separar mis ojos de los suyos, me

quito las braguitas y las lanzo lejos, sin preocuparme por dónde caen.

Es delicioso someterme a su largo escrutinio. Me he depilado esta misma mañana, y mi sexo parece cobrar vida propia cuando siento su mirada resbalar sobre él. Es como si me acariciara, como si me penetrara con esos ojos ahora más grises que azules. Sin que ella me lo pida, giro lentamente sobre mí misma y, solo cuando de nuevo estamos frente a frente, regreso con calma a la silla donde se inició la discusión. Tras sentarme cruzando las piernas, pregunto con aire retador:

—Y bien, ¿por dónde íbamos?

Jara sonrío. No hace nada para precipitar las cosas, y eso me gusta. Las dos sabemos que respetar las reglas del juego requiere paciencia, pero que más tarde recogeremos los frutos sembrados. Despacio, se sienta de nuevo en la cama y contesta como si nada hubiera cambiado en nuestra situación:

—Me decías que quieres mucho a tu mujer y que no deberías estar aquí.

—Exactamente, esta será la última vez que nos veamos. Voy a llamar a la agencia y a pedir que nos envíen a otra persona.

—¿Vas a hablar mal de mí? Necesito trabajar, tengo que pagarme la carrera.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá un motivo que no te comprometa. Recuerda que soy abogada.

—Y la más sexy y caliente, mi información era verdadera.

Seguir conversando de esta manera, como si tal cosa, me produce una extraña mezcla de pudor y excitación. Apenas conozco a Jara, exhibirme para ella no es lo mismo que hacerlo para Marta, esta noche hay un no sé qué alrededor que altera cada fibra de mi cuerpo. Es como estar asomada a un abismo, un abismo que me asusta pero que también me atrae con toda la fuerza de su belleza. Ni yo misma me explico cómo puedo estar haciendo esto, y mucho

menos cómo puedo estar disfrutándolo tanto.

—Mañana le contaré todo a Marta.

—¿Cómo crees que reaccionará?

—Le dolerá... pero seguiremos juntas, estoy segura.

Es curioso, Jara se ha puesto muy seria. Por primera vez desde que la conozco, me parece detectar en su voz un cierto tono de melancolía cuando vuelve a hablar:

—En ese caso, tendremos que aprovechar como se merece nuestra última noche juntas, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo.

No puedo más, necesito que se levante y venga hacia mí. Necesito sentir sus manos calientes sobre mi piel desnuda, su boca sobre mi boca, sus pechos turgentes contra mi cuerpo. Pero Jara no parece decidirse, otra vez sonrío, otra vez parece que va un par de metros por delante de mí:

—¿Qué te parece si pedimos una botella de champán?

¿Champán? Me encanta el champán. Me parece la bebida ideal para una noche de seducción y erotismo. Es una pena que a Marta le sienta mal y... No puede ser, no puedo seguir pensando en mi mujer; si esta va a ser mi última vez con Jara, tengo que disfrutarla al máximo.

Ante mi gesto afirmativo, Jara se levanta y coge el teléfono que está a mi lado, sobre la cómoda. Al ver nuestro reflejo juntas en el espejo, me siento incluso más desnuda. Ella está preciosa con su vestido de lunares, y yo parezco a la vez vulnerable y provocativa. ¿Cómo puedo estar tan excitada sin que ni siquiera nos hayamos tocado?

—Hola, ¿eres Virginia? Llamo de la habitación 217, ¿podrías subirnos una botella de champán helado? Sí... el mejor que tengáis. No te preocupes, no

hay prisa.

Cuando cuelga, me mira con calma, pero no hace el menor ademán de tocarme, a pesar de que yo lo deseo con toda mi alma. Se limita a volver a su sitio en el borde de la cama, donde de nuevo se sienta y me informa:

—Subirá en diez minutos.

—¿Y qué vamos a hacer durante todo ese tiempo?

—¿Ya te aburres de charlar conmigo?

La sonrisa que Jara me dirige justifica una vida entera de infidelidad. Querría que esto durara eternamente, ser para siempre su musa, su esclava, su juguete.

—Por cierto —dice con malicia—, no tengo nada para la recepcionista, ¿llevas algo suelto de propina?

Siento un placer extraño al levantarme y recorrer despacio la habitación mientras ella me observa sin perder detalle. Paladeando cada segundo, rebusco con fingida calma en mi bolso, saco un par de monedas, me vuelvo hacia ella y pregunto:

—¿Crees que bastará con esto?

—Estoy segura de que sí.

Me tiemblan las piernas cuando regreso a mi silla, pero es un temblor sublime que me llena de energía. Cuando al fin vuelvo a sentarme, durante unos minutos ninguna de las dos dice nada. Nos limitamos a mirarnos fijamente a los ojos mientras yo noto que cada poro de mi piel se perla de sudor por la excitación acumulada.

—Servicio de habitaciones.

¿Ya han pasado los diez minutos? Me han parecido un suspiro, han pasado tan deprisa que no puedo evitar sentir una inexplicable sensación de pérdida.

—¿Vas a quedarte ahí?

Jara me mira burlona al tiempo que se levanta y se dirige a la puerta mientras yo, como saliendo de un sueño, también me incorporo y me refugio en el cuarto de baño. Escondida tras la puerta que no he cerrado del todo, oigo las voces de las dos mujeres intercambiar las consabidas fórmulas de cortesía. Mis pies descalzos se estremecen al contacto con las frías losetas del baño, mi sexo vibra entre mis piernas y mi respiración se hace cada vez más agitada.

—¿Queréis que os la descorche? —oigo la voz de Virginia.

—Sí, por favor, somos muy torpes con estas cosas.

—No te preocupes —ríe la recepcionista mientras forcejea con la botella—, le pasa a mucha gente.

No creo que Jara imagine hasta qué punto me está ayudando esta noche a explorar una senda que me enerva de modo sorprendente. Ser observada, ser el centro, acaparar al menos durante unos minutos toda la atención. Creo que, si mi amante me lo hubiera pedido, yo misma habría abierto la puerta a la recepcionista sin la menor vacilación.

—Espero que lo paséis muy bien —oigo entonces a Virginia.

—Seguro que sí.

¿Qué me está pasando? ¿Cómo puedo estar tan alterada? Asomándome por la rendija que deja la puerta en el lado de las bisagras, veo a las dos mujeres en el centro de la habitación tenuemente iluminada. Jara está preciosa, con su vestido de lunares, y la propia Virginia, aunque no tan agraciada, tiene la belleza de la juventud. A escasos metros de ellas, estoy yo, completamente desnuda, y fantasear con la idea de salir de mi refugio y ser descubierta por la recepcionista me produce un placer siniestro que no consigo explicarme. Solo el pensar que jamás podré vivir algo similar junto a Marta ensombrece



parcialmente la intensidad con la que estoy viviendo el momento.

—Perdona, me olvidaba —dice entonces Jara al tiempo que entrega a la joven las monedas que yo he sacado de mi bolso.

Conteniendo la respiración, veo a Virginia dar las gracias sonriendo y, después, dar media vuelta y salir del cuarto.

Apenas quedamos solas, la situación se precipita. Es como haber subido una piedra muy pesada poco a poco hasta la cumbre y, una vez allí, dejarla caer con toda la fuerza imponente de su peso. Salgo de mi escondite como un depredador hacia su presa, me agarro a Jara como si temiera que fuese a desaparecer, y la fuerza con la que responde a mi abrazo me demuestra que no soy la única que ha disfrutado de nuestro pequeño juego.

Mientras me besa y noto sus manos ávidas sobre mi piel desnuda, me doy cuenta de que, junto a ella, nada es convencional, nada es como lo hacen los demás. Aunque me satisface saberlo, también me asusta de un modo que me estremece, porque se interpone entre Marta y yo más de lo que me gustaría admitir. Con el resto de cordura que me queda, me juro a mí misma que no voy a permitir que se destruya lo más bello que he tenido en mi vida.

Pero eso será mañana. Esta noche, la botella de champán permanece abierta en medio de la habitación. Durante muchas horas, ni Jara ni yo nos acordamos de ella.

\*\*\*

La despedida ha sido muy extraña. Jara estaba sorprendentemente taciturna, y su manera de preguntarme como de pasada si de verdad le iba a contar lo nuestro a Marta me ha sorprendido. Sé que no puede ser y que me engaño pero, durante un segundo, me ha parecido que estaba... no sabría cómo decirlo, ¿preocupada? Desde luego, me halaga que sienta que nuestros encuentros furtivos no vayan a repetirse más. Yo misma tengo que admitir que

una parte de mí se ha quedado en la habitación 217 del Hotel Diluvio, pero tengo más claro que nunca lo que debo hacer. Amo a Marta por encima de todo y, por mucho que Jara consiga encender zonas de mí que ya empezaba a creer adormecidas para siempre, mi sitio está junto a la mujer con la que tengo un compromiso que va mucho más allá de lo legal.

Sin embargo, cuando llego a casa y la encuentro esperándome, las fuerzas parecen abandonarme y todo lo que llevaba preparado para decirle se estrangula en mi garganta. Marta está preciosa, con ese pijama que deja adivinar sus dulces formas de mujer y esa mirada huidiza que tiene cuando algo le preocupa. Sin duda, ha habido problemas con el tema de la adopción, y tal vez lo mejor sea ocuparnos primero de eso y dejar para más adelante lo de Jara. Los problemas son más fácilmente solucionables si se encaran de uno en uno, me digo para justificar mi cobardía.

—¿Algo va mal con la chica de asuntos sociales?

—No... todavía no he llamado.

Esto sí que es una sorpresa. ¿Hace tres días que le dije que podíamos seguir adelante y todavía no ha llamado? Ahora que lo pienso, Marta está un poco ausente últimamente. Quiero decir que sigue siendo la misma chica dulce y cariñosa de siempre pero, a veces, la descubro mirando al vacío y sin atender a esos absurdos programas de televisión que tanto le gustan, o tengo que repetirle dos o tres veces lo que me ha sucedido en el trabajo porque no se ha enterado de nada de lo que le he contado. Supongo que yo misma he estado tan distraída que no me he dado cuenta de algo que en otras circunstancias no habría podido pasarme desapercibido.

—¿Algo va mal?

—No... claro que no. Y tú, ¿qué tal anoche en el trabajo? Estarás agotada, ¿no quieres darte una ducha?

Me he metido en el cuarto de baño solo para no tener que encarar la conversación que sin duda debemos tener. Mientras me ducho por segunda vez en menos de dos horas, se me ocurre que la sonrisa de Marta es diferente esta mañana. Tal vez se deba a mi propio estado de ánimo, pero juraría que no es tan franca como en ella es habitual. ¿Sospechará algo? Nunca se me había ocurrido esta posibilidad, ella es tan sincera siempre y confía tanto en mí que hasta ahora no había temido que eso pudiera suceder. De pronto estoy muy nerviosa, ¿y si lo ha descubierto? Mis dos primeros encuentros con Jara tuvieron lugar en casa, ¿habré dejado alguna huella de mi infidelidad?

No, no puede ser, trato de tranquilizarme. Repasé una y mil veces el “escenario del crimen” como corresponde a una buena abogada, es imposible que Marta sepa lo mío con Jara. Pero, yo misma estaba dispuesta a contárselo hace cinco minutos, ¡tengo que ser más coherente!

No sé cuánto tiempo llevo ya bajo el chorro de agua caliente, tengo que salir o mi mujer va a preocuparse. Mientras me seco con la toalla, recuerdo lo sucedido con la odiosa asistenta. ¿Qué sucedería si ahora saliera desnuda y le propusiera a Marta que se pusiera su mejor vestido y comiera conmigo de ese modo? Se reiría, me diría que soy una loca y se me ocurren cosas muy extrañas y echaría por tierra en gran parte el morbo de la situación. En seguida me llenaría de besos llenos de ternura y acabaríamos las dos masturbándonos mutuamente de modo muy agradable pero también un poco insípido. Por supuesto, ni hablar de experimentar el sexo anal, ¿qué sentido puede tener?, ¿a quién puede gustarle eso?

No puedo reprimir un sentimiento de amargura al pensar en ello. A mí, Marta, a mí me interesa besar todo tu cuerpo y poseerlo por completo, y el secreto que celosamente guardas entre tus carnosas nalgas no es una excepción y no entiendo por qué no podemos, al menos una vez...

—¿Estás bien cariño?

—Sí, ya salgo.

Como imaginaba, Marta se ha preocupado por lo mucho que tardo en la ducha.

\*\*\*

Sentadas en la mesa de la cocina, es mucho más sencillo fingir que todo está bien y jugar al matrimonio feliz, pero cuando terminamos de comer no puedo soportar más la tensión que me corroe por dentro. Es evidente que Marta oculta algo y, aunque tengo un pánico atroz a que haya descubierto mi secreto, cualquier cosa es mejor que esta incertidumbre que apenas me deja respirar. Estoy harta de frases hechas y conversaciones para evitar el silencio que entre nosotras no tienen ningún sentido. Si aún tenemos una posibilidad juntas, y yo estoy convencida de que sí, no podemos ser como tantas y tantas parejas que languidecen por no atreverse a coger el toro por los cuernos.

—Ayer dijiste que tenías algo que contarme —digo al tiempo que apago el televisor.

Marta se ha puesto tensa como un arco a punto de ser disparado. Entonces, es verdad, ¡lo sabe! De otro modo, no puedo explicarme su evidente nerviosismo, que a duras penas trata de ocultar.

—¿Ayer? Ah, sí... Se trata de Cristina...

—Hace siglos que no sé nada de ella, no me digas que está embarazada otra vez.

—¡Eso, eso es! Está embarazada.

—Supongo que estará contentísima.

Algo no va bien, hay algo que preocupa a Marta y no quiere contarme. Tal vez sería mejor dejarlo correr, pero no es mi estilo, y no quiero convertirme en una cobarde a estas alturas de mi vida, justo cuando más necesito ser todo lo

que siempre he querido ser.

—¿Por qué no has llamado a la agencia? ¿Es que ya no quieres adoptar?

Marta se pone pálida, y eso hace que me asuste. ¿Estará enferma? No, ella no sería capaz de ocultarme una cosa así. Entonces, ¿qué es lo que le pasa, por dios?

—Verás, yo... estoy un poco confusa. Ya sabes, mis estudios, y todo eso...

¿Solo se trata de eso? Siento tal alivio al saber que no sospecha nada de lo mío con Jara que, sin poderlo evitar, me levanto de mi sitio y me arrodillo junto a su silla al tiempo que la rodeo con mis brazos.

—Vamos, no seas tonta. Tú tenías razón, primero seremos madres y, luego...

—¡Eres tan... y yo soy tan...!

No puedo creerlo. Marta se ha levantado y me ha dejado plantada, de rodillas en el suelo mientras da rápidos y bruscos paseos por la cocina. Entonces, lo sabe, ¡lo sabe! No puedo articular palabra, estoy aterrada, debería haber sido yo la que confesara, al menos le debo la sinceridad que siempre le prometí.

—Escucha Marta, yo...

—Se trata de Jara. Creo que... no te enfades por favor, no ha pasado nada.

Si me meten en una fiesta sorpresa con doscientas personas no podría estar más alucinada. Solo su propia excitación impide que Marta se dé cuenta de lo paralizada que estoy. Incapaz de mover un músculo, escucho sus palabras sin poder alejar de mí la sensación de estar viviendo un sueño ridículo.

—Te juro que no ha pasado nada —continúa mi mujer, empezando a llorar—. Creo que... creo que le gusto, y yo... ¡estoy decidida a no volver a verla, por favor no te enfades!

¿Se ha vuelto loco el mundo? Me siento vacía, es como si alguien me hubiera

arrancado las entrañas y después las hubiera arrojado a un cubo de basura. Sin darse cuenta de la realidad, Marta me explica que la astuta asistencia ha flirteado con ella y que, tal vez, solo tal vez, se sienta un poquito atraída por la joven, pero que desde luego nunca ha habido nada físico entre ellas y jamás lo habrá.

Estoy absolutamente segura de eso, conozco a Marta y no tengo ninguna duda sobre su sinceridad. Pero eso no me hace sentir mejor, porque ella no es como yo. Yo puedo acostarme con Jara mil veces y eso no pondrá en tanto riesgo nuestro matrimonio como lo pone una simple mirada de complicidad que mi mujer pueda tener con otra chica. Y sé por propia experiencia el poder de seducción que tiene Jara. Dios mío, es como estar en medio de un edificio de treinta plantas que se derrumba por un terremoto.

—Yo te quiero a ti —sigue Marta, incapaz de sospechar la verdadera magnitud del problema—. Te prometo que no...

He hecho un gesto para pedirle que no siga hablando. No sé si quiero venganza o simplemente soltar lo que me consume. Me acerco despacio hacia ella, que tiembla como un cervatillo asustado. Una lágrima resbala por su mejilla y sus ojos son una súplica de perdón. Cuando empiezo a hablar, siento una mezcla de satisfacción y repulsión por todo el asunto que no consigo entender:

—Yo llevo semanas acostándome con ella. Anoche te mentí, no tenía trabajo. He pasado la noche con Jara en un hotel.

Marta tarda unos segundos en asimilar la información. Las aletas de su nariz se dilatan buscando oxígeno, sus labios tiemblan, todo su cuerpo se estremece. Al menos, mientras todo esto sucede recuerdo cuánto amo a esta mujer y lo mucho que siento causarle dolor. Con toda la ternura de la que soy capaz, acaricio su brazo con la palma de mi mano.

¡Plass!! La bofetada que me ha dado no duele tanto como la certidumbre de

que nuestro matrimonio está seriamente amenazado. Lo primero que veo cuando me repongo del golpe es a mi mujer forcejeando para rescatar su maleta del fondo del armario.

# LA INUNDACIÓN

## Jara

Es una verdadera sorpresa que, el viernes, sea Candela y no Marta la que me abre la puerta. Antes de que pueda decir nada, me hace un gesto para que la siga y me invita a sentarme frente a ella en el salón, en el mismo sitio donde me senté la primera vez que entré en esta casa y cuando todavía no podía sospechar que mi trabajo se iba a transformar en un tobogán de emociones.

—Marta se ha ido —es lo único que me dice después de casi un minuto de mirarnos en silencio como si fuéramos dos asesinas a sueldo dispuestas a eliminarnos mutuamente.

—Entonces, ¿se lo has contado?

El gesto de Candela es de tal fiereza que impresiona. Nunca me había parecido más atractiva.

—No fue exactamente como tú crees. Fue ella la que me dijo primero que... entre vosotras había algo.

Esto sí que no lo esperaba. Candela oculta su infidelidad y Marta confiesa... ¿qué? ¿Que flirteamos? Sabía que era una muchacha inocente, pero no hasta ese punto. No pensé que le contara lo nuestro antes incluso de que hubiera un “lo nuestro”.

—Entre nosotras nunca ha habido nada.

—Hija de puta.

—Vamos Candela, no me...

—Querías hacer doblete y follarte a las dos a la vez. Pues te vas a quedar con las ganas, Marta es muy distinta y tú nunca podrás tenerla.

¿Siento celos al notar lo mucho que Candela quiere a su pareja? De cualquier



modo, su doble moral es, cuando menos, sorprendente, sobre todo tratándose de una mujer tan liberal como ella.

—De modo que si me acuesto contigo todo va bien —me defiendo—, pero si trato de hacerlo con tu mujer soy una hija de puta.

—¿Creías que iba a felicitarte?

—Joder Candela, yo... No espero que me creas, pero nunca ha sido mi intención haceros daño.

Su sonrisa sarcástica se me antoja, pese a todo, extrañamente seductora. No consigo entender por qué pero, incluso hoy, tengo la impresión de que Candela y yo solo podemos terminar de una manera cada uno de nuestros encuentros: desnudas y deliciosamente enredadas la una sobre la otra.

—¿Te gusta de verdad?

No estoy muy segura de cómo debo responder a esa pregunta, de modo que opto por ser completamente sincera:

—Me gusta mucho. Las dos me gustáis mucho, ¿soy una mala persona por eso?

Candela me mira en silencio durante largo rato. No sé si va a echarme a patadas o va a arrancarme la ropa, no sé si me aborrece o, de algún modo, se siente ocultamente halagada por el hecho de que su mujer me resulte tan atractiva y seductora como le resulta a ella. Es probable que ni ella misma sepa todavía cuáles son sus verdaderos sentimientos al respecto.

—Quítate los pantalones.

Ya está, va a volver a pasar. Es imposible que las dos estemos juntas sin que surjan chispas. No podía estar equivocada, sabía que nuestra increíble noche de hotel no iba a ser la última vez que la tuviera entre mis brazos, no después del modo en que ambas nos besamos después de irse la joven recepcionista. Por otra parte, su orden no me sorprende ni me incomoda lo más mínimo.

Simplemente, cuando estamos frente a frente es como estar sentadas encima de un barril lleno de pólvora, y la única incógnita es saber quién prenderá la mecha primero en cada ocasión. También sé que entre nosotras las cosas nunca serán sencillas, un día gana una, y al siguiente lo hace la otra. Hoy le toca a ella ordenar, hoy soy yo la que debe aceptar el rol sumiso. ¿Qué más da? Me siento igual de cómoda en ambos lados de la balanza.

Sentada en mi silla, me descalzo y me quito los pantalones. Candela me mira con una seriedad que asusta, se diría que va a devorarme y hacerme desaparecer por completo.

—¿Contenta?

—Las bragas.

Me encanta su tono autoritario. Es increíble lo fácilmente que se enerva mi cuerpo cuando la tengo cerca, y estoy segura de que ella, que en parte me odia, se queda sin defensas igual que yo ante la atmósfera que creamos incluso sin proponérselo.

Cuando cumplo su deseo, Candela me obliga a ponerme en pie y se queda mirando fijamente en dirección al triángulo de mi pubis. Me gusta que me mire ahí, me excita que se muestre fría y aparentemente distante.

—Ven.

Su voz es suave pero autoritaria, y cojo la mano que me tiende y la sigo sin saber lo que pretende hacer conmigo. En silencio, mi amante me lleva al despacho y me pide que me incline y apoye las manos sobre el escritorio donde guarda multitud de papeles.

—¿Vas a azotarme? —pregunto, sorprendida por lo sugerente que me resulta esa posibilidad.

—Quieta, no hables.

Candela ha abierto con rapidez un cajón y ha sacado algo que no he logrado ver, pero pronto descarto que su intención sea la de marcar mi retaguardia en justo castigo por mis malas artes. Enseguida noto sus manos en las nalgas, sus dedos colándose sin pedir permiso entre mis glúteos, adentrándose hasta encontrar el pequeño orificio.

—Quieta —susurra en mi oído—. Voy a joderte por detrás.

Sus palabras me producen tal excitación que tengo que agarrarme con fuerza a la mesa. Descalza e inclinada sobre el escritorio mientras ella se yergue a mi lado, Cande es tan alta como yo y, con las piernas separadas como ella me indica, el acceso le es razonablemente sencillo. Es ahora cuando comprendo lo que ha sacado del cajón: la facilidad con la que la falange de uno de sus dedos se cuela en mi recto es pasmosa.

No he podido evitar cimbrear como una culebra, pero no porque me sienta molesta. Lo cierto es que estoy dispuesta a probar junto a Candela lo que nunca he probado antes, y eso a pesar de que, lejos de consultármelo, prácticamente me lo ha impuesto. No entiendo por qué, pero me fascina estar a su disposición y permitir que haga con mi cuerpo lo que se le antoje.

—Separa más las piernas... así, mejor.

Jamás pensé que un simple dedito de mujer insinuándose en mi recto pudiera alterarme tanto. Candela sale un momento, pero no me deja volver la cabeza para observar lo que hace. Supongo que ha vuelto a recurrir a la vaselina porque, cuando vuelve a atacarme, la noto un poquito más adentro, un poquito más clavada en mi interior.

Es delicioso. Si me pusieran delante un papel en el que pudiera aceptar ser su esclava para siempre, en este momento lo firmaría sin dudar. Creo que Candela ha enterrado por completo su dedo, y el suspiro de satisfacción que ha escapado de mis labios no hace sino darle el permiso para continuar que no

se ha molestado en pedir.

Durante unos segundos, Candela se queda inmóvil, como si hubiera tenido suficiente con este castigo. Pero pronto empieza a moverse dentro de mí, en círculos suaves y cortos que hacen que me cueste mantenerme quieta y que me obligan a aferrarme con más fuerza a los bordes del escritorio. Otra vez, el dedo se detiene, y yo aprovecho para recuperar el aliento.

Candela recuerda de súbito que tiene dos manos y, mientras permanece instalada en mi retaguardia, comienza a acariciar mi vello púbico despacio pero concienzudamente. Estoy tan excitada que mis piernas parecen negarse a sostenerme. La rodilla izquierda tiembla y amenaza con hacerme perder la estabilidad, mis nudillos se ponen blancos por la fuerza con la que me agarro al escritorio.

Es sublime la sensación de abandono que siento cuando Candela sale poco a poco de mi recto. Ha sido tan maravilloso como ver el arcoíris al final de una larga tormenta, aunque de pronto me siento desvalida sin su presencia ahí atrás. Afortunadamente, la noto entrar de nuevo, esta vez con mayor contundencia.

¿Cuántos de sus encantadores y finos deditos se están abriendo camino sin encontrar apenas resistencia? Me siento incapaz de responder porque, además, mientras vuelve a penetrarme sin clemencia, otro de sus sabios dedos ha encontrado mi clítoris y, con una delicadeza que me abrasa, ha empezado a masajearlo dulcemente.

No puedo más, estoy al borde del más salvaje orgasmo que haya tenido jamás. La noto en todas partes, me siento llena de Candela, y adoro que me maltrate, que disponga a su antojo de cada parte de mi cuerpo. Me duelen los brazos y tengo acalambradas las piernas; mi torso se inclina hasta casi tocar el escritorio, que tiembla por la fuerza que ejerzo sobre él.

Candela es concienzuda en su tarea. Sus dedos se mueven entre mis nalgas mientras castiga con ternura mi pequeño botoncito. Mis jadeos son ya fuertes gemidos de agonía, mi pecho sube y baja frenético tratando de mantener un ritmo acompasado de respiración. Me muerdo el labio inferior, me recuesto contra mi torturadora para no caer, me deshago entre sus manos sintiendo un espasmo que se expande desde mi cabello hasta las uñas de los pies.

El orgasmo me deja rendida, exhausta, indefensa. Pero tan delicioso como el éxtasis es la sorprendente sensación de placer que me produce sentir cómo Candela se retira poco a poco de mí. Es como dejarse llevar por una pendiente sabiendo que al final encontrarás un colchón de plumas, es como... No soy capaz de describirlo, es sencillamente algo que hay que probar por una misma. Solo diré que, si las torturas eran así durante la Inquisición, hubiera querido ser apresada por bruja una y mil veces.

\*\*\*

—¿Piensas volver a verla?

No esperaba esa pregunta de Candela. Por primera vez, la veo vulnerable, asustada. No sé cómo contestar, entre otras cosas porque en realidad no sé qué va a suceder a continuación, de modo que respondo con otra pregunta:

—¿Crees que os reconciliaréis?

Candela se remueve inquieta en la cama donde las dos permanecemos tumbadas.

—Necesito creer que sí pero, si hubieras visto su cara cuando confesé que...

—Que tú habías caído en la tentación que ella supo resistir —continúo, incorporándome y empezando a vestirme—. Me siento como la mala del cuento.

—Cariño, *eres* la mala del cuento.

Me ha llamado cariño, aunque sea irónicamente y, además, esta vez ha sonreído al atacarme. Es increíble lo que voy a decir, yo misma estoy sorprendida y no logro entenderlo pero, al mismo tiempo que me asusta, siento deseos de ser sincera y de quitarme por un momento la máscara de mujer fatal que tengo a sus ojos.

—Escucha Candela, yo... quería que supieras que... no eres un simple polvo.

Ya está, ya se lo he dicho. Es algo que me atormenta porque es totalmente inesperado, pero no puedo tenerlo callado por más tiempo: nunca antes había esperado el próximo encuentro con la ansiedad con la que aguardo volver a reunirme con ella, nunca he dedicado tanto tiempo a pensar en la otra persona cuando no estamos juntas.

—No me fastidies Jara —se levanta Candela bruscamente—. No compliques más las cosas, no digas tonterías.

¿Qué esperaba? ¿Que me dijera que está enamoradísima y que nunca había querido a Marta como me quiere a mí? Marta... la tercera en discordia, y a la que yo misma...

—No has contestado a mi pregunta —dice Candela, que al igual que yo ya está completamente vestida—. ¿Intentarás volver a verla?

—Y nosotras —contesto con rabia—, ¿seguiremos viéndonos? ¿Piensas de verdad que no vas a desear darme por culo nunca más?

Nuestras miradas echan fuego, nuestras manos se crispan como si estuviéramos a punto de emprenderla a golpes la una con la otra. Ante su silencio, no me queda más que terminar en tono seco y retador:

—Entonces, si tú y yo vamos a seguir con esto, me parece justo que también intente verla a ella.

Me he marchado sin fijar la hora ni el lugar del próximo encuentro pero, a

pesar de ello, no tengo la menor duda de que se producirá muy pronto.

\*\*\*

Empiezo a estar preocupada, son ya varios días y nunca me había pasado. Afortunadamente, mi curiosa relación a dos bandas me roba tanto tiempo que apenas puedo preocuparme por ello, ¡seguro que es una falsa alarma!

## Marta

Llevo tres días instalada en casa de Cristina. A pesar de lo mucho que ahora la odio, tengo que reconocer que Candela tenía razón al decirme una y otra vez que era un error por mi parte no tratar de garantizar mi autonomía económica. En efecto, apenas salí de casa con mi maleta en la mano y llena de ira, me di cuenta de que solo tenía dos opciones: mis padres y Cristina. Ya que ir a casa de los primeros implicaría dar demasiadas explicaciones embarazosas, me decidí por la segunda pero, a pesar de que mi vieja amiga me ha acogido con los brazos abiertos, soy consciente de que no puedo abusar mucho tiempo de su hospitalidad.

¿Cómo ha podido hacerme esto Candela? Yo he tenido en casa a Jara día tras día, a veces medio desnuda, siempre charlando y coqueteando conmigo. He ido con ella de compras, me ha curado la herida de un dedo con una provocativa mirada de sensualidad y he resistido, me ha dicho que soy una de las personas más importantes de su vida y tampoco eso me ha hecho caer. En cambio, Cande, ¿cuántas veces la ha visto? ¿Dos, tres?

Es algo que me quita el sueño, ¿cómo ha podido suceder todo entre ellas tan deprisa? Pensar en Candela en un hotel junto a Jara mientras yo me devanaba los sesos para encontrar el mejor modo de confesar mi estúpido y adolescente enamoramiento es algo que me hace sentir como una estúpida. ¿Es que nunca aprenderé?

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que sin Candela me siento vacía, hueca por dentro. Es la mujer de mi vida, la persona con la que pensaba compartirlo todo, y no me parece posible tener nunca con nadie la complicidad que he tenido con ella. Si no puedo confiar en Cande, ¿en quién lo haré?

Es como si todo hubiera terminado para siempre, como si ya no hubiera solución posible para mí.



\*\*\*

—¿Te sientes mejor esta mañana?

Cristina ha regresado tras llevar a su hijo al colegio y me mira con gesto cariñoso. Su marido está en el trabajo, su vida es perfecta... si no la quisiera tanto la odiaría a ella también.

—Claro.

—Pues tienes un aspecto espantoso.

—Gracias, yo también te quiero.

Cristina prepara una cafetera, se sienta junto a mí y pone afectuosamente una mano sobre la mía.

—Vamos cariño, es Candela, seguro que todo se arreglará.

—Me ha sido infiel Cristina, ¿se ha acostado con otra!

—Con otra que a ti también te...

—¿De parte de quién estás?

Mi amiga aguanta pacientemente mi explosión de rabia. Sé que solo quiere lo mejor para mí, pero estoy tan dolida que, a veces, no me importa ser un poco injusta y hasta cruel con ella.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando. ¡Tu estúpido Rubén y tú, la parejita feliz!

Cristina no dice nada durante unos segundos. Luego, da un sorbo a su taza de café y me mira fijamente antes de contestar:

—Marta, las cosas no son blancas o negras. La vida tiene una infinita gama de grises. Si de verdad Candela y tú os queréis tanto como Rubén y yo, ninguna jovencita podrá separaros, por muy irresistible que sea. Lo que quiero decir es que... tal vez deberías preguntarte por qué ha sucedido todo esto.

—¿Estás diciendo que es culpa mía? ¿Que me lo merezco?

—Por dios Marta, a veces eres imposible. Solo digo que, antes de romperlo todo en mil pedazos, intentes comprender...

Comprender, comprender, ¿qué hay que comprender? ¿Que mi mujer ha aprovechado lo que yo no...?

Me he quedado fría al pensarlo porque, de algún modo, es como si por primera vez me diera cuenta de algo que he tratado de tener oculto y no reconocer: en realidad... siento tantos deseos como Candela de tener una aventura con Jara.

Por primera vez desde que salí de casa, siento que la angustia que me ahoga disminuye un poco. Una vez que lo he admitido abiertamente y sin ambages, me siento liberada. Es como si Candela me hubiera dado permiso para hacer lo que antes me parecía una traición; ya no tengo por qué luchar contra ello, ahora puedo hacer como mi mujer y tratar de disfrutar de lo que me ofrece la vida en cada momento.

Nerviosa, busco el número de Jara en mi lista de contactos. Veremos quién resulta más seductora para la dichosa asistenta.

## Jara

Ni en un millón de años hubiera imaginado que sería Marta la que se pusiera en contacto conmigo, y mucho menos que, en lugar de llenarme de reproches, me propusiera tomar un café.

Ahora estamos las dos en una mesita discreta, hablando poco, mirándonos a hurtadillas y tan nerviosas como si fuéramos dos adolescentes en su primera cita. Por mi parte, no sé muy bien qué debo hacer, no sé qué espera Marta y ni siquiera me he planteado cómo debo conducirme esta noche. Lo único que sé es que me apetecía verla y que me alegro mucho de volver a tenerla frente a mí.

Cuando las dos hemos agotado las frases hechas y los consabidos comentarios sobre el calor que hace todavía en Madrid, y tal vez porque me siento un poco culpable por el sufrimiento que sé que le he causado, soy yo la que toma la iniciativa:

—Tenía muchas ganas de verte.

—¿Para terminar el trabajo?

No deja de sorprenderme la ironía de Marta, no es lo que estoy acostumbrada a ver en ella.

—Supongo que me odias, lo entiendo.

—Nada de eso. No es de ti de quien esperaba fidelidad. No es contigo con quien tenía un pacto... no eres tú la que me ha defraudado.

Me gustaría que creyera que siento de verdad haberle causado dolor. Una cosa es que las desee tanto a ella como a su mujer y otra que no sea capaz de lamentar que las cosas se hayan puesto como se han puesto.

—Escucha Marta, yo...

—Jugabas a dos bandas. Coqueteabas conmigo y al mismo tiempo... Yo pensé que te gustaba.

—Y me gustas. Me gustas mucho.

Su gesto es desoladoramente melancólico, nunca me había parecido tan bonita como esta noche. Querría poder borrar todo su sufrimiento de un golpe, pero sé que eso es imposible.

—Nunca te mentí. Todas las cosas que te he dicho eran ciertas... siguen siendo ciertas.

Marta carraspea y se remueve inquieta en su silla. Al final, como haciendo un enorme esfuerzo, fija su mirada en mí. Tiene unas pestañas larguísimas y unos ojos francos y limpios que consiguen sacar lo mejor de mí misma.

—Quiero acostarme contigo —susurra al tiempo que se pone terriblemente colorada.

Desde luego, su fuerte no es la habilidad para el flirteo. Pese a ello, su aire frágil y quebradizo enerva cada fibra de mi ser, haciendo que vuelva esa conocida sensación de desear protegerla y cobijarla entre mis brazos. Jamás pensé que esta inocente muchacha pudiera impactarme tanto, hay algo en su personalidad desvalida que me conmueve mucho más de lo que soy capaz de comprender.

—¿No dices nada?

—Desde el primer día que te vi quise seducirte —contesto finalmente tras coger aire—. Tú me gustaste antes que Candela, mucho antes incluso de conocerla a ella. El problema es que...

—Continúa, ¿cuál es el problema? ¿Que soy muy sosa, que no hago cosas raras en la cama, que no...?

—Eh, eh, eh... tranquila... El problema es, simplemente, que no quiero que te

acuestes conmigo solo para vengarte de Cande.

La he llamado Cande, y sé que ha sido un error por mi parte. Pero ya es tarde para solucionarlo, lo único que puedo hacer es ser totalmente sincera. Estoy cansada de ser la chica siempre alegre y despreocupada, la alocada estudiante que se mete en la cama con cualquiera sin importarle el significado que eso pueda tener. Necesito sacar mi verdadero yo, ese que últimamente está hecho un lío y no sabe ni dónde tiene la cabeza.

—Me gustas mucho —repito, mirándola fijamente a los ojos—. Necesito saber que quieres estar conmigo por mí misma, no por despecho.

Marta aguanta mi mirada. En sus ojos leo franqueza, ternura y un cierto brillo que bien podría ser esperanza. Cuando entrelaza sus dedos con los míos por encima de la mesa, siento un calor reconfortante subiendo por todo mi cuerpo.

\*\*\*

Ha sido una suerte que, precisamente esta noche, mi compañera de piso esté fuera de la ciudad. Espero que Marta no se dé cuenta del desorden de mi cuarto, ¡ni por asomo limpio mi casa como la suya!

Entramos las dos en silencio y, al principio, creo que todo va a ser un desastre. La noto tensa, y no puedo dejar de temer que, en realidad, esté aquí solo para devolverle a Candela la moneda, que quiera pasar por este trámite sin desearlo siquiera.

Sin embargo, el primer beso es tan dulce que todos mis temores desaparecen en un instante. Su lengua se enreda en la mía con tal calidez, sus manos rodean mi cintura con tanta delicadeza... Es delicioso besar a Marta, es incluso mejor de lo que tantas veces había imaginado.

Invertimos mucho tiempo en ello. A veces, ella aprisiona mi labio inferior entre los suyos, y entonces tira con ternura de él, como si quisiera

arrancármelo y hacerlo suyo. Otras, su boca busca mi cuello, el lóbulo de mis orejas, mis ojos... Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de estos prolegómenos tiernos que me recuerdan mis primeros escarceos eróticos.

No puedo evitar sonreír ante el evidente pudor de Marta cuando empiezo a desnudarla. A través de las penumbras del cuarto, observo que tiene unos senos grandes y femeninos que caen de un modo maravilloso. Me encanta sopesarlos, alzarlos para luego dejarlos caer y hacer que tiemblen durante unos segundos eternos y perfectos.

Me deleito en deslizar la palma de la mano por la pronunciada curva de sus caderas, por sus nalgas amplias, redondas y orgullosamente alzadas. Mis manos las acarician una y otra vez, sin cansarse nunca y sin ninguna prisa por alcanzar el objetivo final. Marta cierra los ojos, se aprieta contra mí necesitada de cariño, me envuelve entre sus piernas rodeando mi cuerpo y enroscándose a mi alrededor.

Hacemos el amor con una suavidad y una ternura que jamás había experimentado. Nos preocupamos más por el placer de la otra que por el propio, nos miramos a los ojos durante todo el tiempo que permanecemos unidas. Cuando el orgasmo me sacude con violencia, los ojos de Marta me miran afectuosos, y yo me pregunto en silencio si es posible amar a dos personas a la vez.

Apostaría a que ella es perfectamente capaz.

\*\*\*

No puedo retrasarlo más, por mucho miedo que me dé tengo que salir de dudas. No tengo ni idea de qué haría, pero tampoco puedo seguir con esta incertidumbre. Desde luego, no es el momento oportuno para esto pero, ¿hay algún momento bueno para alguien como yo?

Joder.

## Candela

Hace casi dos semanas que Marta se marchó y, durante ese tiempo, no ha respondido a ninguna de mis llamadas. Por eso, cuando hoy me ha dicho que se pasaría para recoger unas cosas, he cancelado todos los asuntos pendientes en el bufete y me he quedado en casa a esperarla.

Lo cierto es que no sé muy bien cómo encarar el encuentro. Deseo que vuelva, que todo se arregle entre nosotras y podamos seguir adelante con nuestras vidas. Quiero a mi mujer y necesito recuperarla, estas dos semanas me han bastado para comprobar el hueco que ha dejado en mi vida. Me siento sola y perdida sin ella, echo de menos su eterna sonrisa cuando regreso, que escuche mis quejas en silencio, que me prepare cenas románticas por sorpresa... echo de menos su cuerpo suave y tibio por las noches.

Sin embargo... ayer mismo estuve con Jara. Ni yo misma lo entiendo, jamás me había pasado algo parecido, es como si hubiera una fuerza oculta que nos obligara a estar juntas sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Solo con pensar en ella se me eriza el vello de los antebrazos y me cuesta respirar, y cuando la veo mi pulso se acelera y mis piernas se vuelven de trapo. ¡Es desesperante!

Pero no puedo atender dos problemas a la vez. Marta debe estar a punto de llegar y yo quiero que sepa que mi puerta sigue abierta y que la añoro tanto que incluso he tenido que cambiarme al cuarto de invitados, porque me siento incapaz de conciliar el sueño en la enorme cama de matrimonio que ya parece tener marcada para siempre la silueta de su cuerpo.

\*\*\*

—Hola.

—Hola. Pensé que estarías en el trabajo.

—Quería verte.

Marta llega con gafas de sol y aire de pocos amigos. No consigo asimilar que ahora no puedo abrazarla, nunca habría creído posible que entre nosotras pudiera aparecer una grieta tan profunda. Pero ahí está, y su tono gélido me quita el aliento y me produce... sí, ganas de llorar, a mí, a la dura y siempre cerebral Candela.

—No te entretendré mucho, solo tengo que recoger algunas cosas que necesito. En silencio, aguardo sentada en el salón mientras la oigo ir de un cuarto a otro con aire precipitado. Está preciosa, con esos vaqueros ajustados que realzan sus generosos glúteos. Cuando vuelve aparecer, ya sin las gafas puestas, me culpo a mí misma por las ojeras que luce ese rostro que tanto amo.

—Creo que ya lo tengo todo.

—¿Podemos hablar un instante?

—No creo que haya mucho de lo que hablar.

No puedo soportarlo más, no entiendo cómo ella puede mantenerse tan fría, por mucho que yo haya hecho algo horrible.

—Joder Marta, he cometido un error, lo sé. Pero somos nosotras, no puede ser que...

—¿Qué quieres decir con eso de “somos nosotras”?

—Pues... que lo nuestro está por encima de...

—¿De infidelidades? ¿Quieres decir que nos queremos tanto que tengo que comprender que necesitabas echar una canita al aire y seguir como si tal cosa?

Al menos, está hablando conmigo. Estoy segura de que todo se arreglará si accede a escucharme. No me importa el tiempo que tenga que invertir ni el castigo que quiera imponerme, lo importante es hacer que todo vuelva a ser



como antes de conocer a Jara. Es curioso pero, lo que antes me parecía rutinario, ahora me parece algo tan valioso que mataría por tenerlo de nuevo.

—Perdóname Marta, haré lo que me pidas, pero vuelve a casa, por favor.

Me sorprende que no se derrumbe. Sigue de pie, seria y sin mover apenas un músculo. Es una Marta distinta, más dueña de la situación de lo que nunca habría imaginado.

—¿Y tú, podrías perdonarme a mí si hubiera sido al revés?

—Por supuesto, sabes que sí.

—Me alegra saberlo, porque Jara y yo tenemos planes para este fin de semana. Espero que no te importe.

Joder, ¿es una broma? Tiene que ser una broma. Ayer mismo estuve con Jara, y no me dijo nada de...

—Sé que ayer pasó la noche aquí —sigue esta Marta distinta que no acierto a reconocer—. Por lo visto, le gustamos las dos y no sabe por quién decidirse.

Es cierto, ¡es cierto! Lo leo en sus ojos e, incluso, ahora entiendo muchas de las miradas y silencios de Jara durante nuestro último encuentro. ¿Qué está pasando, cómo puede estar sucediendo esto? No acierto a saber cómo me siento, estoy celosa de Marta pero, ¿también de Jara? ¿Hasta qué punto es seria su relación? Conozco a mi mujer, ella no es capaz de separar el sexo del amor...

De pronto tengo un miedo tan grande que, cuando Marta empieza a andar en dirección a la puerta, salto tras ella y la cojo por el brazo con desesperación:

—Por favor, por favor, no te vayas así.

Marta se vuelve hacia mí sin decir nada. Veo en sus ojos el apunte de una lágrima, y eso me llena de una felicidad indescriptible. Otra vez es ella, la mujer tierna y cariñosa que siempre pone su hombro para que yo descanse, la

persona en la que me apoyo y que da sentido a mi vida, la esposa que, desde la sombra, sostiene todo mi mundo de aparente éxito.

—Te quiero...

Es todo lo que puedo decir antes de lanzarme sobre ella. Marta me recibe sin ofrecer resistencia, y yo beso su boca, su cuello, sus manos. Arrastrándola con la urgencia de una principiante, hago que se recueste en el sillón y abro su blusa, entierro mi cara entre sus pechos y aspiro su conocido perfume que me hace sentir de nuevo en casa.

Marta pone sus manos sobre mi nuca y acaricia mis cabellos, y el simple contacto de esos dedos sana durante unos segundos todas mis heridas. Necesito besarla, recorrer con la lengua cada centímetro de su piel, conseguir que vuelva a estremecerse junto a mí como el primer día que estuvimos juntas.

Es como descubrir un cuerpo nuevo. Cada vez que pienso que Jara ha estado aquí, que no soy la última que ha besado esta piel, me parece que están desgajando la parte más importante de mi ser.

Tengo a Marta medio desnuda debajo de mí. Su blusa está abierta y su sostén parcialmente desabrochado, tiene los pantalones en los tobillos y he arrancado literalmente sus braguitas. Creo que nunca la he deseado como la deseo ahora, creo que nunca he necesitado como en este momento sumergirme en su intimidad y fundirme con ella.

Marta exhala un suave gemido cuando mi boca aprisiona su deliciosa vulva. Experimento un placer indescriptible al besar despacio su entrepierna, al explorar la encantadora cavidad como si fuera la primera vez que la visito. Recorro cada milímetro, me deleito en el sabor de cada recoveco, me fundo con ella en un beso que desearía eterno.

Siento cómo su vagina palpita viva dentro de mi boca, noto la humedad que se desborda descontrolada de su interior, me vuelvo loca de alegría cuando

siento entre mis labios su orgasmo imponente y majestuoso. Es como un tiempo muerto durante el cual el universo vuelve a tener sentido. Marta es mi chica y yo la suya, estamos destinadas a estar juntas.

Por eso, porque no quiero volver al mundo real con sus problemas, sigo besando su sexo mucho tiempo después de que el éxtasis haya pasado.

## Marta

Me ha bastado oír su voz para constatar lo que ya sabía: la quiero como el primer día de nuestra vida juntas y siempre la querré. Es imposible que eso cambie, por mucho que ella pueda dañarme y por muchas Jaras que puedan interponerse entre nosotras. Me ha costado un mundo mantenerme digna, estoy segura de que me ha afectado incluso más que a ella revelar mi infidelidad, he sentido su gesto de dolor como una puñalada que me clavaran a mí misma.

Después de dos semanas separadas, estar de nuevo desnudas y abrazadas es para mí tan maravilloso que, durante mucho rato, no me atrevo a mover un músculo ni a decir nada que pueda estropear el frágil puente que estamos intentado reconstruir entre ambas. Pero, en el fondo, sé que esta calma es solo pasajera y no puede durar. Por eso, cuando oigo las palabras de Candela, intento concentrarme en no dejarme llevar por el pesimismo y el temor a una nueva ruptura.

—No quiero que vuelvas a verla.

No pensé que fuera a pedirme eso jamás. Quiero decir que, de algún modo, me parece un síntoma de debilidad que me sorprende en ella. Por otra parte, no deja de ser curioso que me pida eso, teniendo en cuenta que ayer mismo estuvieron las dos juntas.

—Hagamos un pacto —añade como adivinando mis pensamientos—. Se acabó Jara para las dos... para siempre.

No sé muy bien cómo me siento. Noto una felicidad indescriptible por tener otra vez a Cande a mi lado pero, por debajo... De cualquier modo, solo puedo responder de una forma a su propuesta:

—Trato hecho, mañana quedaré con ella y le dejaré claro que...

—No, no me has entendido. No tenemos que arriesgarnos a verla ni hablar con

ella nunca más. Ninguna de las dos.

—Pero yo no puedo hacer eso, no puedo desaparecer sin explicaciones.

Mi mujer se sienta a mi lado, rígida como si acabara de sufrir un ataque. Sus hermosos ojos color de miel parecen asustados, su cuerpo entero refleja la tensión que está viviendo.

—¿La quieres?

¿Por qué ha tenido que preguntarlo? ¿Por qué siempre tiene que indagar y escarbar en los problemas? Estamos otra vez juntas, ¿no podía quedarse con eso?

—No lo sé.

—Joder Marta, ¿te has enamorado de ella?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Estoy aquí contigo, no deberías...

—¿Cómo has podido permitir que pasara? ¿Cómo has podido dejarla entrar así en tu vida?

No puedo creerlo, ¿de verdad va a reprocharme mi forma de proceder?

—Y tú —contraataco llena de rabia—, ¿cómo has podido caer de esa manera? ¿Te la follaste la primera vez que la viste? ¿O fue la segunda? Sabes que yo nunca habría dado el paso de no ser por tu culpa.

—Lo mío fue solo sexo, ya te he pedido perdón.

Hay algo que no me cuadra. Podría entender los reproches de Candela en otras circunstancias pero, aunque quizá ella no se dé cuenta todavía, sospecho que nuestro problema con Jara es mucho más profundo de lo que las dos estamos dispuestas a reconocer.

—Así que solo fue sexo.

—Por supuesto que sí.

—En todo caso, deberíamos decir que *es* solo sexo. No hables de ello en pasado.

Candela acusa el golpe, pero enseguida me recuerda que, hace solo un segundo, ella misma ha propuesto que ninguna vuelva a tener jamás contacto alguno con Jara.

Estoy desolada, hubiera preferido mil veces pasar la tarde en silencio, simplemente abrazadas y sintiendo su breve peso apoyado sobre mi hombro. Pero ahora ya no puedo callar, ahora necesito poner el dedo sobre la llaga y llegar al fondo del asunto:

—Aclárame una cosa. Si lo tuyo con Jara es solo sexo... ¿cómo es posible entonces que hayas seguido viéndola durante estos días? ¿No pone eso en serio peligro lo nuestro? ¿Cómo debo entender que no hayas sido capaz de cortar con ella antes de reconciliarte conmigo?

Nunca había visto a Candela tan sobrepasada. Ella es la abogada, la que siempre tiene una frase para arreglar los malentendidos, la que sabe salir airoso de cualquier apuro. Ahora, sin embargo, ha enmudecido, y al hacerlo ha confirmado la horrible sospecha que lleva días torturándome: mi mujer también siente algo por Jara, su relación no se limita a un par de encuentros meramente físicos y sin afecto alguno.

¿Cómo vamos a solucionar esto? ¿Cómo vamos a conseguir confiar de nuevo la una en la otra? ¿Podré creerla la próxima vez que me diga que tiene que viajar por motivos de trabajo? ¿Estaré tranquila pensando que, mientras yo la aguardo en casa, tal vez ella esté con Jara en algún romántico hotelito extranjero? Y, en cuanto a mí, ¿seré capaz de sacar de mi vida para siempre a la joven que ha sabido devolverme toda la confianza en mí misma que había perdido?

Amo a Candela con locura, pero llevo también en la sangre la sonrisa de Jara,

su alegría contagiosa y su forma desenfadada de ver el mundo. Me fascina la inteligencia de mi mujer y me encanta escucharla orgullosa cuando defiende con pasión una causa justa, pero también adoro las risas tontas junto Jara cuando nos pisamos en el probador de una tienda...

Con una tristeza infinita, me visto y recojo la maleta que he llenado con las cosas que había dejado olvidadas. Esta noche, tendré que abusar de nuevo de la hospitalidad de Cristina.

## Jara

Candela da vueltas y vueltas por el salón mientras yo, sentada e inmóvil, aguardo a que empiece la dura conversación que sin duda tenemos por delante. Es curioso, siempre me he considerado una persona especialmente intuitiva, sobre todo en lo que a temas sentimentales se refiere. Sin embargo, confieso que en esta ocasión estoy completamente sobrepasada: no tengo ni la menor idea de cómo va a terminar este embrollo.

Por otra parte, es extraño también que, pese a haberme salido con la mía, no me sienta de ningún modo triunfadora. Sí, me acuesto con las dos como quería, supongo que debería estar satisfecha. Entonces, ¿por qué tengo este continuo runrún en el estómago y esta sensación de desastre inminente? ¿Se debe tan solo a...?

—De modo que vais a pasar el fin de semana juntas —dice Candela mientras por fin se sienta frente a mí.

—Pensaba decírtelo yo, pero Marta me pidió que no lo hiciese. Quería ser franca contigo y contártelo ella misma.

—Justo lo que yo no he sido con ella. ¿Soy la mala en esta historia?

Es curioso que siempre queramos culparnos por cosas que, muchas veces, suceden sin que podamos hacer nada por evitarlo. Sinceramente, yo no creo que haya ningún responsable en todo esto. ¿Soy culpable yo de que ambas mujeres me parezcan igualmente deseables? ¿Es culpable Marta por sentirse sola y buscar un poco de comprensión? ¿Merece un castigo Candela por querer vivir su sexualidad con más intensidad de la que su matrimonio le ofrece?

—No te castigues —trato de consolarla—, es imposible contener la inundación con un vaso de papel.



Candela me mira con una expresión que contiene infinidad de emociones concentradas: deseo, rabia, ¿odio?

—Ahora resulta que también eres poeta.

—No te enfades conmigo, no eres la única que sufre en todo esto.

—¡Perdona que me altere! —explota volviéndose a poner en pie—. ¿Estás sufriendo tú también? Pobrecita, explícame exactamente cuándo sufres tú, ¿cuando te corres conmigo o cuando te follas a mi mujer?

Desde luego, no soy nada intuitiva. Si alguien me hubiera preguntado quién de las dos habría perdido los papeles al conocer la verdad, nunca habría apostado por Candela. Supongo que, dados mis estudios, ya debería saber que el ser humano es un animal fundamentalmente contradictorio. De cualquier modo, sus palabras me escuecen, porque yo también lo estoy pasando mal, y especialmente en mis circunstancias empieza a cansarme el papel de seductora sin sentimientos que todos quieren atribuirme.

—No, me encanta correrme contigo y joder con tu mujer —contesto con ira a duras penas contenida—, no sufro nada en esos momentos. Solo sufro cuando pienso que es posible que os reconciliéis, y cuando noto...

—¿Qué? Joder, ¿qué?

—Cuando noto que te pones celosa por Marta... pero no por mí. ¿No te preocupa al menos un poquito lo que yo pueda sentir por ella?

Nos hemos mirado fijamente en silencio durante mucho tiempo cuando he dicho esto. No entiendo lo que pasa entre Cande y yo. Es como si fuéramos dos imanes que se atraen sin importar lo que se interponga en su camino. De pronto estamos las dos forcejeando, su cuerpo sobre el mío, mi boca sobre la suya. No somos capaces de discutir sin terminar enlazadas, es como si todas nuestras peleas tuvieran que terminar en un orgasmo terrible que, más que

reconciliarnos, solo sirve para dejarnos con ganas de más.

Cuando de nuevo tengo ante mí su sexo escrupulosamente depilado, Marta desaparece por completo de mis pensamientos durante veinte maravillosos minutos.

\*\*\*

—¿Dónde vas a llevarla?

—Vamos Cande, no te tortures.

—Joder, dímelo. Marta no tiene dinero y tú tampoco, ¿dónde vais a ir?

—¿Tienes idea de lo ofensiva que resultas a veces?

Las dos nos enfurruñamos y permanecemos en silencio unos minutos. Luego, como sé que está sufriendo, la perdono y contesto a su pregunta:

—Una amiga me ha dejado un pequeño chalet en la sierra. Iremos con el coche de Cristina, la amiga de tu mujer.

Candela recibe la información con gesto sombrío, creo que todavía no acaba de asumir que Marta, su dulce Marta, es capaz también de tener deseos y planes que no la incluyen.

—¿Serviría de algo que te pidiera que lo cancelaras?

Esto es una locura, lo sé, pero ya está más allá de mi voluntad poder ponerle fin.

—Si lo hiciera, ¿tú y yo seguiríamos viéndonos?

Candela suspira, se encoge de hombros y desvía la mirada antes de contestar.

—Supongo que no.

Esto es lo que tanto temo. Que las dos retomen su relación borrándome del mapa y luchando unidas contra mí. Lo que empezó siendo un divertido juego de seducción se ha convertido en algo importante y, aunque me sorprende cada

día al comprobarlo, no puedo negar lo evidente: por primera vez en mi vida, me aterra la posibilidad de perder la partida y quedarme sola.

—¿Y si te dijera que no pienso renunciar a ninguna? Quiero seguir viéndoos a las dos.

—¿Qué? Eso es imposible. ¿Crees que las dos vamos a seguir contigo sabiendo que al día siguiente vas a estar con la otra?

—Bueno, ayer tú estuviste con Marta. ¿Por qué estás tan segura de que eso no me pone también a mí un poquito celosa?

Candela me mira como si no pudiera creer lo que oye. Yo misma, al escucharme, comprendo que todo es un absurdo sin sentido. Pero no puedo echarme a un lado sin más, no estoy dispuesta a ser la pieza sacrificada en esta complicada partida de ajedrez. No si puedo evitarlo.

—Entonces —pregunta Cande—, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé —confieso—. No tengo ni la menor idea.

Lo único que sé es que no seré yo la que cancele los planes para el fin de semana que con tanta ilusión he preparado.

\*\*\*

¿Qué demonios estoy haciendo? ¿No debería olvidarme de todo y empezar a preocuparme más por mi verdadero problema? Me estoy comportando como una cobarde, estoy metiendo la cabeza en el agujero y retrasando todo lo posible el momento de tomar decisiones.

Soy plenamente consciente de ello pero, al mismo tiempo, me doy perfecta cuenta de que ya es tarde. Necesito llegar hasta el final con Cande y con Marta, aunque no tenga ni idea de lo que pueda pasar.

## Candela

No me reconozco a mí misma. Soy incapaz de pensar con claridad, no me atrevo a tomar ninguna decisión y no comprendo lo que está ocurriendo. ¿Estoy perdiendo a Marta? ¡Se trata de Marta! Hemos compartido tanto y pasado tanto juntas... Por otra parte, ¿me dolería renunciar a Jara? Lo mío con ella es solo sexo, una simple pasión pasajera muy gratificante, pero sin ningún futuro. ¿Es verdad esto? ¿Fueron sinceras las palabras de la joven durante nuestro último encuentro? Es como si Jara estuviera enganchada a mí, pero al mismo tiempo se marcha con Marta, y mi mujer nunca haría algo así si no hubiera un componente sentimental importante. ¡No puedo más!

Ni siquiera Ruth puede ayudarme esta vez. Mi vieja compañera de aventuras me mira anonadada e incapaz de creer lo que escucha.

—¿La asistenta hace doblete con Marta y contigo? Joder, ¿podrías presentarme a esa fiera?

—Vete a la mierda Ruth.

—Tranquila chica, no te enfades también conmigo. Así que Marta... ¿estás segura de que no es un farol?

—Completamente segura.

—Vaya con la mosquita muerta.

Esta tarde, no he acudido a Ruth para pedir un consejo. Simplemente, necesitaba contar a alguien lo que ocurre para poder creer que es cierto. Sigo amando a mi mujer pero, tal vez, también quiera un poco a Jara. Por su parte, es evidente que Marta no me ha olvidado, lo cual no impide que sienta un afecto profundo por la intrusa. Por último, la propia Jara parece indecisa e, incluso, asustada ante la posibilidad de que las dos decidamos que nuestro matrimonio es mucho más importante que cualquier aventura. ¿Cómo demonios

se puede dar un consejo coherente sobre este asunto?

Sin embargo, cuando Ruth escucha lo que me propongo hacer este fin de semana, sus palabras no pueden ser más elocuentes.

—¿Te has vuelto loca? No puedes hacer eso.

—Pues voy a hacerlo, está decidido.

—Joder Candela, no eres tú misma. Es... patético, ¿no te das cuenta?

Sí, me doy perfecta cuenta. Quizá que me he convertido en una persona patética, celosa y controladora, pero es superior a mis fuerzas y voy a hacerlo.

Necesito que este fin de semana todo se aclare definitivamente entre nosotras... entre nosotras tres, quiero decir.

## Marta

El chalet donde me ha traído Jara está a menos de una hora de Madrid y, a pesar de la incómoda sensación de estar cometiendo un error que no puedo apartar de mí, tengo que reconocer que resulta el lugar perfecto para una escapada romántica. Piscina, chimenea y, de fondo, un frondoso bosque por el que dar largos paseos cuando el calor deje de apretar.

¿Qué estoy haciendo aquí exactamente? ¿A dónde creo que me lleva esto? Quizá sería más honesto preguntar a *dónde deseo* que me lleve. ¿Tiene remedio lo mío con Cande, o quiero terminar con ella? ¿Es Jara la persona que puede ocupar su lugar? Estoy confundida; tan pronto razono que Candela es mi mujer, que comparto con ella mi vida desde hace un mundo y que Jara es solo una aventura, como cambio de opinión y me doy cuenta de que tal vez tenga muchas más cosas en común con la joven que ha aparecido de forma tan repentina junto a mí.

—¿Va todo bien?

Jara me observa atentamente, preocupada quizá por mi aire distraído. No sé cómo está viviendo ella esta difícil situación. ¿Sólo quiere divertirse con nosotras? Es fácil pensar que sí, pero hay algo en su forma de mirarme, en su manera de conducirse conmigo y hablar de Cande que... No podría asegurarlo, pero mi intuición me dice que tampoco Jara está muy segura del terreno que pisa.

—¿Te apetece que nos demos un baño en la piscina?

—¿A estas horas?

—Es la mejor, ¿nunca te has bañado de noche?

Como he tenido que esperar para que Cristina nos prestara su coche, hemos llegado ya casi anocheciendo. De cualquier modo, su propuesta suena bien.

Jara acaba de enseñarme el que va a ser nuestro cuarto, pero ha sido lo suficientemente delicada como para adivinar que yo necesito un poco de romanticismo antes de entregarme al sexo. Un agradable baño a la luz de las estrellas y una cena íntima en el borde de la piscina son para mí pasos necesarios para que de verdad me sienta preparada... si bien nuestro primer encuentro no fue ni mucho menos de ese estilo.

Imagino que era como una asignatura pendiente para mí, y que por eso me lancé en sus brazos sin pensar, porque de otro modo jamás me habría atrevido a dar el paso. Pero no, no es solo por despecho por lo que acabé sucumbiendo. Es cierto que Cande me dio el último empujón sin saberlo, pero también es verdad que con Jara mis penas parecen más llevaderas, y que cuando estoy a su lado a veces me río con una espontaneidad que ya creía haber perdido.

—Estupendo —contesto mientras saco el bañador de mi maleta.

Jara me observa divertida, y al principio no entiendo muy bien a qué se debe su expresión socarrona.

—¿De verdad vas a necesitar eso?

Entiendo perfectamente su pregunta, estamos en una casa rodeada por altos muros de arizónicas y tenemos la piscina para nosotras solas. Sin embargo, no puedo evitar sentir pudor ante la idea de que me vea desnuda por primera vez. Quiero decir que, la única noche que pasamos juntas, las dos estábamos casi a oscuras y hechas un revoltijo de miembros entrelazados. Aunque pueda parecer extraño, me siento insegura ante la idea de que ahora pueda fijarse en mí detenidamente, aunque sea a la tenue luz de los dos farolillos que iluminan el exterior de la casa. Tal vez porque temo defraudarla, ¡su cuerpo tiene una perfección que desde luego el mío está lejos de alcanzar!

Estoy intentando encontrar una razón convincente para usar traje de baño cuando nos sorprende el sonido del timbre en la puerta del jardín.

—¿Quién puede ser a estas horas?

Es curioso, pero creo que las dos nos hemos asustado como si fuéramos criminales a punto de ser descubiertas por la policía.

—Alguien que se ha equivocado —sonríe Jara—. Olvídate.

Pero dos molestos timbrazos vuelven a sonar, esta vez de forma más insistente. Sin decir nada, salimos del dormitorio y nos encaminamos al jardín. Sea quien sea el intruso, parece decidido a no darse por vencido, a no ser que se haya dormido con el dedo puesto sobre el timbre. ¿No será peligroso abrir la puerta tan tarde a un desconocido? Después de todo, estamos en un lugar muy solitario, no sé dónde podrá estar el vecino más cercano.

Ajena a mis razonables temores, Jara suelta un exabrupto y se dirige a la entrada con paso resuelto y dispuesta a zanjar el asunto lo antes posible. Sin embargo, cuando abre la puerta, las dos nos quedamos paralizadas por la sorpresa.

—Hola.

De pie, con las manos en los bolsillos y con gesto serio, está Candela.

\*\*\*

—¿Puedo pasar?

—Pues... claro, pasa.

Jara se hace a un lado y Cande entra en silencio. No sé muy bien lo que siento al verla aparecer. Es obvio que siente celos por mí, y eso me gusta, pero también está claro que intenta arruinar mi aventura. Ojalá se hubiera preocupado tanto de nuestro matrimonio cuando era ella la que se metía en la cama de la joven asistente.

—¿Cómo nos has encontrado?



—Jara me dijo que estabais por aquí y conozco el coche de Cristina. Llevo media hora dando vueltas por la urbanización hasta que lo he encontrado.

—¿Tú le pediste que viniera? —me dirijo a Jara.

—No, yo solo...

—He venido por propia iniciativa. Solo pretendía aclarar las cosas entre nosotras, entre las tres. Si quieres, me voy...

Creo que nunca me había sentido tan triste. Que Candela pueda ser un estorbo es impensable, y pedirle que se marche me resultaría tan difícil como permitir que me arrancaran una pierna. Sin embargo, estoy muy dolida con ella, porque lleva tiempo acostándose con Jara sin decírmelo y porque... ¡si sabe dónde estamos es porque ayer mismo habló con ella!

Hace solo dos días, cuando volví a casa a por las cosas que necesitaba y Cande y yo terminamos firmando una pequeña tregua, mi mujer no sabía todavía nada de mi infidelidad. Si hoy ha aparecido aquí es porque habló después con Jara. Pensar que mantienen un contacto regular y frecuente desata una rabia incontrolable en mi interior. Me siento traicionada por las dos, tengo la horrible sensación de ser la que sobra, la que siempre se queda al margen.

—No hace falta que te vayas —contesto con justa indignación—. Soy yo la que se marcha.

—Chicas, por favor —interviene Jara—. Aquí no se marcha nadie, es tardísimo y estáis las dos muy nerviosas.

Candela y yo nos quedamos mirándola fijamente, y ella esboza una pequeña sonrisa, como si encontrara divertida esta surrealista situación, ¿no pretenderá que durmamos las tres bajo el mismo techo?

—La casa es enorme —añade entonces sin dejar de sonreír—. Lo mejor será descansar un poco y retomar esta conversación cuando estemos más calmadas.

¿Cómo se ha transformado un fin de semana que iba a ser especial en una incómoda reunión donde todas nos miramos de reojo? Mientras intento conciliar el sueño, sola en uno de los cuartos del piso superior, me contesto a mí misma que hay personas que no tienen suerte en el amor, y yo soy una de ellas.

De vez en cuando, me asomo al pasillo y me aseguro de que ni Candela ni Jara salgan de sus respectivas habitaciones.

## **Jara**

La situación es tan enrevesada que casi me cuesta contener mis deseos de echarme a reír. De cualquier modo, siempre es mejor eso que llorar, lo que desde luego sería otra opción verdaderamente razonable en este caso. Cuando echo la vista atrás me cuesta creer cuánto a cambiado mi vida en solo tres meses. He pasado de estar con David a acostarme con dos chicas, y eso sin contar con...

Menos mal que aún conservo mi buen humor. El día que se lo cuente a mis padres a lo mejor saltan por la ventana, porque una cosa es confesar ser homosexual, pero otra decir que tienes dos novias, que no sabes a quién de ellas quieres más y que, al mismo tiempo... esperas un hijo del ex por el que nunca sentiste afecto alguno.

Esto llega en un momento horrible para mí. Me queda algo más de un año de carrera y no tengo dinero, ¿cómo puedo siquiera plantearme seguir adelante? Por otra parte, siempre pensé que sería madre, pero que abortaría en caso de tener un accidente como el que ahora he tenido. ¿Por qué, entonces, voy retrasando siempre al día siguiente el momento de tomar una decisión?

Estoy realmente jodida. Para colmo, este fin de semana que se presentaba como un pequeño paréntesis antes de encarar los problemas, se ha torcido de forma inimaginable. Pensaba disfrutar de Marta y empezar a conocerla mejor cuando, de pronto, aparece Candela... No podía creerlo cuando abrí la puerta. La sería abogada, la mujer independiente y liberal, es la que se comporta como el típico marido celoso, aunque al menos no ha entrado armada con una pistola y tratando de eliminarnos a las dos.

Hay que reconocer que la cosa tiene su guasa. Cuando le cuente a Sara, la amiga que me ha dejado el chalet, que en lugar de follando he pasado la primera noche sola en el dormitorio principal mientras mis dos amantes se

enclaustraban a ambos lados del pasillo, se va a morir de la risa.

En fin, voy a preparar el desayuno. Espero que mis amigas se levanten de mejor talante y podamos hablar como adultas. ¿Quién sabe?, tal vez pueda salir algo positivo de todo esto.

Quizá pueda utilizar esta historia para escribir mi tesis doctoral de Psicología.

\*\*\*

—¿Has dormido bien?

Candela me mira con un gesto irónico que cuadra con su personalidad más que los celos que ha dejado traslucir durante los últimos días.

—Cojonudo —masculla entre dientes—. Esto hay que repetirlo.

Como no pensaba quedarse a dormir, lleva la misma ropa de ayer. Nunca la había visto tan alejada de su habitual aire altivo y seguro de sí, pero eso no hace que me parezca menos atractiva. Con la blusa arrugada, despeinada y con ojos de haber dormido poco, tiene un aspecto entre peligroso y malvado que me resulta especialmente seductor.

—He preparado tortitas y zumo de naranja.

Candela se me queda mirando fijamente antes de volver a hablar.

—Dime la verdad, ¿estás disfrutando con esto?

Antes de que pueda contestar, aparece Marta, recién duchada y con ropa limpia, pero a pesar de ello con un aspecto no mucho más descansado que el de su mujer. ¿Soy yo la que sobra aquí? Tal vez debería quitarme de en medio, pero algo me dice que es mi presencia lo único que impide que todo se desmorone sin remedio.

Las tres desayunamos en un silencio que tiene algo de siniestro. Marta apenas mordisquea sus tortitas, Cande come algo más... yo devoro mi plato,

¿empezaré a notar ya los primeros efectos de mi estado?

Solo después de mucho tiempo, la abogada respira hondo, carraspea un par de veces y, tratando de mostrarse racional, inicia la conversación:

—Espero que podamos solucionar esto como personas adultas.

—¿Ahora quieres soluciones? —salta Marta sin poder ocultar su irritación—. Cuando solo eras tú la que se acostaba con Jara no parecía que tuvieras tanta prisa por poner fin a la situación.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte perdón? Ya te he dicho que lo siento, no estoy orgullosa y...

—Tu doble moral es indignante.

—Joder Marta, no podemos seguir así, estamos metiéndonos en un callejón sin salida.

—¿Qué tal si yo sigo acostándome con las dos y vosotras quedáis como amigas?

He soltado lo primero que se me ha venido en la cabeza para intentar relajar la tensión, pero la mirada que he recibido por parte de ambas me hace darme cuenta de la estupidez que acabo de decir.

—¿Qué tal si me callo y dejo de decir bobadas?

Las dos se enfurruñan aún más y, durante unos segundos, creo que la conversación ha terminado, pero enseguida Candela vuelve a la carga, esta vez a la defensiva:

—No soy la única culpable de lo que ha pasado. Podrías preguntarte qué es lo que me llevó a...

—¿A follarte a la chica de la limpieza nada más verla? Claro, supongo que la culpa la tengo yo.

Ahora hablan como si yo no estuviera presente, ¿debería ofenderme que se refieran a mí como “la chica de la limpieza”?

—Joder Marta, me sentía ahogada, tú estabas presionándome todo el día con lo de la adopción.

—¡Tú me dijiste que también querías ser madre!

—Y no te mentí, pero no es el momento. Ahora necesito vivir... probar cosas nuevas.

Creo que estamos entrando en terreno peligroso. Como en un partido de tenis, observo en silencio mirando a un lado y otro alternativamente, y estoy casi segura de lo que va a venir a continuación:

—¿Probar cosas nuevas? ¿Por qué no pruebas con Jara el artilugio horroroso que compraste, ese en forma de pene?

Mal asunto, Candela se ha puesto colorada y, cuando Marta se da cuenta, todo su cuerpo empieza a temblar y puedo sentir cómo se acumula su rabia como el gas en una caldera a punto de estallar.

—Muy bien, ¡vete con ella! ¿Me oyes? ¡Olvídate de mí!

—No joder, mejor vete tú. ¿No me dijiste que te estabas enamorando?

¿Marta se está enamorando de mí? Pensar en ello me llenaría de felicidad de no ser porque, escuchándolas, me doy perfecta cuenta de lo mucho que se quieren. Esto es como unas prácticas para mi carrera, es como asistir a una sesión de terapia matrimonial, y lo único que estoy sacando en claro es que, por mucho que lo intentara, ni en un millón de años podría separar a la una de la otra.

Por unos momentos, pierdo el hilo de su discusión, un poco irritada por sus supuestos problemas, que no me parecen tan graves si los comparamos con mi propia situación. ¿Debería llamar a David? Estoy segura de que no querrá

involucrarse y, además, últimamente ni siquiera me resultaba soportable. Como un ruido de fondo, oigo sus continuos reproches como un complemento a mis funestos pensamientos. Tan pronto Marta le recrimina a Candela que se preocupe más de los derechos de mujeres desconocidas que de las necesidades de su propia esposa, como la abogada contraataca acusando a su pareja de ser odiosamente tradicional y burguesa.

—¿Queréis callaros de una puta vez?!

Yo misma me he quedado sorprendida por mi estallido. No es habitual en mí saltar de esta manera, pero supongo que la tensión que vivo últimamente tiene la culpa. Ahora, las dos me miran en silencio, como si se dieran cuenta de que no están solas y, además, tienen delante a la principal causante de su crisis.

—Dejaos ya de estúpidos reproches —digo, en voz ya más calmada—. Tú, Marta, necesitabas un poco de atención, y Candela solo quería una aventura, creo que las dos tenéis la misma parte de culpa de lo que ha pasado... pero es evidente que no vais a separaros: estáis asquerosamente enamoradas.

Las dos se quedan mudas al oír mis palabras, pero estoy segura de que algo se ha relajado en el ambiente. Los rostros que antes estaban crispados aparecen ahora menos tensos; Candela sonríe levemente, Marta desvía la mirada al suelo con timidez. ¿Debo irme y dejarlas solas para que sellen su reconciliación? Por un instante me parece la única opción razonable pero, en parte porque no es lo que deseo y en parte porque mi intuición me dice que esta historia aún no ha terminado, sigo hablando antes de que ninguna de las dos reaccione:

—Ahora, podemos seguir discutiendo quién se ha comportado peor y merece mayor castigo... o podemos intentar hablarlo como adultas mientras aprovechamos la piscina que me prestó mi amiga. No sé vosotras, pero yo necesito que me dé el aire... sois demasiado intensas para mí.

Marta no dice nada, se limita a observar obstinadamente sus sandalias rojas, a juego con las uñas de sus pies. Es Candela la que, en voz baja, contesta en dirección a su mujer:

—Por mi parte... me parece bien la idea de relajarnos todas un poco.

Marta encoge los hombros y esboza una sonrisa forzada que le hace parecer una niña que acaba de recibir una regañina. Supongo que es su forma de decir que está de acuerdo con mi idea.



## Marta

¿De verdad vamos a pasar la mañana juntas? Desde que apareció Candela todo me parece irreal y absurdo. No tiene sentido que hayamos pasado la noche en la misma casa, y menos aún lo tiene que, después de la discusión durante el desayuno, pretendamos “relajarnos en la piscina” como si todo fuera normal entre nosotras.

Sin embargo, tampoco yo me he opuesto a ello, y aquí estoy ahora, sacando de nuevo el bañador de mi maleta y poniéndomelo mientras le doy vueltas al asunto sin acertar a sacar nada en claro. ¿Me molesta la presencia de Cande? Una parte de mí dice que sí, porque estoy enfadada con ella y además me apetecía ser yo la que, por una vez, hiciera algo salvaje; pero hay otra parte que, de algún modo, se alegra de que haya venido. Lo que no sé es por qué sucede esto último, ¿es solo porque me gusta notar que me quiere y desea recuperarme, o hay algo más escondido detrás?

¡Este bañador me sienta fatal!, ¿por qué escogí tan mal? Sí, realza mis pechos y me los coloca estupendamente pero, ¿no me hace demasiada tripa? Además, hoy tengo mas celulitis que la última vez, estoy segura. No tendría que haber aceptado salir a la piscina a plena luz del día, y menos delante de estas dos odiosas mujeres que no tienen ni un gramo de grasa.

Para colmo, me asomo por la ventana y veo a Jara, que ha sido la primera en cambiarse. Como me temía, desde aquí arriba luce una figura espléndida con su pequeño y modernísimo bikini verde de flores. Durante unos segundos, la observo con más envidia que deseo: estoy segura de que ella no ha dudado ni un segundo al desvestirse, y me jugaría el cuello a que ni siquiera se ha mirado en el espejo antes de salir. En cambio yo, aquí estoy, ensayando cómo sentarme para que no se me note la celulitis y...

—¿Puedo pasar?

Candela ha tocado un par de veces en la puerta de mi cuarto y ha esperado a que yo abriera. ¡Mi mujer pidiendo permiso para entrar en mi habitación y esperándonos abajo una joven con la que las dos tenemos una aventura al unísono!, ¿no es como para volverse loca?

Tan extraño como que ella llame antes de entrar es que yo sienta pudor por mostrarme ante ella en bañador pero, por increíble que pueda parecer, esta mañana lo siento todo distinto y es casi como si, en cierto modo, Candela y yo fuéramos dos desconocidas. Por otra parte, cuando me explica su visita comprendo que no soy la única que está alterada por esta surrealista reunión a tres bandas.

—Verás, es que no pensaba quedarme a dormir y no he traído más que lo puesto.

Al principio no comprendo dónde quiere ir a parar, lo único que hago es preguntarme qué ha estado haciendo durante todo este tiempo si sigue con sus vaqueros y su blusa. Tal vez se esté preguntando igual que yo si todo esto tiene justificación alguna y, con un inmenso alivio pero tal vez también con un poco de decepción, empiezo a hablar para proponerle que nos vayamos y sigamos la conversación a solas y en nuestra propia casa, como corresponde a un matrimonio estable como el nuestro.

—Lo entiendo, no te preocupes. Dame un minuto y...

—Llevo esas bragas negras que pueden pasar por un bikini, ¿te importa que baje solo con eso?

De modo que no es marcharse lo que quiere, sino simplemente mi permiso. ¿Permiso para qué? ¿Para bañarse en topless? Es curioso que me lo pregunte, porque nunca me preguntó si podía meterse en la cama de Jara, y mucho menos si me parecía bien que estrenara con ella el maldito consolador.

Intentando no pensar en cosas que me duelen, me juro a mí misma no ser yo la

que se rinda esta vez. ¿Jugamos a ser modernas? Muy bien, yo lo seré más que nadie. Además, mi mujer no ha usado sostén en su vida, ¿por qué iba a ser diferente hoy? Si se cree que soy tan mojigata como para sentirme incómoda por algo tan tonto es que no me conoce.

—Claro que no —contesto—. Además... Jara no va a ver nada que no haya visto antes.

No he podido evitar soltar un pequeño dardo, y Cande me mira con gesto serio antes de responder.

—Ya no sé cómo pedirte perdón. No fui tan fuerte como tú, lo reconozco, pero mi oferta sigue en pie. Si tú quieres, podemos marcharnos ahora mismo.

¿Volver a casa las dos juntas? Después de la pesadilla que he vivido durante las dos últimas semanas, la idea me resulta casi tan seductora como irrealizable.

—No podemos marcharnos así —digo con repentina lucidez—. No si zanjar antes este asunto.

He hecho un gesto hacia la piscina donde nos aguarda Jara, que a estas alturas debe estar dudando seriamente si al final vamos a reunirnos con ella o no.

—Creo que tienes razón.

Sin dudar un instante, Candela se quita la blusa y los vaqueros ante mí. Vestida, sé que resulto más llamativa que ella. Sin embargo, en cueros mi mujer me parece deliciosa, tan delgada pero con el desnudo más elegante y fino que he visto en mi vida. Por primera vez desde que estamos juntas, lamento no poder traspasarle un poco de mi inoportuna celulitis y envidio sus muslos delgados pero perfectamente dibujados. Incluso su pecho plano me parece más hermoso que el mío, pues le da un aire entre travieso y angelical que a mí me resulta fascinante, y además permite que sus pezones, cuando está

excitada, resalten de un modo encantador y distinto.

—¿Listas?

Cande me ofrece su mano, y dudo un segundo antes de cogerla. Después, sin saber muy bien qué va a pasar a continuación, la sigo escaleras abajo.

Jara nos espera tumbada en una cómoda hamaca al borde de la piscina. Al vernos llegar, se incorpora, sonríe y nos pregunta sin deseamos tomar algo frío.

## Candela

Jara está absolutamente espectacular. Dejando de lado que luce un bronceado increíble, es imposible permanecer impávida ante la perfección de sus larguísimas piernas o ante la sensualidad que desprenden sus caderas. Hoy, además, estoy por jurar que sus pechos lucen aún más altivos que de costumbre. Se diría que han ganado volumen y consistencia, aunque tal impresión tiene sin duda que deberse a lo favorecedor de la parte superior de su diminuto bikini verde.

Sin embargo, no es Jara la única que me parece atractiva esta extraña mañana. Sé perfectamente por qué ha elegido Marta este discreto bañador negro, y no puedo dejar de sentir hacia ella una ternura no exenta de deseo. A mi estúpida mujercita se le ha metido en la cabeza que le sobran unos kilitos, y por eso ha escogido un traje de baño que le hace una figura un poco más estilizada. No sé cómo tengo que decirle que a mí me resultan muy seductoras sus marcadas curvas femeninas, y que ese poquito de celulitis que tiene en los muslos ni mucho menos la hace parecer menos deseable.

Si he de ser sincera, no tengo ni idea de qué sentido puede tener que las tres estemos aquí ahora. Lo único que sé es que me alegro de haber venido, y que noto un runrún extraño en el estómago al ver juntas a estas dos mujeres que, cada una a su manera, son el motor de mi vida.

Creo que las tres estamos igual, a la expectativa y dejándonos llevar, tal vez porque no hacerlo implicaría tomar decisiones y permitir que todo saltara por los aires sin remedio.

Y eso, de momento, nos da miedo a todas.

## Jara

Han tardado tanto en bajar que empezaba a creer que habían decidido marcharse. Esa idea sobrevuela sobre mi cabeza continuamente como un negro nubarrón: sé que el más mínimo contratiempo hará que las dos se unan y me den de lado, y por eso trato de parecer más relajada de lo que estoy y fingir que es lo más natural del mundo que las tres pasemos la mañana juntas. Ni yo misma comprendo qué es lo que espero sacar de todo este embrollo, pero lo que no puedo negar es que me aterra pensar en que ellas salgan de mi vida tan abruptamente como han entrado, porque entonces toda esta historia me parecería totalmente carente de sentido.

De cualquier modo, aquí están, y al cruzar mis ojos con los de Cande me he dado cuenta de que ella percibe igual que yo el erotismo que desprende la situación. Para colmo, la abogada, que ha venido sin maleta, ha aparecido con unas bonitas bragas negras por toda vestimenta, y al ver sus diminutos pero encantadores pechos desnudos he sentido un impulso irresistible de besarla.

Marta también está muy bonita. La única noche que pasamos juntas me fue imposible observarla como hubiera querido. La penumbra de la habitación y su natural pudor, siempre medio escondida entre las sábanas, me impidieron darme cuenta de lo sensual que es su cuerpo. Es curioso pero, siendo completamente diferente a Candela desde el punto de vista físico, me atrae tanto como ella. Sin embargo, en lo que a Marta se refiere, es difícil adivinar si está excitada como nosotras o si, por el contrario, va a echarse atrás en cualquier momento.

Por eso tengo que ir con cuidado, porque sé que si Marta decide irse Candela se pondrá de su parte, y entonces yo seré la que más pierda en todo esto.

\*\*\*

—Hace muchísimo calor, ¿qué tal un chapuzón?

Sin esperar respuesta por su parte, me he lanzado al agua de un salto. La inmediata sensación de frescor tonifica mi cuerpo, que parece revivir y cobrar nuevos bríos. Ante la atenta mirada de Candela, hago un par de largos a braza por la pequeña piscina.

—¿No os animáis? El agua está estupenda.

La abogada no se hace de rogar. Da un par de ágiles saltos por el bordillo y, sin apenas levantar salpicaduras, se zambulle en el agua. Cuando sale, recoge su corto pelo hacia atrás con un gesto que se me antoja irresistible y da un par de brazadas hasta llegar a mi altura.

Ahora, las dos apoyamos los antebrazos en el bordillo. El sol en la espalda, el agua refrescando mi piel, Candela semidesnuda a mi lado y Marta... ¿qué hace Marta?

—Vamos, ánimo —intenta salpicarla su mujer desde dentro de la piscina—. ¡Está buenísima!

Creo que más por dejar de ser el centro de atención que porque lo desee realmente, Marta camina despacio hacia nosotras y empieza a bajar por la escalerilla. Me gusta ver sus muslos llenos y sus nalgas redondas perfectamente marcadas a través de su bañador negro. Tal vez porque sabe que la estamos mirando, se deja caer de golpe, y entonces nada torpemente hasta llegar a nuestro lado.

Es increíble, parecemos tres buenas amigas que simplemente disfrutan de una agradable mañana de sol y piscina, ¿será posible que todo resulte tan sencillo?

Incapaz de permanecer quieta, Candela hace tres o cuatro largos demostrando ser una nadadora excelente. Apenas produce espuma en su avance, y cuando termina me explica que siempre le ha gustado nadar y lo hace habitualmente. Por nuestra parte, Marta y yo somos mucho más lentas, y especialmente ella tarda una eternidad en pasar de lado a lado de la piscina.

No importa en absoluto. Durante un buen rato las tres nos dedicamos simplemente a gozar de la maravillosa sensación de estar solas en esta hermosa mañana de sábado, y a veces me parece que estamos a punto de descubrir algo nuevo y maravilloso, aunque no acierto a adivinar de qué se trata.

Por fin, Marta sale del agua y se tumba en una de las tres comodísimas hamacas que, como si adivinara que me iban a hacer falta, ha dejado aquí Sara, la dueña del chalet. Candela y yo no tardamos en unirnos a ella, y entonces sucede algo curioso.

En efecto, mientras remojábamos nuestros cuerpos para combatir el calor me ha parecido que todo fluía con naturalidad, como si las tres hubiéramos firmado una breve tregua durante la cual estuviera prohibido hacer o decir nada que alterara la calma. Sin embargo, ahora noto algo distinto en el ambiente. No sé si es el calor que seca rápidamente nuestros cuerpos o la brisa que se ha levantado de un modo delicioso, pero tengo la sensación de que algo va a pasar. Tal vez se deba en parte a los maravillosos pezones de Cande que, quién sabe si por el agua o por alguna otra razón, parecen haber triplicado su tamaño y se muestran orgullosos, casi impertinentes. Me resulta francamente difícil apartar la mirada de ellos, ¿se ha percatado Marta de mi pequeña debilidad? Mucho me temo que sus siguientes palabras tienen mucho que ver con mi indiscreta manera de mirar a su mujer:

—Si tuvierais que ordenar por nivel de culpabilidad a las tres en toda esta historia, ¿cómo lo haríais?

—Vamos Marta, no creo que sea buena idea...

—¿Ah no? ¿Crees que es mejor hacer como si tal cosa, fingir que estamos aquí tan a gusto y que todo es normal?

Sé que si no intervengo es solo cuestión de tiempo que las dos vuelvan a



enzarzarse, y no creo que pueda conseguir apaciguarlas de nuevo.

—Yo creo que las tres somos igualmente responsables —digo—. A veces, las cosas ocurren sin que podamos evitarlo, a veces es como si todo estuviera escrito, y entonces no importa cuánto te resistas. No creo haya nadie más o menos culpable.

—Esa respuesta me parece demasiado diplomática —contesta Marta, que está hoy mucho más belicosa de lo que la creía capaz—. ¿Tú estás de acuerdo con ella?

Ha hecho su última pregunta dirigiéndose a su mujer, que parece realmente incómoda con la conversación. Aunque sus pezones han perdido algo de dureza, sigue siendo maravilloso ver los últimos restos de gotitas de agua secarse poco a poco sobre su suave piel.

—No —contesta finalmente—. Jara no tenía por qué preocuparse por la estabilidad de nuestra relación, nosotras somos las únicas responsables. Las dos por igual.

Aunque me gusta ser eximida de toda culpa nada menos que por una abogada de prestigio, algo me dice que Marta está muy lejos de dar el asunto por zanjado.

—De modo que, según tú, las dos tenemos el mismo grado de responsabilidad.

—Venga chicas...

—Resulta que yo veía dos veces por semana a Jara y, aunque me sentía atraída por ella, nunca permití que sucediera nada entre nosotras. En cambio, tú caíste en la primera ocasión en la que estuvisteis a solas. Sabes que yo nunca habría dado el paso de no ser porque tú lo hiciste antes.

—¿Estás diciendo que soy más culpable solo por haberlo hecho primero? A lo mejor simplemente es que soy más valiente. A lo mejor es que tú...

—¿Qué más da quién sea más culpable? —intervengo para intentar calmarlas  
—. Es verdad que fue más sencillo para mí...

Me he dado cuenta de mi error demasiado tarde, y es evidente que Marta no va a dejar pasar esta oportunidad de obtener una pequeña victoria.

—Sigue, ¿qué ibas a decir?

—Bueno... todo fue más sencillo con Cande... con Candela.

La abogada se pone en pie y nos mira con ojos que echan chispas. Sin duda estoy muy alterada porque, a pesar de que estamos teniendo una pelea, no puedo dejar de pensar que la atmósfera es de una sensualidad innegable. Si pudiera, le arrancaría esas braguitas negras a Candela ante los mismos ojos de su mujer.

—Muy bien, soy la mayor culpable, ¿estáis contentas? Me dejé llevar, no fui tan virtuosa como Marta. ¿Queréis que me marche? Decidid qué castigo merezco y lo acataré sin rechistar.

Está pasando, lo percibo en el aire, y estoy segura de que Candela también lo nota. Es esa electricidad que generamos juntas, y que hoy está más presente que nunca, por mucho que Marta... ¿De verdad Marta lo estropea? ¿No será más bien que su presencia hace que todo sea incluso más intenso?

No sé muy bien cómo encarar la situación sin que la dulce joven se asuste y lo eche todo a perder, pero intuyo que no puedo dejar pasar la oportunidad. Intentando dar un tono juguetón a mis palabras, trato de encauzar la pelea en la dirección que más me interesa sin que se note todavía cuál es el objetivo que persigo:

—Habría que limpiar la piscina de hojas e insectos —digo mirando a Marta  
—. ¿Qué tal si tú y yo nos tomamos un refresco mientras ella trabaja?

Es un momento tenso, y las tres nos damos perfecta cuenta. De la respuesta de

Marta depende que todas nos adentremos en un nuevo camino que no sabemos a dónde puede llevar, o que por el contrario sigamos en el mundo real y todo se venga abajo. Casi puedo ver la vacilación de su mente: comportarse como una adulta indignada y responsable y largarse, o dejarse arrastrar a una aventura de inciertas consecuencias; pensar que el problema entre ellas es serio y puede acabar con su matrimonio, o convertirlo en algo lúdico que puede ser resuelto transformándolo en un juego.

—Me parece bien —dice finalmente, y yo casi no puedo creer que esto esté pasando—. Cande, tráenos algo de beber y después limpia la piscina.

Es asombroso, ¿de verdad vamos a poder incluir a Marta en nuestras pequeñas travesuras? Busco con la mirada los ojos color de miel de Candela, y compruebo que está tan excitada como yo. Una sonrisa fugaz deja asomar por un instante sus provocativos dientecitos pero, antes de que su mujer pueda cambiar de idea, responde metiéndose por completo en su papel:

—De acuerdo... vosotras seguid descansando.

Me es difícil explicar cómo me siento cuando la veo alejarse en dirección a la cocina. Ceñidos por sus bragas todavía húmedas, sus glúteos resultan turbadoramente incitantes.

\*\*\*

—¿Te apetece otro refresco?

—Ahora no, gracias.

Mientras Cande limpia con una pequeña redcilla la superficie de la piscina de la multitud de insectos y hojas arrastrados por el viento, Marta y yo hemos tomado dos bebidas frías, siempre cómodamente instaladas en nuestras hamacas.

Me fascina ver a la hermosa abogada de pie, moviéndose de un lado a otro de

la piscina y trabajando como le hemos pedido. De pronto, quizá por estar más atenta a nosotras que a su tarea, Cande da un pequeño traspié, vacila un instante y, sin poder evitarlo, cae a la piscina.

Nuestra alarma no dura mucho; enseguida apoya las manos en el bordillo y sale impulsándose con los brazos. Es magnífico ver cómo caen las gotas de agua por su cuello, por su torso desnudo y sus muslos, delgados pero más tentadores de lo que se podría pensar cuando está vestida.

Su mujer y yo la observamos en silencio, y estoy segura de que las dos la deseamos por igual. Solo hay un pequeño detalle que me parece claramente mejorable, y llevo ya unos minutos preguntándome cuál es la mejor manera de pedirlo sin que Marta se eche atrás y decida que esto ha llegado demasiado lejos. Finalmente, como no se me ocurre nada mejor, decido arriesgarme y probar suerte.

—Me da miedo que nuestra sirvienta pueda enfermar. Nuestros bañadores se secan enseguida, pero esas braguitas de algodón... ¿no sería mejor que se las quitara?

No me he atrevido a mirar a Marta mientras lo decía. La respuesta tarda en llegar, y noto la tensión recorrer mi cuerpo y crecer incontrolable. La propia Candela, que aunque finge seguir con su tarea sin duda me ha oído, se ha tensado y me ha mirado un instante con esos ojos que echan chispas en momentos como este.

Cuando Marta por fin contesta a mi pregunta, sé que he vencido y que ya no hay vuelta atrás.

—Candela —dice con voz que no puede ocultar un leve temblor—. Quítate las bragas y ponlas a secarse al Sol antes de seguir trabajando.

De pronto, el mundo me parece un lugar sencillamente perfecto.

## Candela

Siempre me he considerado una persona activa desde el punto de vista sexual pero, desde que Jara entró en mi vida, estoy descubriendo cosas de mí misma que desconocía. Es como si la joven tuviera la facultad de adivinar mis pensamientos, de anticiparse a mis propios deseos.

No puedo evitar recordar la sensualidad que sentí escondida detrás de la puerta del cuarto de baño de una habitación de hotel. Allí, descalza sobre las frías losetas, descubrí que una parte de mí deseaba dar una vuelta de tuerca, incluir una tercera persona en nuestros juegos... ¿y quién mejor que Marta para eso?

Todavía no salgo de mi asombro, ¿lo tenía todo planeado la terrible joven? ¿Cómo ha sido capaz de transformar lo que parecía una discusión agria y desagradable en este condenado juego erótico en el que me toca el papel principal? No consigo creerme que Marta se haya dejado seducir también por el embrujo que ejerce Jara y, antes de que pueda cambiar de idea, sin rechistar interrumpo mi trabajo y hago lo que me pide.

Me estremece más de lo que podría imaginar quedar completamente desnuda ante ellas. Es como cerrar el círculo, porque si exhibirme ante Jara me encantó, hacerlo ante las dos mujeres más importantes de mi vida es sencillamente la perfección. Dejando abandonada en el suelo la pértiga con la que recojo las hojas, recorro despacio la piscina de lado a lado mientras las dos me observan sin decir nada. Es como si mis pies flotaran por el aire en lugar de caminar. Al llegar al lado opuesto, coloco cuidadosamente mis braguitas mojadas sobre la barandilla que rodea el porche de entrada a la casa. Luego, giro sobre mí misma y hago el camino a la inversa, vuelvo a recoger la pértiga y, en silencio, reanudo mi impuesta tarea.

Durante un rato delicioso trabajo a conciencia. En realidad, la superficie de la

piscina está ya totalmente limpia, pero me está gustando tanto asumir mi rol de sumisa obediente tan alejado de mi día a día como abogada, que estoy dispuesta a prolongarlo cuanto me sea posible. A veces, me sitúo de espaldas a mis dos espectadoras; otras, desde el lado opuesto de la piscina, estoy frente a ellas. El Sol calienta con fuerza mi piel por fuera, la hoguera de mi interior me caldea con igual energía por dentro.

¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¿En qué va a desembocar? Tengo la impresión de que las tres estamos desbordadas porque, aunque no queremos abandonar, también nos da miedo dar el único paso que parece razonable. Pero es imposible que mi mujer se atreva a...

—Empiezo a tener hambre —oigo entonces a Jara a mis espaldas—, ¿te importaría prepararnos algo ligero Candela?

¿De verdad piensa en comer ahora? No importa, obedecer significa prolongar este majestuoso instante y, al mismo tiempo, retrasar el momento de tomar una decisión para la que no estoy segura de estar muy preparada, por no hablar ya de lo que pueda estar pasando por la cabeza de Marta.

Dejándolas de nuevo en el jardín, regreso a la cocina y abro la nevera. No hay mucho donde elegir, de modo que me decido por algo de fiambre, que comienzo a colocar en una bandeja mientras me pregunto cómo es posible que esto esté sucediendo. Hace unos meses, me quejaba de que mi vida sexual era rutinaria e imprevisible pero, si he de ser sincera, ni en mis mejores sueños podía imaginar que se pudiera dar semejante salto mortal.

Sé que Ruth, mi antigua pareja y mi mejor amiga, ha participado en los últimos tiempos en fiestas eróticas a las que se asiste con la imaginación abierta, donde no es obligatorio acudir vestida y donde puede pasar casi cualquier cosa. A veces, cuando con aire de cierta superioridad se ha reído de mi estado de mujer casada, he sentido cierta envidia hacia ella. Sin embargo, ahora me

parece que tengo algo mejor, porque es sublime poder conjugar la intensidad del juego sexual con el hecho de practicarlo junto a las personas elegidas. Lo único que me preocupa es Marta, ¿será posible que también ella se deje arrastrar por el soplo de aire fresco que supone la llegada a nuestro matrimonio de una amante común?

—Estás preciosa.

He dado un salto de sorpresa al oír una voz detrás de mí. De pie en la puerta de la cocina está Jara. Se ha puesto unos pequeños pantaloncitos vaqueros encima de la braga de su bikini, tal vez los mismos que llevaba la mañana en que la conocí, y está arrebatadora. ¿No han crecido sus senos? Se diría que su top a duras penas puede contenerlos, ¿habrá un solo par de pechos en el mundo más perfectos?

—Gracias... tú también. Las dos lo estáis.

Jara sonrío, y antes de volver a hablar hace un gesto con sus ojos grises en dirección al jardín donde aguarda Marta.

—¿Crees que está preparada?

Al oír su pregunta, me doy cuenta de que lo llevo deseando desde ayer, desde el primer momento en que estuvimos las tres juntas. Pero incluso yo siento temor, y desde luego no puedo imaginar a Marta...

—No creo. No todavía.

—Habrá que ir despacio.

Me mira de arriba abajo mientras yo sigo colocando la comida en la bandeja, y al notarlo no puedo evitar que mis rodillas flaqueen y un exquisito cosquilleo recorra todo mi cuerpo.

—Por mi parte —contesto tragando saliva—, no hay ninguna prisa.

Jara vuelve a sonreír, y sus ojos, ahora azules, brillan satisfechos por mi

respuesta. Luego, sin decir nada más desaparece y vuelve a dejarme sola en la cocina.

Dios, ¿de verdad quiero hacerlo? Sí, claro que sí, y estoy segura de que la propia Marta no lo descarta. De otro modo no se entiende que sigamos con este pueril castigo, tan inocente y perverso a la vez, y que sin duda...

—¿Necesitas ayuda? Sé que la cocina no es lo tuyo.

Ahora es Marta la que se asoma. En lugar de sonreír, su rostro refleja tensión, tal vez incluso miedo, pero no me parece ver en ella deseo alguno de detener la situación. Como si se hubiera puesto de acuerdo con Jara, también ella se ha puesto unos pequeños pantalones blancos encima del bañador, y al verla me parece tan bonita que siento un deseo inmenso de salvar el espacio que nos separa y besarla en la boca con violencia.

Sin embargo, me limito a seguir con mi tarea y contestar sin casi atreverme a cruzar mi mirada con la suya:

—Tranquila, solo voy a sacar algo frío. Además... tengo que cumplir mi castigo.

Ninguna de las dos dice nada. Es sublime y triste a la vez estar viviendo esto juntas porque, de algún modo, creo que las dos nos damos cuenta de que nuestra vida juntas ya nunca va a ser igual que antes, y eso implica un riesgo que a la vez nos atrae y nos asusta.

—¿Estás bien? ¿Quieres que me vista?

Ahora sí nos sostenemos la mirada durante mucho tiempo. Si me pide que volvamos a casa, sentiré una decepción innegable, pero jamás podré negarle nada a esta mujer que siempre me ha apoyado y que sé que continuará conmigo hasta el final.

—Claro que no —contesta despacio—. Todavía no te he perdonado.



Cuando vuelvo a quedarme sola, me doy cuenta de que estoy temblando como una hoja.

## Marta

Estoy muy confusa, es como si de pronto no me conociera a mí misma. No puedo creer que me esté dejando embaucar por el absurdo juego al que me arrastran entre las dos. ¿Por qué no me levanto y me voy a casa? Es evidente que no soy como ellas, yo soy una chica convencional, chapada a la antigua. Solo necesito a Cande para ser feliz, solo deseo una familia como la de todo el mundo y sentiré que mi vida es plena y completa. ¿Por qué, entonces, dejo que esto siga adelante?

Tal vez sea porque me da miedo quedar excluida, porque temo que, si me voy, ellas estrechen más su vínculo y me dejen fuera, y entonces ya no podré volver a entrar nunca. Por otra parte, no negaré que, a pesar del miedo que siento, no dejo de percibir que hay un aire mágico alrededor desde que esta mañana nos hemos levantado.

No logro entenderlo. Estoy decepcionada con Cande y supongo que también debería sentir resentimiento hacia Jara pero, al mismo tiempo... creo que me gusta tenerlas a las dos a mi lado. Es como si una parte de mí, la más osada, se diera cuenta de que todo encaja, y de que, al menos durante este fin de semana, resulta irresistible la idea de dejarse llevar y permitir que sea el destino el que decida el próximo paso.

Cuando regreso junto a Jara y me siento a su lado en el borde de la piscina, me reconforta la cálida sonrisa con la que me recibe. Con sus vaqueros diminutos y la parte superior de su bikini verde, desprende un magnetismo al que resulta imposible resistirse.

Creo que empiezo a ser un poquito más indulgente con Candela.

\*\*\*

Jara está diciéndome algo cuando el tintineo de los vasos en la bandeja que

trae Cande hace que las dos interrumpamos la conversación y nos volvamos hacia ella.

Su cuerpo nunca me había parecido tan incitante. Mi mujer siempre se queja de que es casi tan plana como un chico, pero sé que lo dice con la boca pequeña. En el fondo, estoy segura de que es plenamente consciente de lo distinta y sensual que resulta. Siempre completa y cuidadosamente depilada, a pesar de estar cerca de los treinta podría pasar casi por una chiquilla, pero por una chiquilla segura de sí, madura y fascinante de un modo inexplicable.

Ahora, al tener a Jara de testigo de su belleza, siento una curiosa mezcla de celos, orgullo y algo más que no me atrevo a definir. Ni en un millón de años me atrevería a hacer algo ni remotamente parecido a lo que está haciendo Cande. Estoy muy nerviosa pero, a la vez, creo que estoy excitada. Sí, la presencia de Jara me asusta, pero también me seduce y, aunque me da miedo pensar en lo que vaya a pasar, al mismo tiempo me siento incapaz de impedirlo.

En silencio, Cande deposita la bandeja en una pequeña mesa de mimbre que hay junto a las hamacas. Luego, se yergue y se queda mirándonos con gesto a medias burlón y a medias retador.

—¿Desean algo más las señoras?

—Está todo bien —sonríe Jara—. Puedes sentarte aquí a mi lado y comer algo tú también.

¿Por qué no se me ha ocurrido eso a mí? Me irrita un poco que sea tan obvio que es Jara la que lleva la iniciativa y marca los tiempos. Mientras hablaba se ha incorporado en su hamaca y se ha sentado de medio lado, dejando espacio más que suficiente para Cande junto a ella. Ahora las tengo a las dos de frente, y me cuesta asimilar que mi mujer está completamente desnuda delante de la que es su amante... y la mía, ¡es todo tan descabellado!

Candela ha traído algo de picar y ha vuelto a rellenar nuestros refrescos, pero en realidad yo soy incapaz de probar bocado, y creo que no soy la única que carece de apetito. Es evidente que Jara solo pretendía seguir el juego, y durante unos minutos las tres removemos la comida sin interés, mirándonos de reojo y vigilándonos a hurtadillas.

Como era de esperar, es Jara la que, sin previo aviso, me mira buscando complicidad... y poniendo una mano sobre la rodilla de Candela.

—¿Tú qué dices? ¿La perdonamos?

Estoy muy alterada porque, mientras yo acierto a responder, la mano traviesa ha empezado a deslizarse suavemente sobre el muslo de mi mujer, ¡de mi mujer! Me cuesta respirar, pero no sé si es por rabia o porque, en el fondo, me gusta ver cómo Cande se estremece bajo las caricias de Jara.

—Yo creo que podemos darle un pequeño premio, ¿no crees?

No tengo ni idea de a qué puede referirse Jara. Su mirada es amistosa, me sonrío continuamente, como si tratara de incluirme, pero lo único que puedo hacer es seguir como hipnotizada su mano subiendo y bajando despacio sobre el muslo de Cande. Por un instante, mis ojos se cruzan con los de mi mujer. La conozco lo suficiente como para darme cuenta de que está muy alterada pero, ¿cómo podría reprochárselo? Jamás habría creído posible que yo pudiera verme involucrada en algo semejante, pero está pasando, y siendo honesta no puedo negar mi parte de responsabilidad.

—Me encantan los pezones de tu chica.

No sé qué me gusta más, si oír a Jara referirse a Cande como “tu chica”, o ver cómo, sin pedir permiso, su mano ha abandonado su muslo para aprisionar, entre el índice y el pulgar, uno de sus deliciosos pezones.

El efecto es inmediato: el botoncito dobla su tamaño, se alza orgulloso y

despliega ante mí toda su belleza. Durante un tiempo que me parece a la vez una tortura y una delicia, Jara juega con él a su antojo, y solo lo abandona para agasajar de igual modo a su compañero, que reacciona de modo similar al de su gemelo. Observo si perder detalle, y veo cómo Cande se estremece y respira entrecortadamente, y me doy cuenta de que sus manos están aferradas con fuerza al borde de la hamaca.

—Separa las piernas.

Las palabras de Jara han sonado suaves, pero también como una orden. Obediente, Cande ha hecho lo que le piden, y ahora su sexo aparece ante mí tan desnudo y vulnerable que me cuesta mirarlo. Millones de veces me he sumergido en él, pero nunca como ahora me he sentido tan abrasada al contemplarlo.

—¿La llevas siempre depilada?

Como una tonta, estoy a punto de decir que no es decisión mía y que Cande se rasura porque a ella le gusta pero, entonces, me doy cuenta de que eso echaría a perder las reglas del juego, de modo que reúno toda la energía de la que soy capaz y contesto:

—Siempre... ¿Te gusta?

—¿Bromeas? Me encanta, ¡tiene una piel tan suave!

No puedo más, Jara puesto su mano sobre el pubis de mi mujer, que ha dado un respingo al notarlo. ¡Dios, está tocando a Cande ahí, y yo lo estoy viendo todo! ¿No es una locura?

—Abre un poco más las piernas. Bien, así... ahora, adelanta las caderas.

Es como si Cande fuera una muñequita a la que Jara pudiera utilizar a su antojo. Sin decir palabra, “mi chica” hace cuanto se le ordena, y en la nueva posición su vagina queda tan abierta y expuesta a mi mirada que noto que me

falta el aliento y mi mente se nubla. ¿No debería parar esto? Una parte de mí está escandalizada, pero...

—Voy a jugar un poco con ella, ¿te importa?

La pregunta de Jara llega a duras penas hasta mi cerebro. En estos momentos, ya no sé si me importa o si lo deseo incluso con más fuerza que la propia Cande, que ha cerrado los ojos cuando la terrible joven, sin más preámbulos, ha empezado a masajear su sexo con la punta de uno de sus largos y finos dedos.

—Tenemos que castigarla si se porta mal, pero también ser benévolas cuando se lo merece, ¿no crees?

Me siento totalmente incapaz de hacer o decir nada. Lo único que consigo es mirar sin pestañear los deditos de Jara, que acarician sin prisa pero con evidente sabiduría la vagina de Cande mientras esta, las piernas completamente separadas y las manos crispadas sobre la hamaca, empieza a retorcerse ante mí como una gata en celo.

Por un instante, se me pasa por la cabeza la idea de que debería estar enfadada. Yo no soy así, yo nunca me he dejado conducir por este camino. Entonces, ¿por qué no hago nada para detener esta locura? ¿Cómo... cómo es posible que yo misma esté tan excitada? Sí, lo estoy, me cuesta respirar, me estremece que Jara lleve al orgasmo a mi mujer mientras yo lo veo todo, y negarlo sería tan hipócrita como negar que, en el fondo, lo único que siento es un poco de envidia por no poder ser parte de todo el proceso.

—Oohh...

El gemido de Cande cuando por fin Jara se ha decidido a entrar en ella ha sido tan delicioso como un bocado del más tierno pastelito. Convertida en estatua de sal, asisto sin perder detalle al majestuoso espectáculo de los dedos de Jara entrando y saliendo despacio del sexo de la mujer que más amo y he

amado nunca.

Candela se retuerce, gime, se apoya en Jara, y yo no pierdo detalle de cuanto ocurre. La joven no se precipita, se toma su tiempo, me mira a veces con una sonrisa que me hace sentir no solo espectadora, sino también partícipe de lo que está ocurriendo.

Entonces, sin previo aviso, Jara se detiene. Sus manos han abandonado el sexo de Cande, que abre los ojos con desconsuelo. La conozco lo suficiente como para saber que estaba a punto de entrar en la demoledora fase final, y por un instante no entiendo qué es lo que pretende nuestra antigua asistenta.

—¿Quieres terminar tú el trabajo?

El gesto cómplice que me dirige me desarma por completo. En una mirada me lo dice todo: ella ha templado el cuerpo de Cande, pero reconoce que sigue siendo mi mujer, y me ofrece ser yo la que culmine su éxtasis. La ofrenda de Jara es como un presente, como la firma de un tratado de paz... quizá su manera de buscar ser incluida en algo que aún no soy capaz de definir con palabras.

Pero no es el momento de pensar. Como una autómatas, me levanto de mi hamaca y me siento en el lugar que ocupaba Jara. Ahora es ella la que está frente a nosotras, la que observa y se deleita con el hermoso espectáculo que supone ser testigo de un orgasmo de Candela.

Su sexo me recibe con una humedad inconcebible. Nunca me había resultado un lugar tan cálido y acogedor. Sin poder contener un gemido de agonía, Cande apoya su cabeza en mi hombro mientras yo, recurriendo a toda mi sabiduría, me esfuerzo para expresar al máximo su placer.

Como en un sueño, me parece ver la mirada fija de Jara sobre nosotras y cómo en su rostro se dibuja una curiosa mueca de placer y satisfacción. Su boca se entreabre cuando Cande empieza a emitir pequeños hipidos entrecortados, y

casi veo asomar su lengua cuando mis dedos, hincándose tanto como les es posible, comienzan a removerse descontrolados en el interior de nuestra común esclava.

El orgasmo de Cande es abrumador. Noto las contracciones de su sexo, veo sus pies arquearse y las aletas de su nariz buscar aire desesperadamente. Sus uñas se han clavado en mi antebrazo hasta casi hacerme sangrar, y sus muslos, dulcemente perlados de sudor, se han cerrado sobre mi mano como si no quisieran que saliera de ella nunca más.

Mi mujer tarda mucho tiempo en recuperar el resuello. Cuando finalmente lo hace, las tres nos miramos en silencio durante unos minutos. El calor del Sol llena de voluptuosidad el momento y una leve brisa juguetona estremece mi espalda. Sin decir nada, Jara se incorpora y se pone de rodillas entre nosotras. Cande me mira un instante y, después, se inclina y junta sus labios con los de Jara en un beso largo y concienzudo. Veo sus bocas abrirse, intuyo sus lenguas enredándose con furia, y siento que es lógico, que todo tiene sentido y no tengo nada que oponer.

Ahora es mi turno. Jara me besa despacio, y su boca me resulta tan dulce que me parece increíble que, apenas dos horas antes, todo haya estado a punto de saltar por los aires. Noto el brazo de Candela rodeando mi cintura mientras la lengua de la joven recorre uno a uno mis dientes y su saliva se mezcla con la mía. Nunca un simple beso me había resultado tan estimulante, es como volver a la adolescencia y al fulgor de los primeros escarceos y, cuando Jara se retira y me mira, sus ojos hermosos ojos azules me parecen llenos de una luz maravillosa.

Entonces, mientras Candela ocupa su lugar y me besa enamorada, siento cómo las suaves manos de la joven empiezan a desabrochar mis pantalones...

\*\*\*



No he podido pegar ojo en toda la noche. En realidad, ninguna de las tres ha dormido demasiado. Jamás pensé que se pudiera estar tantas horas sin hacer otra cosa que dar y recibir placer. Entre tres, las opciones se multiplican, las combinaciones llegan a abrumar y, a veces, sientes que desearías tener más manos y bocas para agasajar como se merecen a tus compañeras de viaje.

¿Cuántas horas hemos pasado juntas y en un revoltijo de miembros entrelazados? Era como si no pudiéramos parar, como si ya nunca fuéramos a necesitar beber o comer, porque con la energía del sexo fuera suficiente para nosotras. Finalmente, sin embargo, ellas cayeron rendidas, y entonces yo permanecí quieta en la oscuridad, asimilando lo que acababa de suceder y... pensando. ¿A dónde nos lleva esto? ¿Qué va a suceder a continuación? Admito que ha sido una experiencia sublime pero... ¿me gustaría que volviera a repetirse?

Harta de dar vueltas a la cabeza, me levanto sin hacer ruido. Jara duerme con la cabeza apoyada en el hombro de Cande. ¿Quiero a esta extraña joven que ha puesto nuestro mundo patas arriba? No sé si debería aborrecerla, estoy tan desorientada que no acierto a tomar ninguna decisión. Además, ¿a quién podría contarle esto? Fue duro confesar a mis padres mi homosexualidad pero, ¿cómo decirles que ahora hago... tríos? A duras penas puedo creerlo cuando me lo repito, ¡Candela y yo hemos hecho un trío con Jara! Ni siquiera a Cristina me atrevería a contarle algo semejante.

Mientras me visto y me preparo un café en la cocina sin hacer ruido, le sigo dando vueltas una y otra vez a todo. ¿Le gustará Jara a Cande más que yo? Y la intrusa, ¿con quién se quedaría si pudiera elegir? Dios, me va a estallar la cabeza, todo esto es absurdo y no entiendo cómo...

—Buenos días.

Candela ha aparecido y me mira con ojos todavía somnolientos. Se ha puesto

las bragas que ayer apenas utilizó y la blusa que ya no parece soportar más arrugas. Cuando se sienta frente a mí, me sonrío y extiende la mano por encima de la mesa para coger la mía.

—¿No podías dormir?

—No...

Sin duda, ella sabe mejor que nadie por lo que estoy pasando. ¿No se plantea las mismas preguntas que yo? ¿Qué va a suceder ahora?

—Fue increíble, ¿verdad?

—Sí...

Candela se remueve inquieta y da un sorbo a mi propia taza de café. Luego, me mira a los ojos y me sonrío con calidez.

—Eh, sigo siendo “tu chica”, ¿recuerdas?

Es entonces cuando noto que me derrumbo. Aunque sexualmente viví una experiencia que nunca olvidaré, de pronto me siento perdida, desorientada y llena de terror ante el futuro. ¿Cómo explicarle a Cande que ya no sé si debo hablar de “mi chica” o “nuestra chica” al referirme a ella? ¿Lo ocurrido ayer en la piscina fue solo sexo o...?

—Vamos Marta —insiste acariciando mi mano al ver mi gesto contraído—. Dime qué te preocupa... pensé que te había gustado tanto como a mí.

—¿Y ahora?

—Pues... no lo sé, la verdad. Lo único que tengo claro es que tú y yo seguiremos juntas. Siempre.

Sus palabras me reconfortan tanto como su manera de mirarme, franca y directa. En realidad, y por muy traicionada que me haya sentido por ella, me doy cuenta de que Cande nunca ha puesto a Jara por encima de mí, porque ella

sí es capaz de separar sexo y amor sin confundirlos.

—Lo único que tenemos que hacer es decidir qué hacer con respecto a Jara —añade sin dejar de apretar mi mano con la suya.

—¿Me lo prometes?

—¿Lo has dudado en algún momento? —pregunta casi riendo.

Por un instante, la sensación de tragedia desaparece, ¿cómo puedo ser tan anticuada? Cande y yo somos un equipo, y Jara es solo un agradable paréntesis. La joven puede seguir o no en nuestras vidas, pero eso solo lo decidiremos nosotras. Un poco ebria por la excitación y queriendo parecer más valiente de lo que soy, trato de bromear sobre el tema:

—La verdad es que lo de ayer fue una pasada, la chica es un volcán.

—¿Verdad que sí? Batí de lejos mi récord de orgasmos.

No me ha hecho nada de gracia lo contenta que se ha puesto Candela ni que se muestre tan entusiasmada, pero haciendo un esfuerzo trato de impedir que ella lo note.

—Menuda idea, esa de castigarte con ir en cueros por ahí.

—Ya habíamos hecho algo parecido antes, en un hotel...

—¿Has estado en un hotel con Jara?

—Sí, hace ya tiempo. ¿Sabes? Pedimos champán y...

Candela acaba de darse cuenta de que ha cometido un error grave. De pronto es como si todo se aclarara, como si mi yo volviera a meterse dentro de mí, como si el extraño embrujo al que he sido sometida hubiera dejado de hacer efecto. La Marta de siempre vuelve, la embriaguez del sexo ha pasado, lo único que quiero es que todo vuelva a ser como antes de conocer a la odiosa joven que sigue durmiendo a pierna suelta en la habitación de arriba.

—Oye Marta yo...

—No quiero que vuelvas a verla, no quiero que siga en nuestras vidas.

—Tranquilízate, podemos hablarlo con calma, no creo que ahora...

Entonces todo sale de dentro a borbotones, todo mi miedo, mi inseguridad y mi rechazo a un estilo de vida tan alejado a lo que he soñado siempre. Le explico a Cande que me siento un segundo plato, que me parece que Jara siempre estará por encima, con su cuerpo perfecto y su manera salvaje de entender el sexo; le cuento que sé que no puedo competir con ella, y que jamás me sentiré cómoda sabiendo que hay alguien que no soy yo que es capaz de hacerle batir “de lejos” el récord de orgasmos. Por último, le digo que tiene que elegir porque no puede tener a las dos y, cayendo todo lo bajo que la desesperación puede hacer caer a una mujer enamorada, añado que comprendo que tenga que pensarlo antes de tomar una decisión.

Cuando termino de hablar me derrumbo, me echo a llorar y, por un instante, estoy convencida de que Candela va a decidirse por Jara, y entonces mi vida habrá terminado para siempre. Pero enseguida mi mujer se acerca, pone sus manos sobre mis hombros y, acercándose mucho a mí, me susurra junto al oído:

—No llores, por favor. Somos tú y yo, ¿recuerdas? No tengo nada que pensar, ¿cómo puedes ser tan boba?

Candela puede ser débil ante la tentación, pero no me cabe ninguna duda sobre su sinceridad. Es la persona más honesta que conozco, y por eso sé que he ganado, aunque no pueda creerlo. La chica tímida, algo pasada de kilos y sosa en la cama ha derrotado a la musa capaz de hacer perder el control a cualquiera.

Entonces, ¿por qué sigo sintiéndome tan desgraciada?

## **Jara**

Cuando me despierto, tardo unos segundos en recordar dónde estoy. Luego, la tenue luz que se filtra a través de la persiana entreabierta me permite reconocer los contornos de este dormitorio donde ha ocurrido lo impensable. Cande, Marta... y yo. Es como si, de pronto, la respuesta al problema que me parecía irresoluble se hubiera presentado por sí sola. ¿Por qué tiene que quedarse nadie fuera, si las tres juntas formamos un equipo formidable?

Cerrando los ojos, vuelvo a sumergirme en ese agradable duermevela en el que no estamos ni despiertas ni dormidas. Confusamente, me doy cuenta de que una de mis chicas se levanta, ¿es Marta? No podría asegurarlo, la noche ha sido tan intensa que estoy agotada, no recuerdo haber tenido jamás una sesión tan sensual y tan dilatada en el tiempo.

Todo me parece perfecto, incluso el hecho de haberme quedado embarazada sin buscarlo me parece un guiño positivo del destino. Cande quería emociones fuertes y Marta ser madre, ¿acaso no soy yo la respuesta que hace que todo cuadre? No puedo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción en la oscuridad, ya antes había oído hablar del poliamor, pero nunca había creído posible que fuese algo tan real y que pudiera sucederme a mí.

Ahora es Cande la que se levanta. Supongo que ninguna de las tres ha podido conciliar un sueño profundo, no después de lo que sucedió anoche. Estoy tentada de decirle que estoy despierta, pero luego razono que es mejor dejar que las dos hablen a solas antes de que yo aparezca. Marta es una persona tan frágil y quebradiza que le vendrá bien un poco de tiempo para asumir el cambio radical que va a sufrir su vida.

¿Debería decirles que estoy encinta? De una manera absurda, mi parte irracional cree que ellas tienen más responsabilidad que el propio David en todo este asunto, incluso desde el punto de vista estrictamente físico. ¿No es

más fácil a veces que suceda lo imposible solo porque lo deseamos con todas nuestras fuerzas? Sin duda, debería repasar mis manuales de psicología para analizarme a mí misma.

Pero hoy ni siquiera mi incierto futuro inmediato puede estropear la felicidad que siento. Sí, voy a salir ahí y les voy a dar la noticia; estoy segura de que Marta va a llorar de alegría, y hasta la propia Cande la recibirá como un regalo, porque entre tres todo es más sencillo y las tareas resultan menos agotadoras.

Sin poder aguantar más, me levanto y me visto a toda prisa. Tengo que reunirme con ellas, no soporto pasar ni un segundo más sin abrazarlas, ¿cómo es posible que sienta de nuevo la llamada del sexo? ¿Es que no tuve suficiente con lo de ayer? Recordar el modo en el que Cande nos llevó al orgasmo a las dos a la vez me estremece de tal forma que todo mi cuerpo se pone alerta y expectante.

—Hola... ¿ya estás despierta?

Me basta ver el gesto de Cande al abrir la puerta para saber que algo no marcha bien. Está completamente vestida, y sale del dormitorio donde Marta había dejado sus cosas con la maleta de esta. En silencio, la interrogo con la mirada, y ella es incapaz de mantener el contacto visual.

—Verás... Marta y yo...

No puedo creerlo, ¿pensaban marcharse sin ni siquiera despedirse? Como adivinando mi dolorosa pregunta, la bella abogada intenta componer una sonrisa de disculpa:

—Ya sabes cómo es Marta. Creo que está asustada.

—Lo entiendo, todo esto es nuevo también para mí.

—Escucha Jara, yo... lo que sucedió ayer fue maravilloso.

¿Me está diciendo que todo se ha acabado? ¿Es posible que vayan a olvidar lo que vivimos juntas? Podría entenderlo en Marta pero, ¿también Candela considera que fue solo una experiencia excitante?

—Te prometo que te llamaremos en unos días. Creo que todas necesitamos un poco de tiempo para saber...

—Claro, es normal.

—¡Qué tonta soy! No me daba cuenta de que habías venido en coche con Marta. Te llevo a Madrid.

—No hace falta, no te preocupes. Sale un autobús cada hora.

—¿Seguro?

—Seguro, sin problemas.

Las dos esbozamos unas sonrisas falsas. Nunca había visto a Candela tan nerviosa, ¿es por saber que su mujer la espera abajo o por ser consciente de lo injusto de su comportamiento? Cuando está a punto de empezar a bajar las escaleras, se vuelve hacia mí y me mira con un gesto avergonzado que, por un segundo, me hace sentir la esperanza de que vaya a echarse atrás y todo se arregle como por arte de magia.

—Verás... de momento, será mejor que no vayas a casa. Podrías decir en la Agencia que te pilla muy lejos, por ejemplo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bueno pues, entonces... nos vemos pronto, ¿vale?

Todo lo que hago es asentir en silencio y, mientras ella da media vuelta y empieza a bajar los escalones de dos en dos, juraría que está a punto de echarse a llorar.

\*\*\*

Lo peor es la sensación de derrota que me queda. ¿Cómo he podido ser tan ilusa? ¿De verdad pensaba que era posible que ellas me vieran como algo más que una aventura en su aburrido matrimonio? Les he servido para salir de la rutina y estrechar sus lazos, he sido el soplo de aire fresco que necesitaban y, una vez cumplida mi misión, todo volverá a la normalidad entre ellas.

Estoy siendo injusta, lo sé. Fui yo la que tomó la iniciativa con Marta, y tampoco puedo decir que soy completamente inocente de lo sucedido con Candela. El problema es que nunca me había pasado algo así, nunca me había sentido tan desbordada. He perdido completamente el control de los acontecimientos, me he dejado zarandear y ahora...

¿Qué voy a hacer ahora? Tengo un trabajo de mierda, aún no he terminado mis estudios y estoy embarazada. Ya no puedo postergarlo más, tengo que tomar una decisión. Sin duda, lo razonable sería abortar, olvidarme de mis dos amantes y volver a lo que era mi vida antes de conocerlas: una agradable sucesión de parejas con las que me divertía pero a las que nunca me sentía atada.

Sí, eso será lo que haga. No importa que me sienta vacía y tenga a todas horas ganas de llorar. Soy Jara, la alocada, impulsiva y despreocupada Jara. Seguro que en un par de semanas habré olvidado todo este lío.



## Candela

—Joder tía, ¿un trío? ¿Con Marta? Me tomas el pelo.

Ni siquiera pensaba contárselo, pero lo he hecho porque era la única forma de que yo misma me creyera que es cierto, que ha sucedido de verdad y no es simplemente el producto de un sueño. Ahora, Ruth me mira con admiración y, si no fuera porque no estoy precisamente muy feliz, casi me echaría a reír ante su desconcierto:

—Y yo que creía que mi vida sexual era intensa... ¿Por qué no traes a Marta a mi próxima reunión erótica? Precisamente el viernes voy a dar una fiesta; el tema será “hazte tu propio bikini”, y habrá un premio para el más atrevido.

—¿De veras tienen éxito esas fiestas?

—¿Bromeas? Desde que te casaste te has hecho una aburrida... Claro que, con lo que acabas de contarme, ¡me dan ganas de casarme yo también!

Ni el eterno bueno humor de Ruth puede ayudarme esta tarde. Por un segundo, he fantaseado con lo increíble que sería aparecer con Marta a un lado y Jara al otro en esa fiesta. Para Marta, elegiría un bikini hecho con cocos y un faldellín de hierbas. En cuanto a Jara, la pondría una hoja de parra cubriendo su sexo y un par de minúsculas...

No puedo seguir por ahí. Ha pasado ya un mes desde nuestro único encuentro y Marta ni siquiera ha vuelto a mencionar el tema. Por mi parte, tampoco me atrevo a tomar la iniciativa. Es como si las dos nos hubiéramos puesto de acuerdo para fingir que no ha ocurrido, o que, al menos, no ha supuesto nada más que una simple experiencia sexual.

Creo que las escasas semanas que pasamos separadas nos asustaron a las dos por igual. Se diría que, ante el temor de una separación definitiva, hemos preferido volver a la seguridad del terreno conocido, a no hacer ni decir nada

que pueda poner mínimamente en peligro nuestra vida en común.

Sigo queriendo a Marta con toda mi alma y, si tengo que sacrificar a Jara para no perderla, lo haré. A pesar de mis múltiples defectos, también soy una persona sincera, y ni si me pasa por la cabeza volver a ver a la joven a escondidas. No tendría sentido, no después de lo que pasó en aquella piscina.

Somos adultas, estamos casadas, tenemos un futuro maravilloso por delante y no podemos estropearlo por culpa de una pasión inútil. Supongo que hemos hecho lo razonable. Sin embargo, eso no impide que, por las noches, me despierte a veces sudando, con el corazón agitado y un sentimiento de pérdida que me impide volver a conciliar el sueño. Entonces, al día siguiente estoy agotada desde que me levanto, con unas ojeras enormes y sin ser capaz de ponerme en marcha.

Espero que, poco a poco, todo esto se me vaya pasando y la vida vuelva a la normalidad. A la rutinaria, cómoda y sencilla normalidad de siempre.

# UNA VIDA NORMAL

## Marta

Faltan solo quince días para mi examen y tengo la casa llena de libros, apuntes y carpetas con fotocopias. No hace falta que diga que estoy de los nervios, que paso las noches sin dormir y que a veces me parece que lo he olvidado todo y no voy a ser capaz de escribir palabra.

Cande está siendo muy comprensiva. Deambula por la casa sin hacer ruido alguno y, antes de hacerme cualquier pregunta, me mira con atención para saber si es buen momento. Estoy deseando que todo esto termine para tomarnos unos días de vacaciones, las dos juntas en alguna remota isla griega y sin ninguna otra preocupación que la de tostarnos al sol y después hacer el amor toda noche en una preciosa habitación de hotel.

Esta mañana me está costando especialmente concentrarme. Por alguna razón, siempre que Paloma, la nueva asistente, está en casa, me resulta más complicado aislarme y centrar mi mente en el estudio. No es que ella me moleste, al contrario, apenas intercambiamos dos palabras más allá de los saludos de bienvenida y despedida. El problema es que, inevitablemente, recuerdo otras mañanas pasadas en casa con una asistente distinta y en circunstancias completamente diferentes.

¿Echa de menos Cande a Jara? Estoy segura de que sí, porque a veces la descubro con la mirada en el vacío y totalmente ajena a lo que sucede a su alrededor. Entonces, me da miedo preguntar, porque sé que hacerlo sería como destapar la caja de los truenos, y no tengo ni idea de qué podría salir de allí.

Hoy, nuestro mundo es perfecto. Hemos decidido aparcar el tema de la adopción hasta que yo haga mi examen y pueda encauzar mi vida laboral. Ninguna de las dos llegamos a los treinta, todavía somos jóvenes y tenemos

muchos años por delante para ir cumpliendo nuestros sueños. Además, Candela tiene mucho trabajo en estos momentos, viaja constantemente y no podría ocuparse de un niño como es debido. Lo mejor, sin duda, es esperar.

¿Y yo? ¿Añoro yo a la joven que se coló un día en mi vida sin pedir permiso? Es una pregunta que me inquieta. Cuando le exigí a Cande elegir, salí victoriosa, supongo que debería estar contenta. Sin embargo, me cuesta dormir, estoy siempre irritable y no consigo alejar de mí esta estúpida sensación de haber sido injusta, ¿no es absurdo?

Hemos hecho lo razonable, lo que habría hecho cualquiera con dos dedos de frente. Solo con imaginar la cara que pondría la asistente social si un día se presentara en casa y viera a tres mujeres compartiendo cama me doy cuenta de que no volver a ver a Jara ha sido la mejor decisión que he tomado en vida. Debería sentirme orgullosa de, al menos por una vez, haber sido yo la que ha llevado la iniciativa en algo importante y la que ha impuesto su voluntad.

Es evidente que estoy tensa por el importante examen que se acerca y que, en cuanto pase, volveré a ser la Marta de siempre y a encarar el futuro con optimismo.

\*\*\*

—He terminado señora. Me marcho ya.

—Por dios Paloma, ¿cuántas veces te he dicho que no me llames “señora”?

—Es verdad, perdón... señora.

Esta mujer es incorregible. No debe tener más de diez o quince años que yo pero, por más que se lo pido, sigue tratándome de usted y con un exceso de cortesía que me hace sentir incómoda. Incapaz de hacerle comprender que preferiría un trato más sencillo, le entrego el dinero convenido y cojo mis apuntes para seguir con mi tarea. Falta un buen rato hasta la hora de comer y

tengo que intentar recuperar el tiempo que no he aprovechado esta mañana.

—Por cierto, ¿recuerda a la chica que estaba antes que yo? Una muy guapa.

Es irritante que el mero hecho de oír hablar de Jara me siga produciendo este desagradable runrún en el estómago. ¿Cuánto ha pasado? ¿Diez meses? No entiendo cómo puede alterarme tanto su recuerdo, ¿cuánto va a durar esto?

—¿Jara? —pregunto tratando de mostrar una sonrisa despreocupada.

—Sí, creo que se llamaba así. Ayer oí que ha tenido una niña hace un par de meses, por lo visto...

No he sido capaz de entender el resto de sus palabras. ¡Jara ha tenido una niña! ¿Por qué me conmueve tanto saberlo? No comprendo cómo es posible que me sienta como si yo misma estuviera implicada en ese hecho. Sin duda, ella ha rehecho su vida al igual que Cande y yo.

Debería alegrarme por ella.

\*\*\*

—Vaya, es una excelente noticia.

Candela pone su cara de póker, pero eso puede funcionarle en el trabajo y delante de un tribunal, no conmigo. Está tan sorprendida y alterada como yo.

—¿Cómo puede haber pasado?

—Verás querida, sé que no sabes mucho sobre eso, pero un espermatozoide...

—Joder, Cande... sabes a lo que me refiero. ¿Cuánto hace de...?

—No sé, menos de un año.

Las dos atamos cabos, y la conclusión solo puede ser una: ¡Jara estaba ya embarazada, aquella tarde en la piscina! No sé si estoy siendo razonable, pero el constatar ese dato me parece que lo cambia todo, porque si estoy en lo cierto eso significa que...

—¿Crees que hay... un padre a su lado?

Candela me mira sin poder ocultar su irritación. ¿Va a reprocharme que le impusiera romper todo contacto con la joven? Es algo que siempre he temido, y solo ahora me doy cuenta de que, en el fondo, sabía que tarde o temprano tendría que suceder.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente? —explota al fin—. Decidimos que no volveríamos a verla, ¿qué importa que ya estuviera encinta aquel día? ¿Qué cambia el hecho de que esté sola o no?

—No lo sé. Puede... puede que... nos necesite.

Yo misma me doy cuenta de lo incongruente de mi postura, pero el mero hecho de imaginar a Jara pasando dificultades... Dios, tenía un trabajo muy malo, ¿habrá tenido que abandonar los estudios? De pronto me siento como una persona horrible porque, además, me doy cuenta de que añoro su sonrisa, sus ojos azules y grises al mismo tiempo y su tono de voz cuando ordenaba a mi mujer quitarse las braguitas y abrir las piernas.

Con una mirada que es más una súplica que una orden, le digo a Cande lo que, tal vez, lleva meses esperando oír:

—Creo que deberíamos llamarla y preguntar cómo le va, ¿no te parece?

Sé perfectamente lo que significa esa media sonrisa. Sus pequeños dientecitos descolocados nunca me habían producido tanta ternura.

## Jara

Esta mañana me he levantado de especial mal humor, y lo que veo al mirarme en el espejo no me ayuda a superarlo. Tengo bolsas en los ojos, mis pechos están lejos de ser lo que un día fueron y no me vendría mal pasar por la peluquería. ¿Cómo puede llorar tanto esta endiablada niña? Su aspecto es encantador y según el pediatra todo va bien, ¿por qué entonces ha decidido emplear sus noches en arruinar mi vida?

Cuando entro en la cocina, mi madre me sonrío con afecto. Desde que he vuelto a casa, tanto ella como papá se han mostrado tan comprensivos que casi no puedo creerlo: han aceptado que no hay padre con el que casarse, que su hija ha cometido un error impropio de una universitaria y que, de repente, no solo tienen que ayudarme económicamente otra vez sino que, además, tienen que cuidar todo el día de una niña preciosa pero dotada de unos pulmones propios de una soprano.

—¿Una mala noche?

—Esta niña va a acabar conmigo.

—Tú eras igual —ríe mi madre mientras me besa en la mejilla—. Esto es el destino, que te castiga.

Sin decir nada, empiezo a desayunar en silencio. Tengo el tiempo justo para ir a limpiar un par de casas, regresar aquí para comer a toda prisa y ver un ratito a Montse, y salir luego a la carrera para llegar a la Universidad. Este año va a ser duro, pero me niego a dejarme derrotar. He decidido ser madre, y no me arrepiento. También he decidido que no abandonaré los estudios, y haré todo lo posible para evitarlo. Desde luego, sin la ayuda de mis padres nunca podría conseguirlo pero, afortunadamente, ellos están de mi lado.

De hecho, mientras me cruzo con mi padre por el pasillo, oigo su voz de

cascarrabias que siempre repite lo mismo:

—Dime dónde encontrar a ese tal David y le rompo las piernas.

No puedo evitar sonreír ante su amenaza, hecha medio en broma medio en serio. Lo que no saben ni él ni mi madre es que no tengo el menor deseo de saber dónde anda mi antigua pareja. Lo último que sé es que aceptó un trabajo en Australia, cualquier cosa con tal de poner distancia entre él y esa antigua novia que un día le llamó para contarle que, aquella vez que no usamos preservativo... Otra cosa que no pueden saber mis padres es que no estoy triste por tener que criar sola a mi hija. Soy lo suficientemente fuerte como para hacer eso y más, y estoy segura de que seré una madre excelente, porque quiero a mi niña con locura y siempre estaré a su lado.

Ellos no pueden saber que lo que realmente me duele, lo que hace que, todavía hoy, me sienta como una perdedora, es que Marta y Candela no han vuelto a ponerse en contacto conmigo. Por lo visto, no he calado tan hondo en sus vidas como yo creía.

\*\*\*

La clase sobre desarrollo cognitivo en la infancia me interesa especialmente, pero esta tarde me cuesta trabajo el mero hecho de mantenerme despierta. Cuando al fin termina la sesión, recojo mis cosas y miro de reojo el reloj. Tengo diez minutos si quiero coger el primer autobús y llegar pronto a casa.

—Unos cuantos vamos a quedar a tomar algo, ¿te apuntas?

Por lo visto, el maquillaje hace milagros, porque no es la primera vez que Javier me propone salir un rato después de clase. Todos saben que soy madre soltera, han vivido mi embarazo primero con sorpresa y después como si fuera algo natural, y mi autoestima agradece saber que hay chicos a los cuales mis actuales circunstancias no les espantan. De cualquier modo, estoy muy cansada y, además, no me apetece empezar una relación nueva.



¿Me estaré haciendo mayor? Antes iba de aquí para allá sin buscar nada serio, ¿por qué llevo tanto tiempo en esta especie de punto muerto? Mi propia madre me anima a salir, a dejarles una noche a la niña y respirar un poco, y yo misma me doy cuenta de que no puedo seguir con esta vida de monja. Es como si estuviera esperando algo, algo que hace ya mucho tiempo que perdí la esperanza de que se produjera.

Mientras corro para no perder el autobús, noto la vibración del móvil en mi bolso. Sin duda es mi madre, espero que la niña no se haya puesto mala, solo me faltaría...

—Hola... soy yo.

Cuando reconozco la voz de Cande al otro lado, interrumpo mi carrera y me quedo paralizada en medio de la acera. Tendré que esperar al próximo autobús.

\*\*\*

—¿Jara?

—Sí, estoy aquí.

—Me alegro mucho de hablar contigo, ha pasado tanto tiempo...

Mucho, tal vez demasiado. Ni ella ni Marta pueden imaginar lo sola que me he sentido y cuánto hubiera deseado verlas durante los últimos meses, y ahora no estoy segura de querer correr el riesgo de dejarlas entrar de nuevo en mi vida.

—Verás... Marta y yo... te echamos de menos.

Las piernas me flaquean, es difícil mantenerse firme cuando la persona que te gusta... cuando una de las personas que te gustan te dice algo así. ¿Por qué han tardado tanto en llamarme?

—¿Marta también?

—Sí, Marta también. De otro modo, no te hubiera llamado.

Es curioso. Durante todo este tiempo, yo misma he pensado que ya no podría estar con una de ellas a espaldas de la otra. Las quería a las dos o a ninguna, y al saber que son las dos las que desean verme, me siento de pronto menos cansada, como si la energía que siempre he tenido hubiera vuelto en un instante a mi cuerpo.

—Tenemos muchas ganas de verte —añade Cande.

Dios, había olvidado lo sensual que es su voz a través del teléfono. Parece una voz diseñada para concertar citas románticas, ¿cómo podría seguir enfadada? Al menos, tengo que escuchar lo que quieran decirme.

—A mí también me gustaría veros. A las dos.

Puedo notar su suspiro de alivio y alegría. Hace cerca de un año que no las veo pero, al saber que vamos a volver a reunirnos, me parece que fue ayer cuando estuvimos en esa piscina, y lo que sentí entonces regresa a mi memoria con la fuerza de algo que ha sucedido hace solo unas horas.

—¿Dónde podemos encontrarnos?

—Acabo de salir de clase, ¿qué tal si quedamos en el centro?

—Estupendo. Oye, me alegro de que no hayas dejado los estudios, cuando ayer supimos que habías tenido una niña nos temimos lo peor.

¿Qué? ¿Cómo se han enterado de eso? Todavía no sé muy bien lo que pueda significar, solo sé que no me gusta que...

—¿Por qué me habéis llamado?

Candela suena desconcertada, no deja de ser extraño que una abogada experta como ella haya cometido un error tan de principiante.

—Pues... ya te lo he dicho, te echamos de menos.

—Sí, ya me lo has dicho. Lo que no sé es si me habéis echado de menos durante todos estos meses o... si solo os habéis acordado de mí al saber que soy madre.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Qué queréis exactamente de mí?

Necesito tiempo para pensar, estoy muy irritada. No puedo despejar de mí la horrible sensación de que, de no ser por la existencia de Montse, nunca habrían vuelto a llamarme.

—Escucha Jara, nosotras... solo queríamos saber si estabas bien y...

—Estoy perfectamente, gracias. Me apaño perfectamente sola, no necesito vuestra caridad.

—¿Caridad? ¿Pero qué estás...?

—Perdona, se me escapa el autobús. Tengo que dejarte.

He colgado con una rabia que nunca había sentido antes. ¿Qué pretenden las dos? Pasa casi un año sin que den señales de vida y, justo cuando nace Montse, vuelven a interesarse por mí. Me siento ninguneada, ¿no soy suficiente por mí misma para recibir una llamada suya? Si se sienten culpables por la abrupta manera de terminar, llegan tarde para presentar sus excusas; si lo que quieren es ayudarme económicamente, me sobra orgullo para rechazar su apoyo.

Si lo que buscan es solo divertirse conmigo en la cama, también han llegado tarde. Ahora soy madre... ahora necesito algo más profundo.

\*\*\*

Han pasado dos meses desde mi charla telefónica con Candela y no he vuelto a tener noticias ni de ella ni de Marta. ¿Fui demasiado brusca? A veces creo que sí, y que mi mal carácter me ha hecho perder cualquier posibilidad de

reconciliación. Luego, más serena, razono que hice lo único que podía hacer, y que hubiera sido un error tratar de apelar al chantaje emocional.

Hace una semana, me acosté con Javier, mi compañero de clase. Fue agradable, pero cuando le dije que no podía haber nada serio entre nosotros en este momento creo que se sintió aliviado. Supongo que tengo que acostumbrarme a que una chica con mi mochila no sea vista precisamente como la novia ideal.

Me faltan solo dos asignaturas para licenciarme como psicóloga y, si todo va bien, espero conseguirlo este verano. Estoy segura de que las cosas mejorarán entonces: podré optar a trabajos que no requieran el manejo de la escoba y tendré más tiempo libre para estar con Montse, que crece feliz pero sigue sin dormir de un tirón ni una sola noche.

Esta tarde, aprovechando el buen tiempo y que mis padres me han prometido que estaban encantados de sacar ellos a la niña a dar una vuelta, en lugar de coger el autobús decido dar un largo paseo hasta casa. Es curioso lo mucho que ha cambiado mi vida en poco más de un año. Es como si la madurez me hubiese llegado de repente, ahora no me imagino poniéndome el modelito que utilicé para tratar de seducir a Marta, ¡parece que han pasado siglos!

Algunas teorías modernas dicen que percibimos el todo porque nuestro cerebro unifica las sensaciones individuales de un modo automático, lo cual implica que... No quiero aburrir a nadie con mi psicología barata. Todo esto viene a cuento porque, mientras pensaba en ella... acabo de ver a Marta en la puerta de mi Facultad, y he tenido que mirar un par de veces para creerme que es cierto que tengo delante el conjunto de piel, nervios y huesos que mi mente unifica bajo la idea de “antigua amante que me ha dejado hecha polvo”.

Pero sí, es ella, y casi me da rabia admitir lo guapa que está. Lleva un vestido que le sienta genial y, por alguna razón, parece más segura de sí, lo cual le

confiere un atractivo del que antes carecía. En cuanto a mí, debo estar horrorosa, con el pelo recogido de cualquier forma y sin una gota de maquillaje, ¡si hubiera sabido que iba a encontrarme con ella!

—Hola.

—Hola.

Las dos nos miramos durante mucho tiempo. Dios, ha pasado casi un año, ¿cómo es posible que lo que fue tan intenso haya podido desaparecer sin que hiciéramos nada por evitarlo? Inquieta, miro alrededor buscando a Candela, pero no se la ve por ninguna parte.

—He venido a hablar contigo —dice con voz dulce pero más decidida de lo que cabría esperar—. ¿Podemos dar un paseo juntas?

—Si estás preocupada por mí, te diré que mi hija y yo estamos bien y no necesitamos nada.

No entiendo muy bien por qué estoy tan a la defensiva, pero no puedo evitarlo. Creo que todavía me escuece cómo se desarrolló todo a la mañana siguiente, cuando yo estaba convencida de que las dos se alegrarían al saber mi secreto pero luego me encontré con que ya me habían excluido sin ni siquiera consultarme. Razonar que ellas eran un matrimonio estable y yo una intrusa no me ayuda, porque en este asunto no puedo ni quiero ser racional.

—Me alegra oírlo.

Pese a mi salida de tono, hemos comenzado a caminar una al lado de la otra, sin mirarnos pero tan cerca que, a veces, su mano roza la mía debido al balanceo de nuestros brazos.

—¿Sabes? Ya soy profesora. He aprobado el examen.

Es una noticia magnífica y, al oírlo, vuelve parte de la Jara que siempre he sido, la que veía motivos de optimismo en cualquier cosa y nunca se

preocupaba más de diez minutos seguidos por nada.

—Vaya, es estupendo. Cande estará muy orgullosa.

—Sí... Todavía no me lo creo.

—Me alegro mucho por ti, de verdad.

—Y tú, ¿cómo vas con la carrera?

—Bien, bien. Espero terminar en unos meses, y luego...

—¡A curar locos!

No puedo evitar sentir un nudo en la garganta al ver que Marta recuerda el horrible chiste que hice hace ya tanto tiempo, una mañana en la que intentaba enamorarla mientras limpiaba su casa. Ahora, las dos seguimos andando sin decir nada durante unos metros hasta que ella, como tomando impulso, vuelve a la carga.

—Escucha Jara, hay muchas cosas que quiero decirte.

—No tienes que disculparte por nada. Después de todo, yo me acosté con tu mujer, ¿recuerdas? No es culpa vuestra si al final fui yo la que más perdió.

Marta coge mi mano con la suya y las dos nos detenemos en medio de los jardines de la Facultad. Sus ojos brillan de un modo intenso que no le había visto nunca antes, y una suave brisa desordena sus cabellos.

—¿Recuerdas la primera vez que estuvimos juntas tú y yo? Me dijiste que no querías que llegara a ti por despecho.

—Sí, lo recuerdo.

—No me metí en tu cama para vengarme de Cande. Lo hice porque me gustabas mucho. La infidelidad de mi mujer fue solo la excusa que necesitaba para dejarme seducir por ti.

A veces, aunque las sepamos, es bueno que nos digan cosas que nos gusta oír.

Estoy a punto de contestar cuando Marta pone su índice sobre mis labios.

—No te eché de nuestro lado porque no me importaras, lo hice solo porque tenía miedo. Yo no soy tan valiente como vosotras, yo no soy capaz de enfrentarme al mundo como lo hacéis Cande y tú.

Algunos de mis compañeros de clase pasan a nuestro lado y nos miran con curiosidad. Casi puedo leer en sus mentes: “ahí está esa chica tan rara que se quedó preñada a media carrera y que ahora se coge de la mano con una desconocida”.

—Lo entiendo Marta, yo...

—No, espera. Déjame terminar o no podré decírtelo nunca. Si Cande no te llamó antes fue solo para no hacerme daño, no porque no quisiera hacerlo. Puedes enfadarte conmigo por ser cobarde y tendré que admitirlo, pero tienes que saber que... la niña fue solo la excusa que necesitaba para volver a meterte en nuestras vidas.

¿De dónde ha salido esta Marta que se atreve a tomar la iniciativa y me dice cosas que llevo meses queriendo oír? ¿Es real todo esto, o estoy sufriendo una alucinación producto de mis desquiciados nervios? Creo que solo hay una manera de saberlo.

Despacio, acerco mi rostro al de Marta. Cuando mis labios tocan los suyos, un relámpago de satisfacción me recorre por dentro. Es como regresar a casa, es como sentir de nuevo algo que ya creía que había sido tan solo fruto de mi imaginación. Ha sido un beso apenas insinuado, pero tan lleno de significado que me ha curado en un segundo todas mis heridas. Retirándome, pregunto con un gesto, y ella responde con una timidez que, ahora sí, me recuerda a la Marta de siempre:

—Cande nos espera en casa.

Esta vez, la estrecho entre mis brazos y la beso con más fuerza sin que ella ofrezca la menor resistencia. Mientras mi lengua entra en su boca con urgencia, soy consciente de que muchos estudiantes de Psicología se han parado a nuestro alrededor y nos observan con mayor o menor sorpresa.

A buen seguro, voy a darles mucho de qué hablar durante una temporada.



## Candela

Mientras conduzco al salir del bufete, el teléfono del coche interrumpe el canal de noticias que llevo sintonizado para estar al día.

—Holaaa, ¿hablo con la polígama fuera de la ley?

—Joder Ruth, ya está bien con la bromita.

—Está bien, seré buena. Oye, llamaba para preguntar si os apetecería venir a cenar a casa el sábado. Quiero presentaros a Begoña.

—¿El sábado? Lo consulto y te digo, pero creo que sí.

—Claro, lo entiendo. Ahora tienes que preguntar a dos mujeres en lugar de a una, no sé si envidiarte o compadecerte.

—Ruth...

—En serio tía, eres mi ídolo. Tienes que explicarme cómo... ya sabes, ¿lo hacéis todas a la vez o sorteáis...?

—Hasta mañana Ruth.

—Pero no seas así mujer. No me dejes en ascuas, recuerda los viejos tiempos.

No puedo evitar sonreír cuando cuelgo el teléfono. Es curioso, desde que Jara se instaló en casa hace poco más de un año, es como si se hubieran rellenado todos los huecos que tenía nuestro matrimonio: de pronto somos madres, tenemos una vida sexual increíble y, además, incluso han mejorado nuestras relaciones sociales.

Los que mejor lo aceptaron fueron sin duda los padres de Jara. Supongo que, entre ver a su hija sola y saberla acompañada por una maestra y una abogada que la quieren y la protegen, no había color. Otra cosa fue explicárselo a mi madre, y en cuanto a los padres de Marta... todavía no lo saben.

De cualquier modo, todo está siendo mucho más sencillo de lo esperado.

Cristina casi se muere del susto, pero enseguida se rehízo y, cuando empezó a conocer a Jara mejor, tuvo que reconocer que las tres juntas formamos un trío estupendo. En cuando a Ruth, no deja pasar un día sin declarar su admiración por mí, y alguna vez ha tanteado la posibilidad de convertir el trío en cuarteto y admitirla a ella. Espero que Begoña, su nueva pareja, le dé por fin la estabilidad que necesita.

Sí, estabilidad, porque eso es lo que hay actualmente en nuestro hogar. ¿Quién decide lo que está bien y lo que está mal? ¿Cómo puede la sociedad establecer el modo en que las personas tienen que ser felices? Cuando toda la humanidad pensaba que la Tierra era plana, ¿deberían haber quemado a todo aquel que afirmase lo contrario?

¿Qué es lo normal? ¿Copiar lo que hace todo el mundo, aunque no te guste? ¿Lo normal es ser heterosexual? ¿Por qué creemos que lo que hace la mayoría es siempre lo más acertado? ¿Por qué confundimos lo habitual con lo normal? Para nosotras, lo normal es estar juntas las tres, porque es lo que nos colma de felicidad y lo que da sentido a nuestra vida. Si yo no te digo con quién debes vivir tú, ¿por qué vas tú a censurar a quién o a quiénes elijo yo?

Marta, Jara y yo... No esperamos ser comprendidas, pero sí respetadas. Las amo a las dos con locura, y sé que ellas sienten lo mismo por todas y cada una de las componentes del equipo. Y no olvidemos a Montse, la encantadora niñita que nos mata por las noches con sus llantos pero colma de felicidad nuestros días con sus risas.

Pensándolo fríamente, es curioso que nuestro matrimonio de tres sea la excepción. Con tres sueldos se vive mejor que con dos, y siempre hay una de nosotras que puede escaparse para llevar a Montse al médico o para abrir al electricista cuando se estropea algún aparato. Todo es más sencillo, y la casa está siempre llena de alegría. Entre tres, la conversación nunca languidece,

entre tres... el sexo es maravilloso.

Imposible caer en la rutina. Hacerle el amor a Jara mientras Marta nos mira, verlas a ellas besarse durante horas cuando a mí me duele la cabeza y no puedo participar, acariciarlas a las dos intentando que lleguen al orgasmo a la vez... Las combinaciones son tantas y tan variadas que creo que tendría que vivir tres vidas para poder agotarlas todas.

He llegado a casa. Mientras aparco en el garaje, anticipo la deliciosa sensación que siento cada noche cuando entro y la regordeta Montse sale tambaleante a mi encuentro llamándome mamá. A veces, a Marta y a mí nos preocupa cómo explicarle cuando llegue el día lo distinta que es su familia. Entonces, Jara se muere de la risa y calma nuestros miedos, porque nos asegura que en ningún tratado de psicología se dice que sea malo para una niña tener nada menos que tres madres que la quieren con locura y darían la vida por ella.

—¡Ya estoy aquí! —anuncio mi visita al abrir la puerta, no vaya a ser que a la nena se le olvide venir a darme un beso.

Sin embargo, esta noche la que aparece es Jara. Lleva un vestido negro muy escotado y unos zapatos de tacón. Se ha hecho un recogido en el pelo y sus labios rojos como fresas maduras son una provocación irresistible. Desde que dio a luz, se le ha metido en la cabeza que sus pechos no son los de antes, pero Marta y yo no compartimos en absoluto ese punto de vista. Esta noche, está sencillamente impresionante.

—Guau...

—He dejado a Montse en casa de mis padres —sonríe ante mi gesto de embobada adoración—. ¿Qué te parece si esta noche jugamos una partida de strip poker?

—Suena genial pero... ¿no deberías ponerte más ropa para jugar a eso? No me

parece que tengas mucho que perder.

Ahora Jara me regala su risa cantarina, esa que siempre consigue que Marta y yo nos reconciliemos mucho antes desde que somos tres, hasta el punto de que ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos un encontronazo serio.

—No creo que debamos preocuparnos por eso —dice mientras hace un gesto hacia el dormitorio—, ya sabes lo mal que se le dan a Marta las cartas.

Las dos nos reímos un poco maliciosamente cuando nuestra mujer aparece. Marta lleva una minifalda ajustada, medias, zapatos de aguja, un top, una pequeña chaqueta, un pañuelo, un sombrerito ladeado... Es conmovedor ver su gesto tímido, casi tanto como es excitante saber que, si Jara y yo nos lo proponemos, es muy improbable que salga victoriosa a pesar de su calculado y exagerado atuendo.

—Está bien, vamos a empezar —dice, enfurruñada como una niña—. ¡Pero esta vez sin trampas!

Cuando me siento entre ellas en la mesa baja del salón y cojo las cartas, siento que es imposible tener más felicidad.

FIN

Si has llegado hasta aquí, lo primero que debo hacer es darte las gracias. Es una satisfacción indescriptible saber que hay alguien al otro lado que al menos ha pasado un buen rato leyendo tus historias. Por otra parte, si te ha gustado este relato, tal vez podría interesarte echar un vistazo a otras novelas de la misma temática que tengo publicadas en Amazon:

[23 de octubre](#)

[Y acompañar nuestros pasos por la acera](#)

[Te amo, luego existes](#)

[Eva en el laberinto](#)

[Bailarina o pirata](#)

[El cajón de las cosas sin decir](#)

[Sonreír jugando al póker](#)

Gracias por tu tiempo y espero que hasta pronto.